

# Handke

Alianza Ensayo sobre el loco de las setas editorial



Peter Handke

# Ensayo sobre el loco de las setas

Una historia en sí misma

Traducción de Isabel García Adánez

**Alianza** editorial

# Índice

Ensayo sobre el loco de las setas

Créditos

«¡Esto va en serio, una vez más!» me he dicho sin querer a mí mismo antes de dirigirme hacia aquí, hacia mi escritorio, donde me he sentado con la intención de llegar a una cierta –o incierta– claridad sobre la historia de mi amigo desaparecido, el loco de las setas. Y luego también me he dicho sin querer: «¡No me lo puedo creer! Que vaya en serio incluso el abordar y poner por escrito un asunto que, sin duda, no tiene nada ni es nada del otro mundo; una historia en relación con la cual lo que surge en mi cabeza en el primer plano (término que aquí viene perfectamente al caso) de este ensayo es el título de una película italiana de hace décadas, con Ugo Tognazzi en el papel del protagonista: *La tragedia di un uomo ridicolo*; claro, no la película entera, sino solo el título».

Cierto es que la historia del que fuera mi amigo ni siquiera es una tragedia, y que no tengo claro si él fue o es un personaje ridículo, ni tengo modo de sacarlo en claro; y de nuevo sin querer, digo y escribo ahora: «¡Pues que siga así!».

Otra película más me vino a la mente antes de dirigirme al escritorio. En este caso, obviamente no fue el título, sino una de las primeras escenas, si es que no era la primera de todas. Se trataba –una vez más...– de un *western* de –bien adivinado– John Ford, y ahí tenemos a James Stewart al principio de la historia como el famoso *sheriff* Wyatt Earp –se diría que mucho, mucho después de sus aventuras, entretanto legendarias, de Tombstone–, en esa actitud relajada y soñadora que solo es capaz de adoptar James Stewart al sol sureño (¿de Texas?) del porche de su oficina de *sheriff*, sin más actividad que dejar pasar el tiempo con tanta calma como determinación, o así lo parece, bajo el ala del sombrero, medio calado hasta los ojos, envidiable a la par que contagioso. Luego, en cambio, pues de otro modo no sería una historia del salvaje oeste, emprende su nueva aventura, al principio a su pesar y –

¿recuerdo bien?— únicamente movido por el dinero, y se dirige hacia el norte y no hacia el oeste. En lo que sigue, eso sí, y sobre todo al final de la historia, se imponen esa naturalidad en su forma de intervenir, esa delicada agudeza de mente, esa callada presencia de ánimo en las que, de nuevo, nadie ha igualado ni iguala a James Stewart. No solo «dos cabalgan juntos», aludiendo al título de la película, en la que el segundo que cabalga es Richard Widmark: cabalgan juntos más, muchos, si no (casi) todos. ¿Por qué me vendría a la cabeza justamente ese comienzo de película, esas piernas estiradas, con botas, las de ese *sheriff* que no mueve un dedo y que, con su contagiosa desidia, hace quedar al guardián del orden en un liberador ridículo —llamémoslo así— antes de —llamémoslo así— ponerme yo en marcha hacia mi escritorio?

Así mismo estaba sentado yo, con las piernas estiradas, con botas. Cierto es que no estaba en un porche, ni tampoco en el profundo sur, sino en el sombrío norte, lejos de un sol y de otro sol, las piernas en el alféizar de la ventana de una casa centenaria con unos muros de casi un metro de espesor y, en su exterior, los visillos de lluvia de finales del otoño y un viento frío que se colaba por las rendijas de las ventanas procedente de los ya transparentes hayedos de la meseta; y las botas eran unas botas de goma, sin las cuales apenas era posible dar un paso —como para pensar siquiera en darlos a campo o bosque a través—, y esas botas me las quité al ponerme en camino hacia mi escritorio, antes de entrar por la puerta, ayudándome de un artilugio que en su día bautizaron como «quitabotas» y que, en mi caso, era de hierro muy pesado y tenía la forma de un caracol descomunal cuyos cuernos de metal me sirvieron de palanca para despegarme las botas de los talones, y luego di unos cuantos pasos para atravesar la siguiente puerta y entrar en el pequeño cobertizo añadido que yo llamo «el anexo», a escribir aquí en esta mesa.

¿Será posible? Esos contados pasos hacia el exterior y de vuelta al escritorio, ¿un «camino»? ¿Un «ponerse en camino»? ¿Un «en marcha»? Así me lo parecía a mí. Así es como yo lo viví. Así es como fue. Y, entretanto, noviembre ya está anocheciendo allí abajo, en la llanura que se extiende desde el pie de la meseta, en cuya parte alta está mi casa, hasta los grandes horizontes de más al norte, y la lámpara de la mesa está encendida. «¡Que

vaya, pues, en serio!»

Un loco de las setas ya era mi amigo desde muy pronto, si bien en un sentido diferente del que tendría en sus años posteriores o aun en los finales. Fue entonces, hacia la vejez, cuando se me ocurrió una historia sobre él, loco. No son pocas las historias sobre locos de las setas que se han escrito, por regla general –¿o incluso sin excepción?–, es el propio loco quien la escribe, describiéndose como «cazador» o en todo caso como buscador, coleccionista y naturalista. El que no solo existan esta literatura de setas, los libros sobre setas, sino una literatura en la que se habla de las setas en relación con la propia existencia sí que parece darse como un caso nuevo de los tiempos modernos, tal vez de después de las dos guerras mundiales del siglo pasado. En la literatura universal del siglo diecinueve apenas hay libros donde las setas tengan papel alguno, y, de tenerlo, es muy pequeño, anecdótico, y no guardan relación con ningún héroe, sino que aparecen de forma puntual, como, por ejemplo, en los rusos, en Dostoyevski o Chéjov.

Solo se me ocurre una historia en la que alguien se ve involucrado en el mundo de las setas, aunque solo es en un episodio y le pasa sin querer o, si cabe, en contra de su voluntad: le sucede en *Lejos del mundanal ruido* de Thomas Hardy –Inglaterra, finales del siglo diecinueve– a la bella heroína, quien, durante la noche, se pierde por el campo y resbala y se cae en un enorme hoyo lleno de setas gigantes, y allí, en el hoyo de las setas, envuelta en esa maraña de inquietantes organismos que parecen crecer y reproducirse a ojos vistas, permanece atrapada hasta el amanecer (en cualquier caso, así es como guardo el pasaje en mi lejano recuerdo).

Ahora, sin embargo, en esta época enteramente nueva y –¿cómo la llamamos?– «nuestra», se diría que proliferan las narraciones en que las setas más bien se pliegan al papel que les atribuyen las fantasmagorías más comunes, sea como instrumentos mortíferos, sea como medio para –¿cómo podríamos llamarlo?– la «ampliación de la consciencia».

Nada de todo eso –ni el buscador de setas como héroe o como alguien que sueña con el asesinato perfecto, ni tampoco como precursor de una nueva

consciencia del yo— ha de aparecer en el *Ensayo sobre el loco de las setas*. ¿O en el fondo sí, después de todo? Sea como fuere: una historia así, como la suya, tal y como aconteció y tal y como asistí yo a ella, muy de cerca durante un tiempo, no se ha escrito jamás.

Empezó con el dinero, hace mucho tiempo, cuando el que después sería loco de las setas aún era niño; empezó con el dinero que el niño buscaba hasta caer rendido de sueño, sueño en que la noche entera y por todos los caminos brillaban las monedas que luego resultaban no serlo; empezó con el dinero del cual, fuese de día o de noche, el niño carecía, ¡y de qué manera! Si durante el día iba con la cabeza gacha allá donde estuviera, quieto o en movimiento, el único motivo era que iba inspeccionando el terreno a sus pies por si hallara alguna cosa de valor, cuando no algún tesoro perdido. Aquí no viene al caso cómo es que nunca tenía dinero, a lo sumo de vez en cuando alguna monedilla de ínfimo valor que no le llegaba para nada, pero para nada de nada, ni viene al caso cómo es que tampoco en casa llegaba a ver dinero nunca, y menos dinero en billetes. ¿De qué modo podía conseguir dinero? Pues no era por codicia, por el deseo de poseer, que es lo que recoge la etimología de la palabra; si llegara a tener dinero algún día, al instante iría a gastárselo; bien sabía, y desde hacía mucho tiempo, dónde y en qué.

Quiso el azar que, cerca del pueblo en el que había crecido, se crease un «punto de recogida de setas». Era la época que siguió a la Segunda Guerra Mundial, en la que el comercio y los mercados resurgieron de una manera nueva, o en cualquier caso diferente en comparación con el período de entreguerras; y resurgieron en especial el comercio y el intercambio entre las zonas rurales y las ciudades de cierto tamaño, cuyos habitantes acababan de descubrir el sabor de cosas que no habían probado jamás (y no simplemente importadas del trópico o de quién sabe dónde); y si algo resurgió más en especial todavía fue el comercio de setas silvestres, esas que, a diferencia de los «champiñones», no podían cultivarse en sótanos ni en cuevas de la montaña, sino que crecían silvestres y habían de ser recolectadas de una en una, lo cual quizá contribuía también, al menos en las lejanas ciudades, a su sabor de rareza, de *delicatesse*.

Fue aquel punto de recogida de setas, donde podían entregarse los frutos de la recolección de toda la zona, bastante boscosa, a cambio de un pago, y desde donde a su vez eran transportadas a la ciudad en un camión lleno hasta los topes, fue aquel punto de recogida de setas el que, en su día, despertó el afán de aquel niño loco por el dinero. Por nada del mundo se había adentrado antes en la naturaleza quien después habría de convertirse en loco de las setas. Pero por nada del mundo: la naturaleza era poco más que el mero ruido de las hojas, fragor, murmullo o aun suave arrullo de los árboles, y para eso tampoco hacía falta internarse en los bosques ni en ninguna parte, sino que uno se sentaba en la linde y se quedaba sentado y bien sentado, y allí se quedaba y se seguía quedando, con los árboles a su espalda y, ante sus ojos, el campo más bien vacío.

De la linde al interior y luego a lo más hondo de los bosques no fue el niño sino por los mencionados motivos pecuniarios. Los bosques de la región de su infancia eran, sobre todo, bosques de coníferas, y estas coníferas, a excepción de las islas de alerces, menos densas, de la cima de las montañas, eran casi exclusivamente abetos rojos, con ese manto de agujas tan espeso que los caracteriza, y además crecían muy, muy juntos, con las ramas y ramitas entrecruzadas y entretrejidas, y la oscuridad crecía y crecía a medida que uno se internaba por todo aquel enramado imposible donde, con el tiempo, los sentidos ya no alcanzaban a percibir ni los árboles sueltos ni el bosque entero, y donde más oscuro y más desnortado se estaba era en el interior del bosque, que te mantenía envuelto, muchas veces enseguida y, si cabe, ya a los pocos pasos de los márgenes: nada del vasto campo iluminado por la luz del sol hasta unos instantes antes captaba ya la vista por entre los troncos, cuyas ramas bajas solían estar muertas; cuanto había de luz era una profunda penumbra homogénea que en ninguna parte tenía un verdadero efecto de luz, pues no es que se quedara en «un hálito apenas»<sup>1</sup> en las (invisibles) copas de los árboles, sino que ni llegaba a ser tal, como tampoco había canto de los pájaros unos pasos más atrás.

Una especie de luz salía, en cambio, de lo que podía encontrarse en el suelo del bosque, a veces medio escondido entre el musgo. Cuanto más a menudo

se internaba el niño por los bosques de oscuridad, tanto más lo recibía aquella luz, antes incluso de encontrar él nada; es más: mucho antes de encontrar nada, y eso le sucedía una y otra vez, incluso cuando no encontraba nada en absoluto en ninguna parte; ahí, la luz de entre el musgo se había burlado de él.

¿Qué clase de luz había sido? Un resplandor. Bajo la espesura gris mate de madera muerta y helechos flotaba un resplandor de cámara del tesoro. ¿Será posible? ¿Tesoro, aquellos montoncitos de rebozuelos que saltaban a la vista aquí y allá y que luego suponían un verdadero golpe de luz que, en medio de aquella negritud, en el momento te cegaba realmente? ¿Tesoro, algo que, fuera del bosque, intercambiado por dinero en el punto de recogida de setas, incluso en el mejor de los casos, incluso habiendo tenido la mejor suerte del mundo, equivaldría a dos billetitos, aunque por lo general no superaría el puñado de monedas de valor medio? Al margen de que el niño de entonces disfrutara y también obtuviera luego cierto beneficio al intercambiarlo por simples baratijas, y de que se sintiera orgulloso –¡y de qué manera!– de haber «ganado dinero» por sí mismo: por haberlas encontrado muy lejos del resto de la gente, del «mundanal ruido», en lo más hondo de los bosques, cuando sus hallazgos eran muchos –aunque siempre dentro de ciertos límites–, sí que eran tesoros, claro, ¡más claro que el agua!

En este momento de la historia de mi loco de las setas se me ocurre, por cierto, que mi amigo desaparecido sintió desde pequeño una cierta predestinación o, en sus propias palabras: una vocación de buscador de tesoros. Así pues, a sus ojos, ya el niño era una especie de elegido, aunque él no se habría definido así. ¿Cómo se habría definido, pues? Más bien como alguien «no del todo normal». Sea como fuere: todas las veces que salía corriendo de casa, de la casa de sus padres, del pueblo de su infancia, atravesando praderas, pastos y sembrados, y ascendiendo hasta la linde del bosque a través de los últimos huertos de frutales para «hacerse al oído» allí, entre el follaje, con su ingente variedad de sonoridades –pues la linde del bosque solía estar formada por árboles de hoja caduca–, corría y abordaba su empresa con la consciencia –o, si se quiere: con la ilusión– de estar llevando

a cabo una misión más elevada.

El movimiento de las copas de los árboles al viento, en sí sin sonido, como esferas revueltas, lo vivía él como un precepto o como *la* otra ley; aquel movimiento lo transportaba al cielo, a los cielos. Y, al mismo tiempo, era una historia en sí misma, una historia de copas de árboles meciéndose al viento y nada más, una historia de nada y de todo. Mirar y escuchar lo llevaban a la reflexión, y ahí se sentía mucho más en su sitio que reflexionando de cualquier otra manera. ¡Ah, y cómo aquel murmullo y aquel fragor iban transformándose en sonido timbrado, en una voz! ¡Y cómo, entonces, lo entusiasmaba aquella voz! ¿Cuál era el objeto de su entusiasmo? Nada y de nuevo nada. ¿Se sumaba o se fundía con el movimiento de las copas de los árboles? Todo cuadraba, como cuando por fin cuadra una cuenta después de haberse equivocado uno en el cálculo muchas veces. El niño no habría de hallar oleaje, por estruendoso que fuera, que alcanzara a sustituirle el susurro de los abedules, el murmullo de las hayas, el fragor de los robles en la linde de los bosques. El tesoro existía, aquel tesoro que el destino le deparaba desde niño. El tesoro no eran las latas de bebida abolladas y las cajetillas de tabaco de los senderos. ¿Lo serían, en cambio, las esferas de las copas de los árboles? No del todo. Lo que él esperaba del murmullo y del fragor de los árboles no era algo que se bastase a sí mismo, no era un anhelo de embeleso o de convertirse en nadie y nada salvo la propia plenitud. «Hacerse al oído» no significaba ser uno con aquello. Estaba ligado a una llamada, a un estímulo para la acción. Ahora bien: ¿qué acción? ¿De qué índole? ¿Envuelto en el murmullo? No del todo, no como un ser completo, nunca.

Del modo que fuera, el niño se ponía en camino hacia la linde del bosque como el buscador de un tesoro, un tesoro muy especial, aunque luego allí –y me parecer estar viéndolo aquí mismo, junto a mi escritorio– se limitara a pasarse las tardes sentado, mudo y ensimismado, con aquel cabezón suyo que de aquella manera no hacía sino tornarse cada vez más cabezón; a veces se rasca la cabeza, sopla un momento por el tallo de un diente de león, de lo cual no resulta, ni mucho menos, un zumbido acorde con el murmullo de las hojas, sino más bien un ruido feo, como el pedo de una vaca, y al final se

estremece con repetidos espasmos que no responden a ninguna emoción profunda y menos aún sublime, sino a que el incipiente crepúsculo le ha dado frío, escalofríos, y, entonces, por fin vuelve a casa de mala gana con su tesoro invisible, y al llegar le corta la palabra a su madre, quien ya por entonces pasaba miedo con las constantes desapariciones de su hijo y había osado hacerle un ligero reproche, cuando lo único que pasaba todas las veces –estas cosas ya deberían imaginárselas los padres sin que uno se las tuviera que explicar– era que el niño cumplía con su obligación de irse por ahí, con su especial misión de buscador del tesoro.

Y en relación con esto también acabo de recordar que mi loco de las setas, de niño, también se imaginaba –aunque solo por momentos o quizás fuera una única vez– que tenía el poder de hacer magia. Creía sentir una fuerza mágica en su interior, en sus músculos, que en aquel momento se convertían en un único músculo: el músculo mágico. ¿Y cómo o qué era lo que quería hechizar o encantar? A sí mismo. ¿Y de qué manera? ¿Y para transformarse en qué? Lo que él quería, apretando todos sus músculos con todas sus fuerzas, era hacerse desaparecer, hacerse desaparecer ante los ojos de todos. Desaparecer ante los ojos de todos y, al mismo tiempo, seguir estando. No «estando allí», en aquel mismo lugar –eso no–, sino más bien seguir estando presente, más presente todavía, y además despertando el asombro de todos. ¿Y cómo veo yo a aquel niño ahora, después de aquel momento de apretar los músculos con todas sus fuerzas para dejar de ser? Con un cabezón más cabezón que nunca. En conjunto, como inflado. Y lo oigo: carraspea. Medio tose. Ahoga una risita, para sus adentros, avergonzado, aunque no derrotado. Y lo huelo, casi diría que lo olisqueo: mi amigo, el vecinito, no se rendirá. Tiene la certeza de que, la siguiente vez –y si no esa, alguna será–, conseguirá hacerse desaparecer como por arte de magia, desaparecer ante nosotros: los demás.

El punto de recogida de setas donde, durante dos o tres veranos, intercambié sus tesoros por dinero en efectivo estaba en una casa apartada, aislada por completo y fuera del pueblo. Era un edificio más alto y ancho que el resto de casas de la zona y también se diferenciaba de ellas en la construcción y en la forma, tosca, rara: no era una casa campesina ni burguesa, sino que más bien

recordaba a las «casas de caridad» de antaño, donde detrás de cada una de las polvorientas ventanas –que en parte tenían cartones en lugar de cristales–, más como presentimiento que como presencia, un muñeco humano permanecía inmóvil con los ojos abiertos y la boca cerrada, ya sin nada a lo que prestar ojos u oídos; como para imaginar que pudiera prestárselos al muñeco o muñeca de la estancia vecina. De hecho, el edificio lo utilizaba como una especie de residencia de emergencia o refugio una única familia que, después de la guerra, había huido –o tal vez se había marchado por las buenas– de un país eslavo cercano, instalándose allí como asilo provisional. Habitar propiamente solo habitaban la planta baja, que constaba de oscuras cuevas sin ventanas; las dos plantas superiores estaban vacías, al parecer tampoco eran habitables, y, si ya desde fuera todo tenía aspecto de ruina –y no de ruina de la guerra, sino de la preguerra–, una vez te hallabas dentro, con el cuello encogido y apenas a un paso de la salida, nada del propio edificio, de tejado a suelo y contando la planta baja, ofrecía ni por asomo el aspecto de una casa, y menos todavía el de una casa de vecinos, pues, de tener aspecto de algo, era de búnker a punto de derrumbarse: un paso más y definitivamente se te vendría encima.

A pesar de todo, en la planta baja vivía apretujada aquella familia extranjera, como si aquello fuera lo más normal. La práctica totalidad de sus miembros, incluso los niños, incluso los más pequeños, se daban un aire prepotente. Y el motivo de esto era el comercio al que la familia se lanzó literalmente, nada más establecerse en firme en aquel lugar extranjero para ellos. Rebosantes de vida, cada vez que mi loco amigo acudía a entregar su botín de setas, parándose en el inexistente umbral de la vivienda, salían de sus escondrijos uno tras otro, y alguno de ellos, que bien podía ser un niño y hasta más pequeño que él, se apresuraba a montar la balanza de antes de la guerra junto con sus dos platillos: uno para las setas, el otro para las pesas.

Raro era que él fuese el único proveedor. Eso se dio unas cuantas veces, únicamente durante el primer verano, nada más establecerse el punto de recogida de setas. Hacia el final de aquel verano y luego, en los sucesivos, ya siempre, los recolectores locales se agolpaban en el acceso al pasillo del

edificio en ruinas, y la báscula fue avanzando más y más desde el interior hasta que, al final, terminó en medio de la entrada a la cueva, a modo de símbolo de la soberanía comercial de la familia. Y, mientras que mi amigo se presentaba allí con su mercancía más bien con desgana, los demás proveedores acudían con cantidades notablemente mayores cada vez, cargando grandes bolsos, cestos y mochilas, faltándoles manos, incluso arrastrando carretillas. Aquellos hombres mayores y, sobre todo, las ancianas conocían bien los sitios donde más setas había. Y, sin embargo, la más bien escasa aportación de mi amigo era recibida con la misma atención, imperturbable de principio a fin, la pesaban con la minuciosidad de siempre y se la cambiaban por el correspondiente puñado de calderilla.

Soberanía comercial, soberanos del comercio: de verano en verano, la familia de inmigrantes fue aumentando más y más. No obstante, la ruina donde vivía no sufrió la más mínima variación. Eso sí, del camión de reparto inicial – mejor dicho: del tractor oxidado con remolque– pasaron a tener varios vehículos, luego varios vehículos y todos nuevos, y, a los tres años, se veía a la prepotente familia salir de su invariada ruina para montar en coches que nada tenían que ver con los habituales en los lugareños –suponiendo que los tuvieran siquiera–. Obviamente, aquella riqueza –y bien podía considerarse como una riqueza especial, en la medida en que era manifiesta como todavía no lo era ninguna otra riqueza de la zona (y la única otra riqueza que existe, la de la nobleza, no se ve)– procedía a fin de cuentas de algo más que del puro comercio, tan próspero justo en aquella situación de urgencia de sus inicios: con los años, la propia familia, incluyendo aquí a todos sus miembros, se había lanzado a la recolección de setas por todos los bosques de los alrededores, y, entretanto, sabían dónde conseguir buenas partidas mejor que muchos lugareños, algunos de los cuales tal vez habían accedido a revelarles esta información sobre los mejores sitios a cambio de, por así decirlo, una pequeña renta o seguro de vida.

Hasta en los más altos bosques de la alta montaña, hasta llegar al límite arbóreo, tenía que estar preparado mi amigo en su momento –tercer verano de su primera fase de locura por las setas, la de la infancia– para encontrarse con

algún miembro de aquella familia entre los pinos, luego alerces y pinos cembro, y no solo con alguno, sino con varios de ellos, y ya desde la distancia le indicarían con una particular sonrisa –y luego, teniéndolo a mano, de forma más expeditiva– que en aquel lugar ya no le quedaba nada, ni sombrero ni anillo, ni volva ni pie, ni lámina ni laminilla que buscar.

Dato curioso: el único miembro de aquella familia de recolectores y comerciantes que, según él mismo me contó, se le quedó grabado en la memoria como individuo fue justo el que había permanecido al margen del circuito –o llamémoslo círculo, sin más– durante todos los años. Por otra parte, nadie se habría planteado que aquella persona pudiera servir para otra cosa, pues padecía, como se decía en tiempos, de demencia o «retraso mental»: era una niña demente, retrasada. Apenas se dejaba ver, o sería la familia –entretanto ampliada a la categoría de clan– la que hacía por esconderla cada vez más. En realidad, mi amigo no recordaba salvo un único momento con la retrasada: después de hacer él su entrega de setas y, a cambio, con otro peso en el bolsillo del pantalón, el de las monedas, en un arranque de audacia, y también de curiosidad, se había puesto a merodear por el lugar medio en ruinas, vacío de habitantes, y, entre un amasijo de maderas que en tiempos debieron de formar un emparrado –el que había en casa de sus padres aún estaba en flor–, se topó con la niña, de más o menos su misma edad. Con marcadas chapetas en las mejillas y unos ojos saltones que la memoria de mi amigo también conservó redondos y rojos, sentada en lo que en su día fuera un taburete de ordeñar con una sonrisa boba; no: sonriéndole a él con sus labios carnosos. ¿Y él no dobló la esquina de la casa para desaparecer? No obstante, ella lo retuvo dirigiéndole la palabra con tanta naturalidad como si llevara todo el tiempo del mundo esperando a alguien, a alguien como él, es más: a él en persona. Y lo que le dijo parecía entrar en contradicción con sus mejillas coloradísimas y sus ojos brillantes, y luego, visto *a posteriori*, en realidad no era tanta contradicción. Que la luz era demasiado fuerte, que su cabeza ya no lo podía soportar. Que Dios la estaba castigando, aunque ojalá supiera por qué. Que aquella luz embestía una y otra vez contra su frente, pero menos mal que tenía los huesos de la frente demasiado gruesos y así Dios no penetraba de ninguna manera. ¡Ay, qué

daño le hacía, qué dolor tan incesante! ¿Y por qué? Entonces se levantó de golpe, se levantó el vestido –más bien era una bata– y se puso a hacer sus necesidades delante del niño desconocido, quien a su vez le miraba fijamente las botas, de cañas más altas de lo normal, probablemente pensadas para proteger sus débiles piernas; para ser exactos, lo que miraba fijamente era el borde del calcetín de lana de uno de los pies. ¿Estaría desnudo el pie? No, el calcetín se había metido hacia dentro de la bota dejando al aire todo el talón, lo que por aquel entonces llamaban «comerse el calcetín», es decir, que aquel pie tenía todo el calcetín «comido».

A la retrasada la internaron poco después en un asilo lejos del lugar, en otra región, pues para entonces el clan de recolectores de setas se lo podía permitir, y allí murió pasados algunos años. Para el entierro la devolvieron a la ruina, y mi amigo, que para entonces había dejado de ser niño y de recoger setas –el dinero que seguía haciéndole falta ya lo ganaba de otra manera–, contempló el cortejo fúnebre desde la ventana de la casa de sus padres, hacia el final de las vacaciones de invierno. Había nevado durante días, pero ahora la nieve se había convertido en lluvia, en luz gris oscuro y vapor de niebla que subía desde la capa de nieve; el ataúd iba envuelto en tela blanca, símbolo de la virginidad de la difunta, blanco que el torrente de lluvia hacía destacar aún más al marcar la geometría del ataúd sobre aquella grisura general. Más adelante, mi amigo tendría la sensación de que aquel cortejo fúnebre sin par no solo había coincidido con el final de las vacaciones, sino también con una despedida para siempre: despedida de la región, de los paisajes de la infancia, de sus parientes, quisiera él o no que lo fuesen.

Si mi amigo ansiaba tanto el dinero en aquellos tiempos de su infancia era porque quería comprarse una cosa, tenía que hacerlo. Y la única posibilidad de conseguir aquel único «medio de pago» que con tanta urgencia necesitaba era, en su momento y dadas las circunstancias en las que había crecido, recoger frutos del bosque como frambuesas o zarzamoras y, sobre todo, setas, de entre las cuales, en aquella primera posguerra, al menos en su región natal, prácticamente la única materia prima con la que se podía comerciar eran las ya mencionadas setas amarillas que tan distintos nombres reciben en cada

país –sobre los nombres se dirá todo, pero más avanzada esta historia.

¿Y qué es lo que quería comprarse con el dinero de las setas? Bien supuesto: libros. Ahora bien, en el caso de aquel niño, mi vecino, no eran los mismos libros que me encantaban a mí. Pues, mientras yo solo tenía ojos para lo narrado, lo inventado, el puro fruto de la fantasía –en fin: la literatura–, lo único que le interesaba a él era eso que también llamaban «literatura», pero entendiendo bajo tal concepto aquellos libros o cualquier tipo de letra impresa que diese alas a sus deseos de saberlo absolutamente todo, que calmase su insaciable sed de conocimiento (principal característica de nuestra infancia en mi memoria: la boca que se le quedaba seca una y otra vez de tanto hacer preguntas, preguntas sobre preguntas). Y así, con aquel primer dinero que ganó con las setas, y no solo con el primero, marchó a pie hasta la ciudad, a medio día de camino por la carretera comarcal, aún muy poco transitada, y regresó con la mochila –que aún olía (y apestaba) a setas– llena de publicaciones que, luego con títulos más específicos de los correspondientes temas, podían ser: «Lo que siempre quiso saber de...», «Las ciento noventa y tres respuestas definitivas sobre...».

Esta su primera fase de locura por las setas sin duda se le habría ido pasando sola con el transcurso del tiempo. Sin embargo, tal y como me contó él, en realidad fue una pesadilla lo que puso un repentino punto final a aquel desvarío que aún no había tenido graves consecuencias. Un día consiguió dar con un sitio, allá en el confín de los bosques de la alta montaña, que según parecía nunca antes había sido descubierto por ningún buscador de setas y, menos aún, expoliado y devastado por las hordas de lugareños recolectores y ni siquiera por algún miembro del ya mencionado clan, soberano absoluto, ahora extendido hasta el más remoto rincón de la región. Y entonces el sitio resultó ser no solo un sitio, sino más bien un país entero en su imaginación, donde el país de las setas se extendía a lo largo de horas y horas y se tornaba inagotable, como un continente. Dondequiera que mirase, caminase, corriese, cayese al suelo, se desviase, hiciese un requiebro o saltase sobre un arroyo, cañada o monolito de madera muerta: todo era amarillo, amarillo y más amarillo. Comoquiera que recogiese las setas, al cabo del tiempo, con las dos

manos, izquierda, derecha, izquierda, recolectando, cosechando, acumulando: las setas amarillas que crecían entre el musgo: «zorritas», como las traducía de su lengua eslava la gente del clan, «Reherl» o «cervatillos» en el dialecto de la región, «finferli» en italiano, «hongos de San Juan» (nombres que, más adelante, habrían de serle familiares), no se agotaban y no dejaban de agotarse, y aquel «amarillar» –«palabra que, como “blanquear”, “verdear” o “azulear” era allí muy oportuna», me diría él mismo mucho más adelante–, aquel «amarillar» ya no tenía fin. ¿Se debería a eso que después tuviese un ojo especial para ver diferentes los colores, el rojo diferente, el gris diferente, el amarillo diferente?

Ahora bien, lo que por el día aún resultara en un maravillado asombro, casi se diría fascinación –al menos durante cierto tiempo–, habría de tornarse otra cosa a la noche siguiente, que mi loco de las setas se vio obligado a pasar en una cabaña alpina vacía. La irrupción de los hongos de San Juan ante sus ojos continuó durante el sueño del joven. La noche entera estuvo soñando, o más bien se adueñó de su persona un sueño en el que estaba en lo más profundo del monte bajo, en cuclillas, y daba un brinco o más bien un tumbo de una postura del cuclillas a otra todo el tiempo en pos de alguna de aquellas explosiones de amarillo, y después de otra y así todo el rato, la noche entera. Verlo todo negro no era nada, era algo inofensivo en comparación con aquel amarillo, amarillo y más amarillo que se extendía, no: que se deformaba una miríada de veces, como del uno hasta el infinito, ante los ojos de quien soñaba. Y, de nuevo: no terminaba de ser eso. Aquel incesante amarillo que no dejaba en paz al durmiente no estaba «ante» sus ojos, sino que le saltaba a los ojos constantemente, se le colaba dentro, con un temblequeo igual que el de sus manitas obligadas a recolectar sin pausa, y así hasta penetrar en lo más hondo y hasta no dejarlo ya ir literalmente ni para adelante ni para atrás en aquel puro torbellino y temblequeo caleidoscópico. Allí mismo y en aquel instante lo asfixiaría aquel amarillo multiplicado por amarillo multiplicado por amarillo; allí mismo y en aquel instante le haría estallar el corazón en el pecho aquel amarillo potenciado, amarillo a la tercera potencia y a la cuarta y a la quinta y así sucesivamente, o tal ataque de amarillo tóxico acabaría por secarle –amarillarle– la sangre del corazón.

Es posible que aquella pesadilla no fuera lo único que lo salvó de su primera fase de locura por las setas, la de su juventud. Con todo, aquel sueño, y de eso estaba él bien seguro, contribuyó de un modo decisivo y más que ninguna otra cosa –como, por ejemplo: ir a estudiar en escuelas fuera de la región, en ciudades lejanas, los primeros amores, la experiencia de otras amistades más allá de la del hijo de los vecinos– a que dejara el mundo de las setas de lado, o al menos del otro lado del horizonte, detrás de las siete montañas de las que ambos éramos oriundos, en cuanto el dinero de las setas le alcanzó más que de sobra para comprarse todo lo que anhelaba su corazón, por entonces aún muy modesto.

Esto no habría de implicar en modo alguno que, en adelante, evitase frecuentar los bosques, fueran en su tierra natal o en cualquier otra parte. Tras sus batidas recolectoras, los bosques se habían convertido en uno de sus elementos, aunque de una manera diferente a antaño los límites, lindes y claros. Sí que seguía cogiendo y acopiando setas, pero sin examinar el terreno a propósito y sin llegar a buscarlas, ni mucho menos, tan solo las cogía si le salían al encuentro y como quien no quiere la cosa. Y seguían siendo, casi siempre, las setas de San Juan, las de la pesadilla amarilla. Y no se le ocurría venderlas ni cuando reunía tantas que su peso recordaba a la balanza de la entrada sin puerta al edificio en ruinas donde las intercambiaba en tiempos. Tampoco es que el dinero le sobrara por aquel entonces –pues también pasada su infancia seguiría falto de él año tras año–, sino que entretanto le producía aversión conseguirlo mediante una cosa como el «comercio», o en todo caso mediante un comercio de aquel tipo; el dinero tenía que «entrarle» por actividades más nobles, las que fuesen.

Así, pues, entregaba el correspondiente botín –aquel botín tan azaroso como poco premeditado– a otros, en casa, por lo general a su madre. Esta, por su parte, la mayoría de las veces y salvo que fuera realmente demasiado, solía fingir la ilusión de quien recibe un tesoro, si bien aquello ya había dejado de ser tesoro a sus ojos, al igual que a los de su hijo, en la medida en que ya no constituía un bien para el comercio y ni siquiera para el trueque. Ilusión fingida de la madre que continuaba todas las veces que, de una manera o de

otra, luego preparaba el fruto amarillo en la cocina, sobre la hornilla «económica», pues ni ella ni su vástago apreciaban el aroma que desprendía y, sobre todo, tampoco les decía nada especial al comerlo. (En el caso del hijo, esto habría de cambiar con el tiempo.)

Cosa distinta era, si acaso, cuando algunas veces en otoño, antes de regresar a alguna de las ciudades donde estudió, mi amigo llegaba de la linde del bosque, de aquellos espacios que, al igual que en su infancia, seguían ocupando un lugar muy especial en su corazón en su particular condición de «umbral y manantial», trayendo esas setas gigantescas de sombrero más grande que un plato y pie muy largo y frágil que, como no podía ser de otra manera, se conocen con el nombre de «parasoles». Ahí la madre ya no fingía la ilusión, sino que admiraba de verdad aquellas formas por ser mucho más raras, únicas y tal vez por eso también más bellas, y servía los sombreros de comida, empanados como los filetes –es más: considerándolos filetes de verdad–, al hijo y a la familia entera, para un deleite que, excepcionalmente, por una vez no era necesario repartir. Y pobre del que, en aquella casa, dijera algo de aquellas delicias que superaban lo más exquisito o excepcional en la forma que fuera, tiernas como ninguna otra cosa, ni en lo más remoto asociables por la mente o los sentidos a una seta y de un sabor infinitamente superior al del filete mejor arreglado y tiernizado antes de empanarlo; pobre del que dejara escapar la palabra típica de la guerra (y hasta el presente igual de representativa) «sucedáneo de carne» de su boca, pues en la boca no debía caber sino el exquisito bocado del parasol. Y aquel bocado siempre sabía a gloria a toda la familia, por una vez reunida en la más armónica concordia, a toda la casa, llegando incluso hasta el último rincón vacío y dejado de la mano de Dios y hasta las fotografías de los muertos de guerra, ampliadas para enmarcarlas; en todas las bocas sabía, sabe y seguiría sabiendo a gloria aquel bocado, incluso al hijo, que por entonces todavía era en extremo remilgado y que, muchas décadas después, muy lejos ya de la figura de hijo, se resistiría y sigue resistiéndose a comer cosas recogidas y traídas a casa por él mismo.

Al menos es así como me lo contó él, más de una vez incluso. Por otra parte, también él, más adelante, serviría a su propio hijo uno de aquellos parasoles,

empanado según la receta de su madre y haciéndolo pasar por un «escalope». Ciertamente es que, ahí, el paladar del niño no se había dejado engañar y ya al primer bocado lo había acompañado de la exclamación: «¡Es de mentira!», si bien eso no implicaría que dejase de masticar, sino todo lo contrario.

A aquella su primera fase de locura por las setas le siguió media vida en la que el mundo de las setas apenas significó nada para él. O, caso de hacerlo, más bien en un sentido negativo: tras comprarse una casa —la cual, qué curioso, quedaba aislada y muy alejada del resto de casas del barrio de la ciudad y, cuando se mudaron a ella, estaba medio en ruinas—, apenas se había instalado a vivir en ella con su mujer y su hijo cuando uno de los muros de carga se llenó de moho, de ese moho destructor que se come la madera y el mortero y hasta arranca las piedras de granito de la pared, y no hubo modo de combatirlo: al final tuvieron que derribar el muro (cosa que, por lo demás, luego no vino tan mal al interior de la casa).

Al adquirir la casa medio en ruinas también se había convertido en propietario de un jardín asilvestrado en el que, incluso roturando, arrancando raíces y renovando la tierra, año tras año y cada vez en un sitio completamente distinto del año anterior, brotaban esos hongos que reciben el nombre de «falo impúdico» o «falo hediondo», consecuencia de lo cual se extendía por el jardín y por la casa una pestilencia que impregnaba hasta los rincones más apartados, los que tal vez aún conservaban cierto aire de estar hechizados por el amor o el misterio; una pestilencia de la que el nombre de la seta no da ni una remota idea. Sí, un antihechizo es lo que era aquel organismo que, al principio casi invisible aún entre las hojas caídas, brotaba como una fina capa de hielo blanco como la nieve —y, ahí, por cierto, olía bien a pesar de su blandura, parecido al rábano picante— y en un abrir y cerrar de ojos crecía como en una peculiar cámara rápida de la naturaleza, con un pie como de poliestireno, «cosa que todavía se podía aguantar», me contaba mi amigo, «pero luego con aquella cabeza que irremediabilmente era la imagen de un pene humano, claro, la de uno que recién entra en contacto con el aire y, según sale del hielo, al instante se pudre, volviéndose gelatinoso y viscoso; y esa maloliente cabeza de la seta que se derrite y se desparrama

toda mientras apunta al cielo –el mismo cielo que hasta entonces se extendía como paisaje sobre mi casa, nuestra casa–, casi desde el instante en que sale de la espora, viene envuelta en un frenético enjambre de moscas que se diría emergido de la nada y que se abalanza sobre la masa gelatinosa con tal virulencia que el frágil pie de poliestireno se quiebra y la cabeza va a dar en el suelo junto con la capa de pelusa de moscas, aunque eso a las moscas que devoran la carroña no les perturba en absoluto, como tampoco reduce ni un ápice el olor a muerto. ¿Acaso la visión de las moscas hacía más fuerte aquella peste capaz de romper cualquier hechizo? No, más fuerte es imposible».

En aquellas décadas de su vida vivió más incidentes desagradables con setas. No obstante, el que fuera mi amigo de la infancia se los calló, o dejó a mi merced que yo inventara esto o aquello. Además, lo que me contó, aunque se remontara muy atrás en el tiempo y lo teatralizara, más en broma que en serio, tampoco fueron más que episodios que, igual que los de la primera época de las setas, en general no significaron demasiado. Puede que le afectasen puntualmente ciertos episodios negativos, aparte de los mencionados, pero no tuvieron mayor alcance; él no los contemplaba como parte de su vida, no los contemplaba como capítulos, ni siquiera capítulos menores, ni siquiera paréntesis en la historia de su vida.

Lo que determinó la historia de su vida, al menos de la mitad de su vida, después de haberse marchado de nuestra región, fue lo que en cierta ocasión él mismo calificó de «placer desinteresado»; en todo caso, así es como pensaba de su vida, o así lo tenía metido en la cabeza –y no solo en la cabeza–, o así es como había determinado que fuera, y así lo hizo extensivo a otras personas y así llegó lejos, y en más de un aspecto. Su idea de placer desinteresado lo ayudó a equilibrar el peso que concedía a cada cosa, no solo a mantener la distancia, sino a tomarla, como acto, como acción, y, cuando fue necesario subrayar, enfatizar, establecer diferencias, a llevar a cabo también eso con equidad, y todo ello en conjunto le ayudó no tanto a ser justo en todo momento –eso no–, sino más bien a hacer justicia a las cosas. Y «placer» significaba aquí que, incluso en aquellas acciones, decisiones e

intervenciones en las que estaba en juego algo o todo, él se mostraba de un sereno y conforme que llegaba a resultarnos un tanto cínico a algunos (pocos), entre los cuales entretanto me contaba yo también; hacía gala de una armonía que –esa impresión solía darme en tales casos– creía más profunda y más fuerte que su propia armonía personal, que era, por así decirlo, cósmica; y a esto él –con aquella sonriente suficiencia que en su momento me encendía de indignación durante su etapa de «amo-del-tiempo-universal»– me replicaba que mostrarse tan conforme con todo de aquella manera debía de venirle dado por la procedencia de la región donde ambos habíamos nacido y crecido, donde jamás en la vida, en todos los siglos transcurridos y hasta nuestros días, ha habido lugar para lo trágico. «Lo trágico no existe para nosotros. ¿Trágico? Eso si se plantea. (Dejadnos en paz con vuestras tragedias, por Dios.)» Lejos, así de lejos se creía mi amigo, ahora desaparecido, en aquella etapa de su vida, o tomaba distancia y la mantenía; así de lejos de toda suerte de pesos falsos.

Jamás se le ocurrió que llegaría a ser alguien alguna vez. Ya de niño, cuando le preguntaban qué quería ser de mayor, le daba apuro responder a ello y, a lo sumo, se encogía de hombros o, una de sus especialidades que se dirían innatas: ponía cara de bobo, medio en serio, medio en broma. A pesar de su insaciable sed de saber, de sí mismo en el futuro no quería saber nada. Para él, ahí no había nada que saber. Además, desde pequeño le parecía inimaginable que a alguien como él le esperase algún día algo como un futuro. Ese futuro no le interesaba especialmente, del mismo modo en que, una vez pasado su primer delirio, en realidad no volvió a interesarle especialmente nada, o nada especial.

De ese modo, mi amigo de la infancia, el que no tenía en mente llegar a nada, sí llegó a ser algo, aunque, como él mismo me dio a entender en más de una ocasión, solo fuera algo de cara al exterior. «En mi interior, no he ido más allá de la linde de los bosques adonde iba a escuchar el viento en las copas de los árboles con siete años. Tal vez de cara al exterior, en apariencia, haya llegado a esto o a lo otro, pero tampoco más. Qué digo: ¡no he llegado a nada más!» Sea como fuere: sin proponérselo y sin buscarlo, con el paso de las

décadas mi amigo representaba algo de cara al exterior. Era eficaz. Era eficaz en todos los ámbitos imaginables de la tierra, porque después su eficacia tenía resultados. ¿Qué resultados? A juzgar por lo que, entretanto, llegaba sobre él a mis oídos desde el ancho mundo, al menos no eran grandes despropósitos, lo cual, a mi prejuicio –todas esas personas que no paran de hacer cosas en interés de la comunidad, cuando no de la humanidad entera, tendrían mil veces más razón de ser si se dedicasen a naderías como coser botones, amontonar ramas o quedarse tumbados a la bartola, puesto que ahí al menos no hacen ningún estropicio–, bien merece ya cierta consideración.

Su eficacia y los resultados de esta tenían para mí esta explicación, aunque soy consciente de que solo es fruto de las elucubraciones con respecto a mi querido amigo desaparecido a las que ya llevo dándome bastante tiempo: su efecto provenía de la alternancia, tan particular en él, entre lucidez total y, de pronto, ausencia total, entre estar totalmente ausente y totalmente lúcido, y viceversa, y viceversa otra vez. De ser la máxima atención personificada podía pasar, en un instante, de golpe, bruscamente, como fulminado, a la ausencia más absoluta, y entonces, en lugar de encontrarte frente al interlocutor sin igual que era, te quedabas como delante de una trampa o de una carcasa sin alma que la habitase, con ganas de tocarle a la frente, a veces incluso de darle con un martillo, gritando: «¡Hola! ¿Hay alguien ahí?», y, luego, al poco rato, aquella carcasa no solo estaba nuevamente habitada, sino que, mucho más allá de eso, era el lugar preciso y perfecto –la instancia superior a cualesquiera otras instancias externas– que te hacía justicia, o que al menos te la prometía, y eso, en aquel momento, era justo lo que necesitabas. El hecho de que a él no le costase el más leve esfuerzo realizar su trabajo no le parecía grave, y no solo a él –durante un cierto tiempo–, como tampoco le parecía grave que de trabajo en sí aquello tuviera poco.

Más allá de eso, hoy la fantasía me explica que aquella oscilación rítmica de la lucidez a la ausencia y de vuelta tenía sus raíces en la alternancia entre su innata sed –más bien: ansia o frenesí– de conocimiento y el deseo, a menudo arrebatado, de alejarse de los libros y las guías, de aquella «literatura», de salir corriendo, también de la casa y del pueblo, lejos de la gente, hacia aquel lugar

apartado de los humanos, sin palabras, lugar que no ofrecía nada que deletrear, nada que descifrar y que no habría de decirle a él nada de nada, solo le brindaría sus murmullos, sus crujidos y sus arrullos y lo cogería por debajo de los brazos: la linde del bosque. Pero, entonces, ¡a correr de vuelta al punto de donde había venido! Su existencia: un constante juego entre ansia de conocimiento, sociabilidad y misterio; misterio que, por otra parte, no incumbía a nadie y que no compartió ni siquiera conmigo, su único amigo, hasta mucho más adelante. De otro modo, tampoco habría llegado a tener la influencia que alcanzó en los años posteriores, y así sería durante media vida, hasta la irrupción de su locura, de la que esta vez sí llegó a ser consciente.

Ejercía influencia: esto quería decir que, con aquellos cambios de la marea entre la lucidez y la ausencia, inspiraba confianza, excepto a aquellos que no concedían valor a la confianza por considerarla una debilidad. Era como si fuese mi juez y mi abogado en una misma persona; más mi abogado, claro, sobre todo cuando la ocasión realmente lo requería como abogado. De hecho, se hizo abogado, penalista para ser exactos, y lo llamaban de los tribunales internacionales, y a muchos les fue de ayuda, precisamente porque la madera de juez se hacía patente en su persona como una especie de vocación por el orden. También hubo muchos que lo imaginaron como político, lo imaginaron actuando sobre el gran escenario del mundo; por suerte, aquello no pasó de las meras imaginaciones, y además él no las compartía, pues nunca tuvo ni idea con respecto a su propia trayectoria, y, si no era capaz de pensar que había llegado a ser alguien ni siquiera siendo alguien «que había llegado a algo», ¡cómo iba a ir más lejos! y, como se ha dicho, aún imaginarse siendo tal o cual cosa más allá.

De esta manera, en el transcurso de las décadas, mi amigo de la infancia no llegó a ser rico, pero sí, como alguien dijo una vez: a estar «bien situado». Nunca llegué a saber que tuviera enemigos, aunque tampoco que tuviera amigos, lo cual no deja de ser asombroso, tratándose de la persona de confianza de todo el mundo. Sí que llegaron a mis oídos, en cambio, algunos asuntos que tuvo con las mujeres, o más bien las mujeres con él, lo cual vuelve a ser asombroso, pues yo nunca lo habría imaginado como un

donjuán, claro que –así es como lo veo yo– esto se debe a que yo lo conocía desde niño y después conocí al adolescente, más bien flaco, pero deportista (en el fútbol y juegos parecidos, también superaba a todos en sentidos literal y figurado gracias a su típica oscilación entre la máxima implicación y la ausencia total). ¿Y acaso es tan héroe un donjuán? ¿Y es suerte la «suerte con las mujeres»? En mi imaginación, los dos nos reímos, mi desaparecido amigo y yo, a dúo.

Fue en aquella época de su –¿cómo lo llaman?– ascenso social cuando poco a poco fui perdiéndolo de vista. Él seguía dándome señales de vida, las cuales, obviamente, nunca trataban de las mismas cosas que circulaban sobre su vida en los periódicos. Yo nunca he llegado a fiarme de los simples rumores; de los periódicos, Dios sabrá por qué, quizá me fiaba un poco más, y eso que debería haberme mantenido más bien escéptico, cuando no escéptico del todo, por cuanto yo mismo he sido el afectado o al menos el mencionado en ellos. No obstante, cuando hablaban de otros y no de mí, sí que tendía a creer bastante a pies juntillas lo que aparecía impreso donde fuera, al menos en mis años jóvenes, e incluso lo hago ahora, aunque solo de entrada. Por los periódicos debía estar enterado, pues, de que mi amigo de la infancia, hombre de mundo sin igual, «siempre vestía trajes italianos o franceses, zapatos ingleses a medida, corbatas de seda distintas según la estación del año o incluso según el momento del día», que se había casado por tercera o cuarta vez y que justo se acababa de separar de su última esposa, india nativa de Fort Yukon/Alaska; en un sitio se leía que sus mujeres habían ido siendo cada vez más «exóticas», mientras que en otro se revelaba que había sido ella quien lo había abandonado a él, como ya lo hiciera también la primera, y ¿acaso no encerraba eso cierto misterio, y no necesariamente del bonito? Y luego: ¿qué había de tener hijos? Ni uno en varias décadas.

Más o menos de la misma época que estas noticias data una de sus señales de vida: en aquel momento acababa de ver pasar flotando por su jardín los primeros copos de nieve. Por la mañana, al rastrillar las hojas caídas, le había salido al encuentro el petirrojo de entre los arbustos –«siempre el mismo, ¿o serán imaginaciones mías?»–, aleteando «para posarse sobre la negra tierra

recién removida sin hacer el más mínimo ruido, menos ruido que cualquier hoja de árbol». Estaba leyendo mi libro sobre la vida en la bahía de nadie<sup>2</sup> y veía que la historia también hablaba de él. Además –«y esto es solo para ti, no se lo cuentes a nadie»–, había conocido a la mujer con la que por fin había sentido ese palpito tan anhelado, es decir: que con ella «iba en serio» lo que llevaba toda la vida soñando encontrar con una mujer, y lo de que «iba en serio» significaba que, en el mismo instante de conocer a aquel su Otro femenino, había deseado «salvarla», «ponerla a salvo», y así ponerse a salvo él mismo, y eso que quizá ni el uno ni la otra necesitaran ser salvados ni puestos a salvo, o no en primera instancia, «¡todavía no!». Sea como fuere: se habían encontrado por el camino, y «no solo en sentido figurado». Pues ella, además, como también había soñado él siempre, era «de la misma región que nosotros, mi querido amigo», del pueblo de al lado. Y ya el colofón: en tiempos tomaban el autobús en la misma parada, aunque a horas bastante diferentes; claro que, ¿qué eran «todas aquellas horas diferentes frente a un Tiempo Diferente»?

Había estado con la mujer del pueblo de al lado entre un día y el siguiente –«o, si lo prefieres: durante la noche»– y, para el verano, esperaban un hijo del que tanto ella como él ya sabían en secreto el nombre sin necesidad de verbalizarlo. «Sí, amigo mío, esta mujer me ha conducido por caminos secretos, como los de tu querido Wolfram von Eschenbach. No me desees suerte, pero sí deséame cosas buenas: que sea bueno yo, sobre todo. Reza por mí. Lo necesito. Siento que yo solo soy demasiado débil, justo ahora que por fin va en serio. Demasiado débil para esta seriedad. Lo presiento, lo temo. Ella se fía de mí, y de qué manera. Pero yo no me fío de mí mismo. Me doy miedo. Sí, reza por mí. ¿Quién reza por mí? Al mismo tiempo que, por una parte, soy tan débil, por otra... sí, es eso lo que me da miedo de mí mismo en mi situación: me siento elegido. Sí, desde que en tiempos saliera corriendo de golpe para alejarme de los míos, para estar solo con el murmullo de las hojas y el arrullo de las ramas, me siento como un elegido, también en el sentido de: ¿qué tengo que ver yo con vosotros? Y aquí, de nuevo con el presentimiento de: mujer, ¿¡qué tengo que ver yo contigo!? ¿Yo, de toda la vida demasiado débil para los míos, al mismo tiempo (¿?) y justo por eso

(¿?), elegido –o así me lo figuro yo– para otra cosa completamente diferente, para lo Otro? O, al contrario: un Elegido desde el principio y, justo por eso, incompatible con la comunidad, del tipo que sea esta. ¿Yo, por Elegido, tabú? ¿¡Ni me toquéis, soy tabú para vosotros!? ¡Rezad por mí!»

¿Sería a partir de entonces cuando empezó a convertirse en una historia en sí misma la vida de mi amigo, entretanto desaparecido en el transcurso de los acontecimientos? De ser así, sin duda lo hizo sin sustos y sin brusquedad. Lo que sucedió con él comenzó de una manera muy tenue, y así se mantuvo durante mucho tiempo. En un principio, y durante mucho tiempo, no fue sino la normalidad cotidiana, aquella normalidad amable que él veía como un ideal de vida, precisamente para protegerse de la consciencia de ser alguien especial; una normalidad entendida, además, como algo inofensivo y muy tranquilizador, nada da más paz que una normalidad así, y al mismo tiempo – ¿por qué en realidad?– nada es más grato que las cosas cotidianas que habrían de pasarle en lo sucesivo; nada más infantil. ¿A que no?

La historia, la verdadera historia, la especial, empezó un día de verano, semanas antes del nacimiento de su hijo. Había salido de casa y del jardín para ir a los cercanos bosques, a través de los cuales, por el camino más corto –primero subiendo por la pendiente más suave, luego bajando mucho por la parte escarpada–, se llegaba hasta la ciudad. No tenía nada especial que hacer en la capital, su único plan era cenar con su mujer, ya en la recta final del embarazo; gozaba de un permiso temporal en los tribunales, donde una vez más le había tocado defender a un hombre acusado de crímenes de guerra. Con la necesidad de caminar en lugar de tomar algún transporte y, además, de ir lejos, para arriba y para abajo y para abajo y para arriba, como si lo hiciera por su hijo aún no nacido, dejó el coche en el garaje, como también dejó donde estaba la estación de tren del barrio de las afueras en el que vivían. Marchó atravesando los bosques, que no constituían una barrera de separación de la metrópoli demasiado alta, con su traje, corbata y sombrero (ni «Borsalino» ni «Stetson»).

El camino conducía a través de bosques de hoja caduca. ¡Qué diferencia de los abetos, abetos rojos y pinos cembro de nuestra infancia! Los bosques del

otro país estaban desnudos de pies a cabeza, los árboles –robles, castaños, hayas y abedules–, separados unos de otros, sus ramas no se entrelazaban, casi no había monte bajo y, cuando hacía sol, los rayos bañaban el bosque entero, aun con lo extenso que era. La expresión «despejada amplitud» adquiría así un nuevo significado. Al principio, aquella claridad no le agradaba. Del mismo modo que, en el otro país, tenían el dicho de que «el vino blanco no es vino», él pensaba que los bosques de hoja caduca no son bosques. Echaba de menos lo sombrío, la oscuridad, lo angosto, lo agobiante, el no encontrar un camino sin más, sino tener que abrirte el paso tú mismo. Por otro lado, a pesar de su despejada amplitud, aquellos bosques le parecían un tanto sucios; no, más bien faltos de pureza, dicho de otro modo: echaba en falta la sensación de pureza que experimentara antaño en los bosques de coníferas, especialmente en lo más profundo de ellos, pues, aunque le intimidaba, lo asociaba con la pureza; allí, hasta las setas descompuestas y hasta los esqueletos de ciervos, zorros, liebres, de aquel blanco tan especial, desprendían cierto halo de pureza entre el musgo o sobre el musgo. A esto se añadía que, durante mucho tiempo, tal vez incluso hasta aquel mismo día de verano, no había contemplado los bosques de hoja caduca como lugares con entidad propia, como entorno o como lugar o como espacios en sí, sino únicamente como zonas de transición y estación de paso entre el punto de partida A y el punto de destino B, con la excepción de cierta vez en la que había recorrido uno de aquellos bosques de hoja caduca junto con la que habría de convertirse en su esposa, una vez más de camino a otra ciudad distinta, y ella sin querer lo había apartado, o más bien había tirado de él –mi amigo ya no recordaba bien si había sido de la camisa o del cinturón; en todo caso, no había sido de la corbata y menos aún de los pelos–, con una expresión en la cara como si fuera ella quien tuviera que salvarlo a él.

Hasta el momento, al atravesar el mencionado tipo de bosques tampoco había hecho por mirar al suelo. En general, hacía mucho tiempo que no miraba al suelo en ninguna parte, del mismo modo en que tampoco levantaba la vista hacia el cielo, con la excepción, de nuevo, de cierta vez en la que su profesión le llevó a un país en plena guerra civil, y entonces solo lo hacía en las noches estrelladas, cuando las bombas caían sobre blanco seguro. Profesión al

margen: en su época de hombre de mundo, su mirada se dirigía decididamente al frente, a la altura de los ojos.

La altura de los ojos, la de ahora, era una altura descriptible: «¡Ah, mira!». La cosa, el objeto que tuviera ante los ojos –y que lo tuviera ante los ojos a él–, lo que fuera, era descriptible. Con todo, el «lo que fuera» en realidad tampoco tenía nombre, o al menos no tenía el nombre idóneo para ese instante. Ni «cosa» ni «objeto» eran palabras acertadas. «No te rías», me dijo aquella vez mi amigo. «Lo que, de repente –no: de repente, no; sin querer–, encontraron mis ojos de entrada lo percibí como algo sin nombre, o, de haber tenido un nombre para darle, habría sido en la callada exclamación, en mi interior: “¡Un ser!”, precedido de un “¡Ooh!”, como tantas veces leemos al comienzo de la frase en las novelas de Knut Hamsun: “¡Oh, un ser!”. Y que no se me olvide: antes aún de esa callada exclamación –es ahora, al contarlo, cuando me viene de nuevo a la mente– es posible que pronunciara otra más callada todavía: “¡Ahora!”»

¡Ooh! ¡Mira! Se sentía como si, sin saberlo, hubiera estado esperando ese momento, ese instante de la visión, esa confluencia y ese encuentro. ¿Desde cuándo? Aquel tiempo no era susceptible de medida: «desde hacía un tiempo inmemorial», lo cual podía significar igualmente desde antes de su nacimiento como desde ayer. No exageraba, ante sí mismo el primero, allí parado con los ojos como platos delante de su primer boletus, uno que tampoco era demasiado grande, más bien acabaría de salir, con su brillante sombrero de color teja, todavía ileso del paso de algún caracol o cualquier otro bicho, y sus láminas de un blanco nítido. ¿Como los de los libros de estampas? Más aún: como salido de un mundo de fábula. Existían, pues, este tipo de cosas, eran reales, eran parte de la realidad; y así se revelaba de la manera más viva imaginable en aquel ser fabuloso: «encontrármelo a la altura de los ojos», me escribiría mi amigo mucho más adelante, «significó para mí más –o al menos, algo distinto– que haber visto acercarse un león entre los árboles, uno de mis sueños recurrentes desde pequeño, o, pongamos, que encontrarme cara a cara con un unicornio invocado por la varita mágica de quién sabe quién; claro que también fue muy distinto de la leyenda del

cazador, después santo, que en lo más profundo del bosque se encuentra con un venado con la cruz de Cristo entre los cuernos<sup>3</sup>. Mi ser fabuloso, el primero de todos y, a fin de cuentas, también el último por el momento, no tenía absolutamente nada en común con ningún animal de leyenda. El ser era parte integrante –detalle añadido– del pleno día y, en lugar de poner en tela de juicio la realidad, de envolverla en la penumbra de lo misterioso y, como en el sueño del león que se acerca por el bosque, arrebatarme el suelo bajo los pies, lo que hacía era reforzar ese suelo, hacer más sólida la realidad del día, cosa que me habría resultado impensable de un unicornio emergido de la tierra, aparte de que a día de hoy tampoco se ha dado el caso de encontrarme frente a ninguno en vivo: de haberse dado tal caso, al ver al león y apuntarlo con el arco y las flechas o con lo que llevara el cazador para cazar el ciervo, se me habría acelerado el corazón, eso está claro. Pero, créeme, ante mi primer boletus, a esas alturas de mi vida, ya pasada más de la mitad, se me aceleró tanto, se me desbocó –me creas o no me creas– como nunca antes».

¿Cómo era eso posible? Habiendo crecido en una región llena de bosques y habiendo «ido por setas» –como se decía allí por entonces– desde niño, a buscar las amarillas, es decir: las que se podían vender, adentrándose de rodillas o incluso a rastras por los bosques de coníferas hasta sus más remotos y elevados rincones, ¿no se había topado nunca con el rey de las tropas del pueblo de a pie? Jamás. Ni una sola vez. ¿Y no podría ser que sí que asomara alguno como el de aquel momento fabuloso, e incluso que allí, entre el musgo engrisecido y en medio de la pinocha y las granzas grises del abeto, destacase todavía más que aquel entre las hojas marrones rojizas, iluminadas por el sol de comienzos del año? ¿Y que precisamente por ser algo –o alguien– tan manifiesto, tan obvio, el niño de antaño lo hubiera pasado por alto todas las veces? Sí, podría ser, seguro que sí. Ahora bien, ¿cómo se explica que tampoco hubiera visto nunca ningún boletus, pero ni uno solo, a los otros buscadores de setas o al menos a alguien del clan de piratas del bosque? ¿Acaso sus ojos no habían reparado más que en el eterno amarillo en los cestos y otros recipientes de sus competidores? ¿No sería que aquellos seres fabulosos y supremos se escondían entre el resto para que nadie los viera? Pero ¿cómo es que tampoco del pasillo de aquella casa del valle donde

recogían las setas guardaba en la memoria más que el amarillo que lo inundaba todo, en cajas y más cajas? ¿Rincones secretos, al margen de la luz, donde retozaban los reyes, arrancados de raíz? ¿Qué mercado era su destino? Porque tampoco en los mercados le habían llamado la atención nunca, o más bien es que nada lo había incitado a él a acercarse mucho a los mercados, como tampoco lo haría más adelante, con la excepción de las frutas exóticas traídas de los trópicos, las «ultramarinas».

Cuando, con todo, le insistí a mi amigo en que le estaba dando una importancia exagerada a aquella experiencia de «su primer boletus», él me respondió: «¿Y tú qué, aquella vez, con tu historia de “la repetición”, donde te representas como un muchacho que emprende el viaje hacia el sur, desde nuestro valle encajonado entre las montañas a través de las siete cumbres y, por la falda de la séptima, te tropiezas con el mar o igual con el Karst sin más y entonces, ante el penacho de una palmera, o igual era ante una pequeña higuera o, lo más probable, ante una simple hoja de higuera traída por el viento, le dedicas todo un panegírico a “la experiencia de la primera higuera”!? ¡Pues ahí hago yo valer “mi primer boletus”, por cuanto que supuso una experiencia que me cambió la vida!». (Para cuando mi amigo de la infancia me ofreció esta respuesta, aún no podía saber ni siquiera imaginar por qué derroteros habría de perderse después como consecuencia de tal punto de inflexión.)

Para empezar, se puso en cuclillas frente a la seta, que, a diferencia de todas las demás cosas, plantas e incluso árboles altos, permanecía al borde del escarpado camino, imperturbable por el viento estival; luego se sentó a su lado, con traje y todo, y eso que habitualmente le disgustaba cualquier motita en la tela. Una y otra vez, sin ningún propósito, su mirada se apartaba del ser para recorrer los alrededores, como impulsada por un latido especial, calmado, rítmico, trazando círculos cada vez más amplios. Y cuanto encontrara en ellos, allí, más allá, más más allá, se lo relataba a sí mismo en silencio. Un arbusto de arándanos estaba lleno de bayas rojizas, aún sin madurar, pero en el interior ya tenía algunas todas negras, es decir: bien maduras, qué curioso, justo a las que no les daba el sol y quedaban medio en

la oscuridad. Una de las ranitas enanas que, a principios del verano, se transformaban de renacuajo sin patas a cuadrúpedo y abandonaban el pequeño estanque al pie de la colina para instalarse en los bosques, hábitat que les estaba destinado, quién sabe cómo y si sería para mucho tiempo, una rareza de criatura, se dejaba ver saltando camino arriba, poco más grande que media uña de mi amigo –fácil confundirla con una de las arañitas de hoja que correteaban de un lado a otro–, y sus saltos levantaban un granito de arena, con todo lo ligero que parecía el animal, «¡un superviviente de tantos miles de miles!». Uno de los robles del borde del camino tenía un vientre hinchado por una especie de úlcera cancerosa, ¿o era una escultura de una gigante con enorme barriga de embarazada? Un grupo de ciclistas empujaba sus bicicletas montaña arriba y, viéndolo allí sentado, involuntariamente colocado delante de la seta, en la que de todas formas no habrían reparado (aunque ¿quién sabe?), sucedió por primera vez que unos desconocidos así lo saludaron, y no porque vistiera traje y corbata, y él les devolvió el saludo, ¿o acaso no se produjo el intercambio de saludos a un mismo tiempo, como lo más natural del mundo? Al hallar aquel pequeño tesoro despertó en su interior un «¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí yo también!» o tal vez fuera un simple «¡Aquí!» como no había tenido lugar nunca antes.

Después, incluso se echó cuan largo era al lado de la seta. Igual que antaño en la linde del bosque, se hizo todo oídos, claro que sin intención de ningún tipo: se echó a escuchar como quien se echa a andar o se echa a pensar o incluso se echa a un lado. El martilleo y los chirridos de las sierras eléctricas de las nuevas construcciones en proliferación alrededor del lago. En el azul del cielo, el constante zumbido silencioso, ¿zumbido silencioso?, pues sí: de los aviones de pasajeros, a los que sumaba el esporádico tronar de los helicópteros que iban o venían del cercano aeropuerto militar, ¿y se le sumaba?, pues sí. A los pasajeros de allí arriba, en el aire, no podía pasarles nada, aquel día no, en aquel momento no, no durante aquel vuelo. Y, desde las autovías y autopistas del extrarradio, al otro lado de los bosques, percibía un potente zumbido, un rugido atronador, pero tan uniforme como no lo había oído nunca, igual de uniforme que las bocinas de los coches e incluso de las sirenas de la policía y las ambulancias, y todo aquel estruendo más o

menos cercano o lejano a su vez estaba en perfecta uniformidad con el murmullo de las hojas del bosque estival que también oía por primera vez de aquella forma: el golpeteo, el traqueteo, el chirrido, el silbido estridente o aflautado, por aquí, por allá, de una o de varias ramas, cuando las ráfagas de viento las obligaban a chocar o a cruzarse por encima de su cabeza. ¿Y las cosas malas que estaban pasando en aquel instante, allá afuera: en el mundo – ¡ábranse bien los oídos a las sirenas que ahora llega el estallido final!–, y que habrían de pasar a continuación, ahora, ahora mismo? ¡Pues que pasaran! No sería para tanto. Tampoco a él, tal y como estaba allí tumbado en aquel momento, podía pasarle nada, ni tampoco a su mujer ni al niño que llevaba en el vientre. La seta que tenía al lado era su amuleto de la suerte, suyo de los dos, de los tres.

Luego mi amigo no se acordaría de cómo, por fin, cogió su primera seta de aquella especie: su *Steinpilz*, su *jurček*, su *vrganj*, su *cèpe*, su *boletus edulis*. ¿Se podía decir que lo había cogido? ¿O lo había sacado de la tierra? ¿Lo había arrancado? ¿Había tirado de él? ¿Lo había hecho girar para soltar las raíces del suelo? Cuanto podía decir era que lo había «birlado», por cierto: sin fijarse en si había más por los alrededores. Y lo que es seguro es que, para seguir su camino hasta la ciudad, subiendo y bajando colinas, no había querido abollar su tesoro por metérselo en un bolsillo del traje o en el sombrero: había ido con él en la mano, en la que al mismo tiempo sujetaba el sombrero, y así, sin cambiar de postura ni un momento, estuvo la tarde entera, hasta que, ya a última hora, se dirigió al lugar donde había quedado con su mujer, después de hacer transbordo del autobús interurbano para tomar el metro en las afueras de la ciudad y, por último, de nuevo a pie. Y nadie tuvo ojos para fijarse en lo que mecía en el aire junto con su sombrero, en el ala, mientras maniobraba para atravesar el gentío como quien transporta algo especialmente delicado.

¿Tesoro? ¿Transportaba un tesoro? En efecto, aquella tarde de verano se sentía como si se hubieran hecho realidad aquellas fantasías de su temprana infancia en las que, en su condición especial de buscador de tesoros, encontraba uno con ayuda del cual podía hacer magia, aunque se tratase de

un tesoro tan diferente del que imaginaba de niño. Por aquel entonces, se imaginaba aquel tesoro que lo estaba esperando a él, por supuesto –«como si no lo supieras»–, como algo metálico, mineral, de piedra preciosa, o, en cualquier caso: duro e indestructible, algo bien sólido en la mano. Y ahora resultaba que el tesoro –el tesoro que llevaba esperándolo todo aquel tiempo incluso sin él llegar siquiera a tener consciencia– de entrada sí que era una cosa dura y sólida en la mano, pero de otra manera, y además era elástica; luego, en cambio, empezaba a quedarse blanda, cada vez más blanda, perecedera como era, una vez perdida su elasticidad inicial y esfumado también su aroma, originariamente tan nítido –¿«aroma a nueces», como decían?– y, no solo por culpa del aire de la ciudad, dando paso lo aromático a otro «aroma» más dudoso. ¿No era infantil contemplar algo tan perecedero como el máximo tesoro de la vida de uno? Respuesta de mi amigo, en el umbral de la locura micológica definitiva, la misma respuesta que años y décadas después: «¡No!».

Cuando, ya en el bar donde había quedado con su mujer, le enseñó el tesoro –ni ella se había dado cuenta de que lo llevaba–, la embarazada abrió unos ojos como platos, del susto, claro. Se estremeció, y con ella la criatura aún no nacida. Mi amigo tuvo que convencerla para que cogiera la seta, que aún ofrecía un aspecto presentable: el sombrero, con la capa brillante de la última humedad; su carne, blanca como recién salida a la luz desde las profundidades de la tierra. La mujer sostuvo el hongo bien lejos de sí, contemplándolo no tanto con admiración como con cierto espanto. «¡Qué feo!», dijo, y tampoco sirvió de nada que él llamara su atención sobre una parte del marrón rojizo de un tono más claro y con la forma de la hoja del roble que había tenido encima. Y eso que, como ya se dijo, procedía del campo igual que él, del pueblo de al lado.

Hizo falta que se les sumara el barman para que ella cambiara de opinión. También este abrió unos ojos como platos al ver la seta, pero fue de asombro, y la reacción, en su caso, fue positiva. Él mismo había salido al bosque en su día libre, pero había hecho demasiado viento, del oeste, para colmo, y, sobre todo, cuando soplaba este viento, las setas no asomaban. ¿Será posible? Un

barman, y, además de una gran ciudad, ¿buscador y aún experto en setas? ¿No sería del campo, como sus dos clientes? Ni mucho menos, era criatura urbana de pies a cabeza, solo que las setas, casi todas, al menos las comestibles, eran su pasión desde que una vez, apenas había aprendido a andar, su padre lo llevara más allá de los plátanos de paseo de la ciudad a la zona montañosa donde había robles, castaños, hayas y abedules.

Y se hizo cargo de la seta, de notable peso, sujetándola entre el pulgar y el meñique con una destreza tan incomparable que a mi amigo se le quedó grabada, y al instante se puso manos a la obra con el pequeño cuchillo que solía utilizar para la cáscara de limón, para hacer rodajitas de naranja o cosas parecidas, cortando láminas finísimas, como obleas, pero no del sombrero, sino de la parte lateral, del abombado pie. Y, por encima de la barra, le mostraba a la pareja lo que iba haciendo, una auténtica demostración: escuchad el sonido de la carne al cortarla... ¿oís ese tono, casi una nota musical? Y mirad las gotitas que se aparecen en el lugar del corte, bueno, que manan, mirad, mirad, sí, sí: brotan como perlas, sí: perladas, incoloras, cristalinas, ¿dónde se han visto gotas de agua tan clara y luminosa?

Y ya les había servido el barman el plato de redondeles blancos casi transparentes, crudos, pinchados con palillos, y mi amigo y su mujer probaron la comida sin ningún otro ingrediente, probaron sin pensárselo dos veces –ella la primera, por cierto–, y, en el curso de una hora, se habían tomado la seta entera, preparada de aquella forma, y hasta el último momento les resultó una delicia. A ambos se les despertó el sentido del gusto como nunca lo había hecho antes. Mi amigo le encontró el gusto como nunca lo había hecho antes. Y eso significaba pensar bien y pensar cosas buenas, sentir cosas buenas gracias a aquel plato.

¿Y la cena de después? Una degustación semejante abría el apetito a algo más, aparte de que la embarazada tenía hambre todo el tiempo y, en los días previos al parto, lo único que deseaba entre una comida y otra era seguir comiendo. Y quiso el destino o tal vez fuera el azar que, justo aquella noche de finales del verano, justo al restaurante en el que estaban ellos, llegó una partida de boletus para la cocina. ¿Y por qué me lo contó mi amigo? ¿Porque

siguieron comiendo más de lo mismo, pero preparado de otra manera? ¡Qué disparate! Ver llegar aquella partida suponía la devaluación de su tesoro. No es que aquellas setas fueran más grandes ni más hermosas que la suya, habían sido recolectadas en bosques similares, solo que bastante más alejados de la gran ciudad. Pero ¡la cantidad que había! Traían montones de ellas en cajones de los que normalmente se utilizan para fruta o patatas, tan pesados que tenían que transportarlos entre dos hombres, y el arsenal de cajas y cajones desde la entrada hasta pasada la puerta de batientes de la cocina parecía no tener fin. Desde la cocina, donde pesaban las setas, se oía recitar una cantinela de cifras que también parecía no querer acabar nunca, largo rato en kilogramos, después en libras, traducida así toda maravillosa individualidad – ¿no era tal una seta, y no tenía que seguir siendo así?– en unidades de medida, en último término en unidades de masa, y, al final del todo, cuando por fin terminaron de descargar el camión (¿o fueron incluso dos?) y la puerta de la cocina se quedó abierta de par en par, mi amigo, desde su mesa (su mujer, que seguía comiendo y zampando sin masticar demasiado, parecía no haber reparado en absoluto en todo aquello), vio un enorme montón de setas desparramado por las baldosas del suelo de la cocina, y no porque se hubieran caído en un descuido, sino porque uno de los pinches les estaba dando un agua con una manguera, un chorro nada más, una pasada superficial para quitarles los restos de tierra, arena, hierba u hojas de helecho. A no pocas se les habían roto los sombreros o los pies en el vaciado de las cajas sobre las baldosas, y más que se les caían ahora bajo el chorro de agua, y, desde lejos, a los ojos de mi amigo, que aún guardaban la imagen de la suya – pieza única, individuo–, aquel alud, aquella masa de miles, a quintales, todos aquellos pies sin cabeza guardaban literal semejanza con piedras, con un montón de piedras, romas, pesadas y, sobre todo: sin valor, o, cuando menos, de valor ínfimo. ¿Iba a ser eso un tesoro? Pero, entonces, ¿cómo iba a serlo ya la suya, aquella cosa de nada, la mísera unidad?

El desencantamiento no fue duradero. Tan solo se extendió a aquella noche. A la misma mañana siguiente, la magia de las setas recuperó su poder, y además fue según se despertaba mi amigo, en esos momentos de transición del semisueño. Y si surtió efecto fue precisamente por la ausencia de objeto

mágico. «¿Y fue a modo de deseo imperioso?», pregunté yo. «No», respondió mi amigo, «a modo de anhelo o, si te cuadra mejor: de sed de aventura». Y fue eso lo que, por la mañana temprano, despierto al instante, a diferencia de tantas otras veces, le impulsó a salir al campo, a los bosques y no solo hasta sus lindes. Claro, ahora tenía tiempo, días enteros, a fin de cuentas, en el Tribunal Internacional le habían dado permiso indefinido.

No obstante, los dolores de parto de su mujer le impidieron ponerse en marcha, claro. Poco faltó para que aún se lo tomara a mal, aunque fue solo durante un breve primer momento. Luego, en cambio, le vino a la mente aquel lema suyo de: «Yo soy el salvador», el cual, por otra parte, esa vez no resultó precisamente acertado. El viaje de ambos hasta la habitación que tenían reservada en la clínica transcurrió sin prisa ni preocupación, pero luego, cuando una concatenación de circunstancias adversas que aquí no vienen al caso dio lugar a que mujer e hijo realmente necesitaran ser salvados, no fue él, el esposo y padre, quien salvó a los dos. Cuando, inesperadamente, tuvieron que llevarlos al quirófano, él se dedicó a deambular por las calles laterales, aguzando el oído para captar el fragor del cercano estadio de fútbol y, en función del griterío, tratar de adivinar quién iba ganando. De regreso a la clínica: el susto, después el alivio, después la alegría y, por último, un nuevo susto, ese susto *a posteriori* que aún habría de durarle.

Un susto semejante hace olvidar, y, en lo sucesivo, mi amigo de la infancia se olvidaría de su seta, así como de las setas en general. O tal vez no la olvidó, pero el asunto perdió su importancia, dejó de ocupar un lugar esencial en su cabeza. Mujer, hijo y vuelta al trabajo de abogado, que «gracias a la criatura» –según me escribió–, enseguida me dio nuevas alas, se convirtieron para él en «mi vida y mi ser». Esto no quitó que entonces se fuera a los bosques, ahora de otoño, con el recién nacido –su mujer los evitaba, alérgica al aire del bosque, las hojas secas en proceso de convertirse en polvo y las telarañas en la cara– y lanzando miradas furtivas a los bordes de los caminos y los huecos entre los árboles. Eso sí, ni una sola vez encontró nada, y a él le parecía bien, al menos en cuanto volvía a verse fuera del bosque, sin nada más que su niño

en los brazos.

Así transcurrió un año, transcurrieron dos años. El único efecto secundario del «hallazgo del tesoro» (ahora entrecomillado) fue que al camino montaña arriba donde, en aquella tarde de verano, se topara con aquel inigualable boletus único le puso el nombre secreto de «camino prenatal» y, dato al margen: el nombre se mantuvo hasta la desaparición de mi amigo.

En lo sucesivo, ocurría cada vez con más frecuencia que el abogado se marchara a los bosques, tan cercanos a su casa, con sus expedientes del tribunal de lo penal. Se imaginaba que, sobre todo para la elaboración de sus alegatos de defensa, aquel silencio del bosque, aun sin ser absoluto, unido al casi constante murmullo de las hojas, sin importar la cercanía de la metrópoli y con todo el ruido que llegaba de ella, le ayudaba a madurar los elementos que podrían resultar decisivos, como también los silencios, vacíos y meandros del discurso, también decisivos, pero de otra manera. ¿Imaginaciones suyas? ¿Un abogado raro? Raro, a lo mejor sí. Sin embargo, lo que al principio parecían imaginaciones con el tiempo se convirtieron en un hecho: sus alegatos triunfaban, sus acusados, casi sin excepción, eran absueltos.

El sitio donde se sentaba por aquel entonces, en el suelo, apoyado en un haya, árbol de corteza especialmente lisa –como siempre: con traje y corbata y el sombrero al lado–, era una parte despejada, casi circular, no del tamaño suficiente como para ser considerada claro del bosque en condiciones, demasiado grande, como también demasiado redonda y demasiado geométrica como para ser un mero intersticio entre árboles. Y sí que era un intersticio, incluso un espacio intermedio, aunque a saber quién lo había creado (¿?) muchos años atrás, quizá unos leñadores para establecer allí un campamento ya desaparecido y en cualquier caso: artificial. Además, no se encontraba en el interior del bosque, sino apenas a unos pasos de la linde, en paralelo a la cual, a su vez, discurría una ancha franja roma destinada a una conducción del gas o algo por el estilo. Y, no obstante, el abogado siempre se sentaba allí completamente solo, como si aquel círculo, que le evocaba el lugar de reunión del *thing* de los antiguos germanos, tan solo le permitiera el

acceso a él y fuera tabú para cualquier otra persona «ajena a la empresa». También parecía providencial que el acceso al enclave estuviera obstruido por haces de ramas apilados hasta la altura de una empalizada y que no solo atravesarlo sino incluso verlo siquiera fuera un privilegio reservado a él en exclusiva.

De nuevo, era verano, aunque esta vez era por la mañana y hacía sol (o igual no). Y, tras adentrarse en el círculo de reunión del *thing* al pie del haya donde tenía su campamento de trabajo, como si lo estuvieran esperando, una asamblea en toda regla; sí, en aquel instante lo eran y volvían a serlo: seres que no solo tenía olvidados hacía mil años, sino –ahora se daba cuenta– a los que había traicionado. «¡Con que estáis aquí de nuevo!», les dirigió la palabra automáticamente. «Con que estamos aquí de nuevo...» Allí estaban, entre las hojas del año anterior y entre las picudas valvas de hayucos, ahora vacías; había docenas, todos casi igual de grandes y rectos como velas, y casi todos sobre pies igual de delgados, sin panza, como solo son capaces de permanecer rectos los boletus que crecen alrededor de las hayas; eso lo aprendería y predicaría el loco de las setas más adelante, «suponiendo, pues es cosa rara, que lleguen a crecer siquiera y logren abrirse paso –¡la palabra lo dice todo!– a través de la capa de follaje y de cúpulas pichosas de las hayas, tan pegajosa y hostil a la vida de los seres como es».

Había muchísimas setas, y mi amigo pronto dejó de contarlas. Pero el motivo de ello no fue la cantidad. A la vista de semejante esplendor, contar no le pareció de recibo. Además, semejante proliferación en aquel lugar era una auténtica rareza. Nunca más volvió a encontrar nada parecido y, siempre que oía decir a otros que habían dado con una cantidad de setas «como para cortarlas con hoz», sabía que la gente que utilizaba tales dichos no tenía nada que hacer con ellas; en cualquier caso, tal y como él veía las setas, desde luego que no.

De nuevo, es curioso (o no) que, ni siquiera cuando encontraba en masa tipos de setas que por experiencia sabía ricas al paladar, las concebía como «masa», del mismo modo en que tampoco se vio nunca a sí mismo como «amante de las setas»; en la vida salió de su boca tal palabra y, con el tiempo,

pasó a sentir un creciente desprecio al oírsele a sus co-micólogos. ¿Micólogos? No, la gente que hablaba de sus hallazgos en «kilos» recogidos «en un minuto» y que sacaban del bosque «a cubos» no eran buenos conocedores de las setas y menos aún científicos, como tampoco él, y eso que las circunstancias lo llevaron a examinarlas al microscopio alguna vez o, también de manera puntual, a disecarlas, llegó a ser micólogo, sino solo a loco de las setas, como él mismo acabó reconociendo.

Durante mucho tiempo, como poco: durante la década que siguió a aquella mañana bajo el haya, su creciente interés, después incluso pasión por el mundo de las setas, amplió el horizonte de sus miras en lugar de reducirlo; no lo oscureció –como yo creía–, sino que le dio más luz. Aquel tipo de distracción le hacía bien a su cabeza, y por consiguiente a su trabajo, y no solo a eso. Ya se dio cuenta aquella primera vez, en el rato que siguió a aquel gran hallazgo, después de haber formado un gran montón con las docenas de boletus extraídos uno por uno con mucha, mucha, mucha delicadeza, haciéndolos girar primero para soltar las raíces, y ahí cada uno de ellos emitía un (levísimo) sonido propio (sí, esta vez no cabía duda de que sonaba como una nota musical). Estudiar los expedientes, tomar notas, combinar elementos, aportar pruebas o también cuestionar las pruebas aportadas, y, sobre todo, analizarlo todo en conjunto, sacar conclusiones y, por último, llegar a su propio cierre concluyente le resultaba más fácil que de habitual, como si se le fueran encendiendo chispas. Un vistazo a la pirámide de tonos rojo, blanco y marrón que se dibujaba más allá de las puntas de sus zapatos, y ya sabía cómo avanzar en su tarea.

Luego, el loco de las setas no supo decirme qué fue de aquel nuevo tesoro al final del día, si se lo llevó a casa para servirlo de cena, si cortó las setas en láminas para secarlas o si las regaló. Lo importante era otra cosa: desde siempre había deseado volver a casa con un presente especial; ya era así cuando vivía con sus padres en el pueblo, solo que nunca se le había dado ese algo especial con que entrar por la puerta; siempre volvía a casa con las manos vacías. Esta vez, en cambio, por fin cruzaría el umbral de la puerta llevando en las manos algo especial, aunque solo fuera especial para él. (¡Ah,

y de qué manera se maravillaría su hijo!) Pero aún había otra cosa más importante: el propio instante, aquel primer instante de descubrir y hacerse consciente de haber descubierto. Aquel instante permaneció grabado en su memoria con perfecta nitidez, en tanto que otros muchos de aquel día se desdibujaron por completo.

Y, para su propia sorpresa todavía tendría algo más que contar: en realidad, aquella noche tenía pensado ir al cine, a una película que llevaba mucho tiempo con ganas de ver. Sin embargo, después de aquella experiencia del descubrimiento que parecía sacada de un cuento, dejó de apetecerle la película, o más bien se sentía como si ya la hubiera visto. Me contó que finalmente sí que fue al cine. Pero, después de aquel instante de la mañana, el cine no tuvo ni punto de comparación. Se le había hecho largo el tiempo –lo cual no significa que la película le hubiera aburrido–, casi tanto como, por otra parte, se le hacía larga la vida en la tierra en general desde siempre, desde la infancia, tal vez incluso desde la más temprana. Una vez, poco después de terminar la carrera, fantaseó con ser escritor, como yo, y en su fantasía llegó a escribir una novela que tituló «Mi vida» y que tan solo constaba de unas pocas frases, de un único párrafo breve cuya última línea rezaba: «El tiempo en la tierra se le hacía largo». Ahora bien, el cine era el único sitio donde, aunque le aburriera la película, nunca se le había hecho largo el tiempo. Sin embargo, desde aquella mañana se le hacía largo incluso en la palpitante oscuridad que tan a salvo le había hecho sentir hasta entonces, y después, a medida que iban en aumento las fuertes emociones de su locura por las setas, se le hacía igual de largo que el resto de la existencia terrenal alejada de las setas.

A tal extremo no llegó mi amigo, a pesar de todo, hasta el final de su historia, hasta antes de desaparecer, y de ese punto aún estoy –estamos– bastante lejos. Por lo pronto, su pasión lo curó de lo que él describía como «enfermar, padecer del tiempo», y no fue una curación puramente aparente: la recuperación del sano sentido del tiempo se transmitió durante cierto tiempo a esa vida cotidiana que antes, durante tantas y tantas horas que se resistían a pasar, le resultaba fastidiosa, por momentos del todo anodina; gracias a

aquella pasión, el tiempo en la tierra dejó de hacersele largo o, al menos no era así en algún momento puntual, al menos parecía que las horas se resistían un poco menos a pasar. En realidad, su pasión no hacía que el tiempo se le pasara más deprisa o se le hiciera más ameno, pero, aunque solo fuera durante un intervalo sensible, lo convertía en algo provechoso. Gracias a ella y precisamente por su naturaleza excepcional, mi amigo veía el tiempo de vida que le tocaba vivir en este planeta traducido a materia. Mientras que, cuando iba al cine, lo hacía para acabar antes el día –¡ojalá llegue la noche de una vez!–, al día le faltaban horas cuando se trataba de ir por los bosques buscando y rebuscando. En los bosques encontraba su equilibrio. Como si fuera la primera vez en su vida, allí se sentía cabalmente a salvo, como si antes no hubiera estado «en sus cabales». Y todas las veces, en el umbral del bosque, lo invadía una especie de excitación como la que precede a una gran hazaña, a un gran día. Y nada tenía que ver con las películas la manera en que el momento de encontrar, de descubrir, acallaba el incesante rumor de su interior, acallaba los estribillos huecos, acallaba las insufribles melodías desafinadas, acallaba, acallaba, imponiendo la calma, la calma más callada.

El tiempo se le tradujo en materia sobre todo cuando se puso a estudiar de nuevo. De niño y de joven le había gustado estudiar, luego su entusiasmo inicial había ido disminuyendo cada vez más. Casi siempre aspiraba a llegar a un determinado (o más bien indeterminable) umbral a partir del cual no podía saber más de lo que ya sabía. Ahora, sin embargo, estudiaba como sin querer, adquiriría los conocimientos sin hacerlo a propósito.

¿Y qué conocimientos eran? Para empezar, conocimientos sobre las setas: la búsqueda, los lugares donde salían, las posibles confusiones, su naturaleza engañosa, y, por qué no, aunque en el caso de mi amigo quizá no fuera algo tan necesario saber eso, también cómo prepararlas. ¿Acaso había gran cosa que aprender de las setas o «yendo por setas»? ¿Algo que descubrir? ¿Algo que ganar (y no se refiere al dinero)? ¡Esperen! La correspondiente historia será contada en su momento. Además, con su nuevo afán por el estudio, mi amigo principalmente tenía en mente un asunto que iba ligado a lo especial que tienen las setas.

A pesar de haber nacido en el campo, sabía poco de la naturaleza, y ese poco –ahí él no era ninguna excepción entre la gente del campo– se correspondía, en términos generales, a las cuatro cosas que hacen falta y/o dan miedo. Ahora, sin embargo, como efecto secundario de la fase tardía de su locura por las setas, de búsqueda a búsqueda, de «expedición» a expedición, él mismo se daba cuenta de que iban aumentando sus conocimientos sobre los árboles del bosque, en especial sobre sus raíces, sobre los estratos del suelo por el que caminaba –¿Caliza? ¿Marga? ¿Granito? ¿Pizarra?–, sobre los distintos vientos –recuérdese al barman de la escena de la ciudad–, sobre los tipos de nubes, el sistema planetario y las fases lunares. Sirva como ejemplo que, en aquella etapa de especial «profusión de conocimientos», hacia el final, participó en un congreso de micología y el que fuera la estrella de los tribunales, aquí invitado de honor, refutó la opinión generalizada hasta entonces de que la luz de la luna llena contribuía a hacer salir las setas de la tierra, abogando por lo contrario, que era la luna nueva: pues era en las noches sin luna, sin otra luz que la de las estrellas sobre el cielo despejado, cuando literalmente emergían de la tierra las setas –sobre todo los boletus–, y lo demostró con la historia «que él mismo había vivido».

Por otro lado, mi amigo también poseía algo que lo hacía especialmente dotado para encontrar o para detectar cualquier tipo de fenómeno de índole inusual, una peculiaridad suya que uno de sus profesores llamó «la mirada enferma»: desde muy pequeño había tenido un ojo especial para captar la forma diferente, la que rompía o rechinaba dentro de la uniformidad general –aunque la uniformidad quizá fuera mero fruto de la costumbre diaria–, y del mismo modo le saltaba a la vista al instante la variación de color, fuera por una intensidad mayor o menor, o la desigualdad del tono, o la simetría opuesta, o, en medio del puro caos, el patrón definido, la motita brillante, o, en medio de la lisura, el grumo.

También estaba hecho a la idea de que los nuevos conocimientos que había adquirido, a diferencia de los conocimientos de sus años jóvenes, eran inútiles. Además, era consciente de que con aquella acumulación de nuevos conocimientos, sobrevenida sin ponerle él especial empeño, corría el peligro

de olvidar lo que era imprescindible saber para tener éxito en su profesión. En cambio, con el tiempo –ese tiempo cada vez más traducido a material– se dio cuenta de que no perdía nada de lo necesario para su trabajo en los tribunales, sino todo lo contrario, como si los conocimientos sobre la naturaleza le hubieran insuflado aire fresco, veía lo que ya sabía mucho más claro y, sobre todo, mejor estructurado que nunca. Ciertamente es que, con todo, sí que olvidó alguna cosa, pero no fueron más que las accesorias y prescindibles, y también eso le servía para despejar mejor el correspondiente problema jurídico. ¡Qué más daba si su nueva disposición al estudio, si el mundo de las setas y cuanto traía consigo eran cosas inútiles! Para él, en aquellos años, en aquella década –más adelante, no solo en verano y en otoño, sino también en invierno y en primavera–, suponía un enriquecimiento, y eso que, a diferencia de los tiempos en que entregaba su cosecha a cambio de unas monedas, ahora no le servía para comprarse nada (y tampoco quería).

Bien mirado, en realidad no eran las setas que encontraba sino estos efectos secundarios lo que le resultaba un enriquecimiento; le resultaba enriquecedor, por ejemplo, saber diferenciar, durante los veranos, entre el murmullo de los robles, que a veces llegaba a rugido, el de las hayas, más similar al fragor de las olas, y el de los abedules, que ni siquiera con viento fuerte pasaba de susurro a murmullo. Fue para él una experiencia aprender de qué maneras tan distintas caían las hojas de todos aquellos distintos árboles en otoño: cómo las hojas de arce, con sus finas puntas, empezaban a caer en picado, pero luego planeaban para aterrizar suavemente; cómo las hojas de los castaños, las más grandes y a la vez más delgadas de todas, con su forma de barca, eran las que más tardaban en llegar al suelo, porque no querían y se empeñaban en no querer caer, aun cuando llevaban un buen rato en el aire, e incluso en el momento de tocar tierra volvían a mecerse y a revolotear para arriba; cómo a las acacias, con sus hojas en forma de abanico, se les desprendían casi todos los abanicos a la vez y caía todo de golpe como en un bloque, seguido de los últimos abanicos rezagados que, en lugar de caer con el conjunto, se iban flotando por los aires cada uno por su lado como... ¡id y vedlo vosotros mismos!

Para mi amigo suponía una ganancia ver, en invierno, el temblor de una piel de serpiente enganchada en una rama desnuda, y, uno de los primeros días de primavera, un rayo de sol posándose, en un ángulo aún muy cerrado, sobre una lagartija asomada por la grieta de un terraplén de marga roja y amarilla. En el vuelo de los pájaros, de unos y de otros tipos, leía únicamente el presente, el «ahora y ahora» material, y no un futuro por determinar que rara vez habría de «ensombrecerle el semblante» en aquellos días; comparaba las diferentes maneras de volar, las alturas, las fases, y por el sonido de algunos vuelos incluso era capaz de reconocer a qué pájaros correspondían. De igual modo, en sus expediciones bosque a través fue a dar con no pocos restos de búnkeres y con los cercos de cráteres de bombas enteros, muy escondidos al haberse llenado de ramas y de follaje de medio siglo de antigüedad, y dentro de ellos, cascos de acero y escudillas de latón; en otro lugar, por entre las rocas, había grosellas y uvas crespas de un pasado todavía más remoto... y ni siquiera en aquellos momentos, bajando y subiendo de los cráteres, recogiendo aquellas bayas asilvestradas y encanijadas que antaño alguien cultivó, quiso él nunca saber ni intuir nada de ningún pasado, sino únicamente aprender del «ahora y ahora».

Por aquel entonces todavía estaba –o se creía– muy lejos de ser el loco de las setas en que se convertiría después. Aquella pasión suya, pasión que a sus ojos y a diferencia de no pocas pasiones era cosa sensata, una pasión enriquecedora, suponía también un enriquecimiento para los demás, y los demás no eran solo sus seres queridos, sino también aquellos que casualmente tenían alguna relación con él, que por así decirlo le habían caído en suerte. En cualquier caso, lo que resultó de aquella pasión fue que se abrió a sus contemporáneos en lugar de cerrarse ante ellos –véase la parte en que se habla de su deseo de retirarse a los márgenes–. ¿Cómo se explicaría, si no, que al salir de los bosques con sus hallazgos contemplase estos como pruebas de amor?

El espacio intermedio donde «se instalaba» –es la palabra que acabó utilizando– y donde preparaba sus intervenciones en los juzgados se convirtió al mismo tiempo, «simultáneamente» –y esta también es palabra suya–, en su

atalaya, desde donde podía observar a la gente. Claro, no era una de esas torretas de vigilancia elevadas como las que suele haber en los márgenes de los bosques de nuestra tierra, a veces tan altas como los árboles, concebidas para los guardabosques o los cazadores o, llegado el caso, las parejas de amantes. No obstante, instalado en aquel espacio intermedio a nivel del suelo que era el espacio más suyo que pudiera existir –cuando no, incluso su reino–, se sentía como por encima de la gente que poblaba el bosque en el transcurso de sus horas de trabajo.

Eso era consecuencia de que los veía sin ser visto. Desde el lado de la gente, la valla o el muro de ramas apiladas a modo de empalizada que separaba su espacio intermedio del mundo exterior parecía impenetrable a los ojos, a pesar de que el camino casi lo bordeaba; dentro, en cambio, desde donde se sentaba él, a cierta distancia del cercado de ramas, sí que se reconocían las figuras que se acercaban tanto por la derecha como por la izquierda, no con todos sus detalles y rasgos específicos, obviamente, pero sí por sus contornos, tanto más relevantes, puesto que ahora se reducía a eso lo característico de la persona.

Del mismo modo en que aquel camino donde encontrara su primer boletus era «el camino prenatal», a este otro le puso el nombre de «camino de las grandes migraciones». Había adquirido la costumbre de levantarse con frecuencia de su lugar de trabajo en su espacio intermedio particular para moverse un rato, más breve o más largo –con el tiempo, cada vez más y más largo–, hacia los árboles que tenía a la espalda y ponerse a buscar... ya sabéis qué. Y, aunque nunca tenía la certeza de encontrar nada, todas las veces lo hacía. ¿Todas las veces? Sí, todas las veces. Y con cada seta se llevaba una sorpresa, descubría un insospechado ser-cosa, un lugar nuevo, una tonalidad de un color, una forma particular, un olor. Y, casi todas las veces, era como si presintiera un nuevo lugar con sorpresa; y aquí presentir quería decir que se despertaban sus cinco sentidos. Si luego resultaba que no había acertado, pues alguna vez se daba el caso, daba rienda suelta a su imaginación y examinaba con los sentidos aún más agudizados aquello que no había encontrado, que no estaba, que se echaba en falta en el lugar del desierto.

El perpetuo hastío vital que tanto lo había atormentado antaño se convirtió así en un vital pasatiempo. «¿Acaso se me hace largo el tiempo? ¿A mí? ¡En absoluto!»

De regreso a su lugar de trabajo en el espacio intermedio, no solo le venía sola la inspiración para continuar con la tarea. Al mismo tiempo, era partícipe del trasiego de figuras del otro lado de la cortina de ramas como jamás lo había hecho en la vida, ni de la manera más remota. Es más, aquella gente del otro lado se acercaba a él, se le volvía cercana, y así hubo de reconocer que la sociabilidad que había mostrado episódicamente y su interacción con la sociedad, por profunda que fuera su influencia todas las veces, no eran nada en comparación con la insociabilidad crónica que, desde pequeño, le había empujado a huir y aislarse de los demás.

En aquel momento, en cambio, animado por el trabajo que tanto le cundía en el espacio intermedio y, además, mucho más receptivo gracias a sus afortunados hallazgos, a veces no solo era partícipe, sino que se convertía él mismo en parte de la gente. Una y otra vez le sucedía, mejor dicho: se encontraba con que se había convertido en esa o en aquella persona que pasaba por el camino, igual que en tiempos, en la linde del bosque, se fundía con el murmullo y el zumbido y el arrullo del follaje y del ramaje; todo él, con piel, pelo y, sobre todo: huesos, se incorporaba a aquella marea de ramas meciéndose, entretejiéndose, destejiéndose y volviéndose a entrelazar que formaban las copas de los árboles.

Hasta aquel momento, jamás se había librado de su insociabilidad. Igual que, de muy niño, al despertarse, veía que incluso su madre, sentada a la máquina de coser (o donde fuera), estaba a una distancia insalvable, y se estremecía en el intento mudo de gritar de angustia por tan incurable división o imposibilidad de ser uno, también con su mujer, aun reposando sus ojos en los de ella, una boca junto a la otra boca, el espacio entre ambos le parecía tan insalvable, tan insuperable como para romper a gritar, y eso que, desde el punto de vista de la realidad por la que nos guiamos, hasta el último resquicio de tal espacio entre ambos estaba colmado; y, con respecto a su retoño, solo de manera inconfesada, pero tanto más presente para él, su recelo con

respecto a la cercanía no había hecho sino aumentar, de ser eso posible. Nunca, en la vida, a lo cual se sentía empujado como a nada en este mundo, llegaría a ser una sola cosa con aquel «otro», igual de necesitado que él, hasta tal punto que el otro, la otra, lo otro desapareciera de una vez en el acto de convertirse los dos en parte de lo mismo, de ser los dos partícipes de un acto que significaría la compasión general.

Pero en el fondo no era eso. Lo que sentía en aquel momento, al volverse permeable a los demás y fundirse con los que involuntariamente dejaban de ser figuras de absolutos desconocidos al otro lado de la empalizada de ramas, quedaba lejos, infinitamente lejos de la compasión, dado que, a diferencia de lo que le sucedía con sus seres queridos, no tenía nada que ver con el amor. Aquel sentimiento nuevo era sencillamente empatía y, más adelante, sería afán de justicia en un sentido más amplio del que «hasta la fecha» más bien había ejercido por meras exigencias de su profesión; y, en casos contados, sería una toma de consciencia –brusca, pero no necesariamente inquietante sino tranquilizadora– del respectivo «otro», sobre todo de su historia, sus orígenes, su peripecia desde dios-sabe-dónde de lejos, lejísimos, para ir dios-sabe-adónde, y así fue como se le ocurrió, según me reveló mucho después, lo de «camino de las grandes migraciones». El que acababa de tropezar al otro lado de la empalizada, soltando un improperio en una lengua incomprensible, había huido hacía unos años de un país en guerra civil; aquel otro que se paraba debajo de un abedul recuerda a una mujer de su familia, fallecida mucho tiempo atrás, antes de bostezar ruidosamente al reemprender la marcha como solo se bosteza cuando uno acaba de llevarse un buen susto; y el que ahora se cruza con él y le pone una zancadilla que el primero evita sin alterarse cultivó largamente el sueño de convertirse en santo, un santo ante cuya presencia se apartaran los viandantes, o al menos los de su misma región, en señal de reverencia.

A veces, aquella migración de los pueblos lo conmovía, y, de tanta gente como veía pasar por aquel camino, quien antaño evitara el contacto con la gente y evitara darle demasiadas vueltas a la cabeza empezaba a sentir la cabeza cargada –muy cargada–. Cada vez que, tras cumplir con su tarea –y

para él constituían dedicación a una tarea ambas cosas: sentarse a preparar sus alegatos y levantarse a buscar, actividad gracias a la cual dichos alegatos adquirirían su chispa especial—, abandonaba su espacio y recorría el camino de las grandes migraciones para volver a casa, por lo general vestido con traje oscuro y corbata de seda de color claro, en una mano el maletín, en la otra las dos o tres cosas, tan simples como llamativas, que hubiera encontrado, al principio envueltas en un periódico y después progresivamente al aire, se veía a sí mismo convertido en parte o miembro del gran teatro del mundo como no le había sucedido ni una sola vez en las décadas anteriores, en uno más de los actores a cada uno de los cuales le correspondía un papel completamente distinto, pero que justo por su variedad pertenecía a la gran obra y contribuía a desarrollarla con mayor riqueza cada vez.

Allí estaba el reparto completo: sentados en corro o correteando, los niños que remataban su día en el bosque al salir del colegio. El grupo de excursionistas, con algunos jóvenes entre muchos mayores, discutiendo a voces en una encrucijada y obviamente en desacuerdo con respecto a la dirección por la que seguía su ruta. Luego, el que hacía flexiones en el aparato de gimnasia y, detrás de él, el siguiente deportista, esperando a que el aparato quedase libre. Luego, la pareja a caballo, pasando del trote al galope los dos a la par. Luego, algunos corredores silenciosos, ahora sueltos, cuando al mediodía había estado el bosque casi atestado de ellos. La mujer joven, equipada como para pasar el día entero trotando por los caminos y a la que el bosque no tardaría en quedársele pequeño. La familia asiática, todo un clan desde los bisabuelos hasta los bisnietos, recogiendo castañas. ¿No le recordaba a cierto clan de otro lugar? La patrulla de policía. Y, donde el camino se ensanchaba, los jubilados jugando a la petanca.

Y, luego: él, en armonía con todos, buscador de tesoros y persona común y corriente, prójimo; y una armonía semejante era, sin lugar a dudas —tesoros particulares aparte—, algo muy valioso. Durante media vida, el planeta tierra no había hecho más que el papel de escenario para él; ahora, sin embargo, le ofrecía entrar en escena. ¿Y él, qué? Él asumía su papel. Tenía su papel en aquella sociedad. La sociedad de los diferentes, de los completamente

diferentes, comunidad justo por eso, ¡existía! Por lo tanto, apartarse de todo y tener aquellas aventuras aparte le reforzaba en su certeza de que era así como hacía algo bueno por quienes tenía a su cargo, por «sus seres queridos», entre los que también había que contar a «sus» acusados, y era así como hacía algo bueno en general.

¿Quién era el señor de las setas en la mano? Durante un tiempo, aún se había sentido como un intruso en aquel lugar, como en contradicción con el paisaje. Los personajes como él, que no circulaban ni por los caminos ni por los senderos de la montaña, sino que andaban de acá para allá, por entre los árboles y arbustos, o también en círculo, dando un paso y luego otro paso, llamativamente despacio, o que se limitaban a quedarse parados o sentados en un lugar, medio cubiertos de ramas y hojas, los que asomaban de repente por entre la maleza y quizá volvían a desaparecer tras ella al instante, aquel tipo de personajes –dicho suavemente– no podían ser parte de la obra, sobre todo si, para colmo, llevaban cosas rarísimas en las manos o se afanaban por hacerlas desaparecer en sus bolsillos de un modo harto sospechoso. En el mejor de los casos –es decir, en el menos arriesgado– serían personajes muy secundarios sin apenas relación con la gran trama, es más: casi estorbarían el desarrollo de la obra al aparecer de cuando en cuando, perdidos por la escena.

Pero entonces llegaba el momento en que él, hombre que deambulaba por el paisaje trazando arabescos y espirales, para colmo a un ritmo enteramente opuesto al del resto de los actores y, más aún, solo, como unidad –los corredores solían ir en tropel, e incluso uno solo hacía el efecto de pluralidad–, se veía como un actor más. Formaba parte de la obra. La complementaba, le aportaba color. Sin él, en su papel de buscador de setas, pasando allí las horas, cruzándose, yéndose por las tangentes o saliéndose del encuadre de golpe, al escenario del mundo, o al menos al del verano y el otoño, le faltaría algo. Un personaje como él aportaba un viento distinto. Y, con ese viento, le parecía que todo el que se le cruzara por el camino estaba donde tenía que estar y tenía su razón de ser como era, incluido él mismo, y, como nunca había sucedido antes, de todo aquello resultaba una imagen de la sociedad, de la sociedad humana, de una sociedad ideal.

Con esta consciencia salía él del bosque y continuaba por las pobladas calles de la gran ciudad y era libre, como si fuera a serlo para siempre, de aquella aversión por la gente y por darle demasiadas vueltas a la cabeza que antes sentía como algo consustancial a su naturaleza o, viniendo del pueblo, como una forma de subordinación. ¿Y eso yo, un personaje marginal, un ilegal, si cabe? ¡Mirad! Y con esta exclamación también se refería a lo que llevaba consigo, o mejor dicho: por delante. Y no eran pocos los que le seguían el juego; le obedecían, se detenían, le contaban cómo también ellos, en su día... allí, donde habían nacido... solo que recordaban las de antaño mucho más espléndidas... Y así luego, al fin y a la postre, al terminar el día, el regreso al hogar del recolector era muy distinto del regreso al hogar del cazador.

En aquella etapa feliz, que él a la vez vivió como una esfera –como una fase esférica–, el loco de las setas tampoco halló ningún competidor. Los encuentros con otros buscadores eran raros y, de darse el caso, ya tenían sus sitios y sus zonas de búsqueda en otras partes del bosque o buscaban a otras horas. Alguna vez sí se cruzaría con alguien que, como él, iba con la cabeza agachada, paso a paso, guardando silencio, imposible ir menos atento, trazando sus espirales a través de los bosques. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedería más adelante, no evitaba el encuentro y, llegado el caso, incluso se enseñaban sus tesoros, su tesoro, y entonces uno envidiaba al otro, y eso está «permitido», según las religiones del próximo oriente, pues tal forma de envidia implica que uno desea para sí lo mismo o algo similar; no es como la envidia pura, y es la que está prohibida, porque implica envidiar en el sentido de desear que el otro deje de tener lo que sea. Y durante mucho tiempo aún seguiría tomando en cuenta lo que le dijo una recolectora que, tal como se demostraba a los ojos de ambos, en vista de los respectivos hallazgos, casi lo igualaba en número, tamaño y belleza: «Si es que hay bastante para todos, ¿verdad?». En fin, en esa ocasión, hasta el «¡ooh!», hasta esa forma de envidia permitida por Dios o por los dioses, habría estado fuera de lugar. La buscadora en cuestión era una señora mayor con boina que, bajo la lluvia, revolvía las hojas caídas con un grueso bastón. La única seta diferente de las de él que llevaba en la cesta era una que, según decían, era la que más radiactiva se había vuelto con la catástrofe causada por cierto reactor

nuclear de ya-sabéis-dónde y que aún habría de ser radiactiva durante siglos, y cuando mi amigo consideró su obligación señalárselo, ella le respondió que ya lo sabía, pero que a su edad, a punto de cumplir los noventa, ya no iba a preocuparse por eso.

La pasión de mi amigo se extendía y se hacía más profunda de estación en estación, es más: lo mismo sucedía con sus conocimientos de día en día, y pensaba que no poca parte de ellos se podían trasladar desde aquel campo específico a otros. Incluso en los pequeños detalles sentía cada vez más la excitación del descubridor y empezó a considerar la idea de escribir un libro de setas durante las vacaciones de los tribunales, uno como jamás se hubiera escrito otro igual. Entonces, él no solo sería el descubridor, sino mucho más: un pionero; mi amigo se imaginaba que, además –o de paso–, un libro de setas así, inspirado por su entusiasmo y gracias a su experiencia en la práctica jurídica, estaría muy bien estructurado pero conservando siempre la visión de conjunto, y luego sería apasionante de leer, y luego universal. Sería el éxito de su vida. Ya era un hombre bien situado, de todas formas –como se dijo antes–, pero con su libro de setas, con ese libro tan particular y tan universal al mismo tiempo, se haría rico, y ¿sabéis con lo que soñaba? ¡Con comprarse un bosque, uno bien grande!

El libro de setas no lo escribió nunca. Sin embargo, con el tiempo me contó algunas cosas que tenía intención de mencionar en él. Voy a intentar relatarlas ahora yo aquí, no tan entusiasmado, aunque en ningún momento «falta de entusiasmo», curiosa palabra que actualmente se aplica como elogio a alguien que lo que hace es narrar, cosa que únicamente debería hacer, si lo que tiene que contar está profundamente impregnado y si él mismo es presa de ese entusiasmo; y luego, para colmo, lo cuenta sin estructurarlo bien, pues a diferencia de mi amigo de la infancia, y aunque ambos estudiamos la misma carrera, yo nunca llegué a ser jurista.

Según me viene a la mente, de manera desordenada, en su libro de setas nunca escrito, mi amigo atribuía aquel talento o don que tenía para descubrir las setas que nadie había visto antes a cierta particularidad suya, ya mencionada, la misma que él, por otra parte y hasta que llegó al grado

máximo de su pasión, también veía como la que más le impedía vivir con normalidad. Y con eso quería decir que le distraía constantemente, día sí, día también, de aquella única cosa –no: de aquella forma única– que le llamaba la atención entre las miles y millones de formas, día tras día, hora tras hora, que literalmente le saltaba a la vista como ejemplar único, único diferente por completo. Su sensibilidad para percibir justo esa única forma diferente, diametralmente opuesta a la totalidad de otras formas, era lo que le hacía tomar consciencia de su propia naturaleza diferente, y para él era un sufrimiento.

Esta tendencia a distraerse con la forma extraña le había llevado, una y otra vez, tanto en el trabajo como en –¿qué expresión utilizábamos antes?– «la vida», a trabarse de golpe y no saber cómo ni ser capaz de continuar. De un momento a otro, se quedaba paralizado, ya fuera ante la huella de un insecto despachurrado, una mancha de café o de grasa, por diminuta que fuera, un pelo en una página del Código Penal Internacional que ni llegaba a pelo de tan fino como era, o ante las clavículas inusualmente curvadas, el ombligo que no era redondo en absoluto, ante una manchita lechosa en la pupila de la mujer con la que acababa de ser una sola persona, o lo estaba siendo en aquel momento. Lo que, en la vida y en el trabajo, casi había constituido para él una cadena de infortunios –distráido a su pesar de la gran visión global hacia lo desencaminado (más no-forma que forma), paralizado, sacado de quicio como si no hubiera retorno posible, y, sumado a eso, consciente de su incapacidad y eterna culpa–, a la hora de advertir, encontrar y seguir el rastro de las setas, incluso de las más escondidas y eclipsadas bajo arbustos y más arbustos, se tornaba para él una ventaja –así lo creía– y, como estuvo tentado de predicar con creciente pasión, aunque en un principio solo lo haría para sí, casi una salvación. Al menos la aparición o irrupción de la forma llamativa entre las incontables formas que no llamaban la atención por nada (por variar o por matizar aquí lo que ya se ha mencionado) en el suelo de hojas de los bosques ni lo sacaba de quicio ni él se quedaba paralizado ante la forma: lo extasiaba, pero eso significaba que, en lugar de distraerlo, le daba alas. No, lo que reivindicaría con respecto al mundo de las setas, y este sería el tema del sermón sobre el que pensaba cimentar su libro de setas mi desaparecido

amigo –cuya cercanía, por cierto, cercanía física incluso, creo sentir y oler por aquí desde hace unos días–, sería esa supuesta o quizá auténtica naturaleza en negativo de la mirada. Esa sería la primera condición de la búsqueda y el hallazgo, y no solo se aplicaría a las setas, sino a la acción de buscar y hallar en sí misma; sin tal condición no se da tampoco ese ojo de descubridor ante el cual, con el cual y por medio del cual la no-forma se convierte en forma, y la forma, en tesoro.

Al mismo tiempo, mi amigo había querido añadir que esa forma significativa y que le decía algo en medio de todas las demás, que no le decían nada entre las hojas revueltas, las frondas entrelazadas de los helechos, las miríadas de lancetas de hierba y tallitos de musgo, también le había servido para refrescar su sentido del color, apenas desarrollado hasta entonces, dado que la forma única, individual, aunque fuera diminuta, siempre «resaltaba», como dicen de la rosa en un antiguo poema, hoy de color rojo vino, mañana azul amatista, pasado mañana gris ratón o por qué no gris tigre, etcétera.

Su libro de setas no pretendía ser una guía, o, si acaso, una que él concibiera en primera instancia como hilo conductor para sí mismo. Sin embargo, luego, en las notas que me enviaba, primero en secreto, después abiertamente, empezó a dirigirse a otras personas cada vez más. Al principio se dedicaba a narrar, como quien se cuenta algo a sí mismo para poner en claro las ideas; en lo sucesivo, se salía del esquema para ponerse a teorizar y, por momentos, casi caía en la agitación.

Contaba en especial cómo, siempre que iba a emprender una búsqueda en serio –claro, siempre en aquellos bosques tan cuestionables–, con el tiempo se había acostumbrado a recorrer a propósito un trecho, un trecho considerable por zonas donde podía estar seguro de que no crecía nada de lo que esperaba encontrar o no había nada más que árboles y arbustos. Caminando por allí y mirando sin cesar al suelo, donde sabía que todo era arena y lodo entre las hojas caídas, la mirada para captar los anhelados fenómenos se le agudizaba sin necesidad de hacer nada más; del mismo modo en que se echaba a andar, se echaba a mirar donde no había nada especial que ver; y así luego el caminante tenía los ojos preparados, cuando

llegaba a sitios donde sí cabía esperar algo.

Le ayudaba, entonces, allí mismo y al instante, cambiar a aquella forma de movimiento que él llamaba «paso de búsqueda» y, lanzándome una mirada de reojo: «paso épico», una manera de moverse que rayaba todo el tiempo en el pararse y, sin embargo, por entre los árboles y arbustos, nunca llegaba a ser como quedarse trabado, sino que más bien dilataba la velocidad ininterrumpida y regularmente; y, si al final acababa parándose, entonces era porque el paso de búsqueda había cumplido con su razón de ser; moverse a su manera en lugar de quedarse quieto durante la búsqueda, una forma diferente de quietud, eso era lo que resultaba fructífero como ninguna otra cosa.

También me habló de la variante del paso de búsqueda: andar marcha atrás, poniendo un pie detrás del otro con mucho cuidado. (¿Acaso no era una forma de progreso pasar del caminar marcha atrás de antaño, desnortado, a ir marcha atrás por diversión y a caminar marcha atrás como buscador de tesoros?) O también, cuando había pasado mucho rato yendo y viniendo con la cabeza agachada, se obligaba a hacer una pausa de cuando en cuando, a apartar la vista del suelo y mirar sin intención fija hacia las copas de los árboles y hacia el cielo, echando la cabeza hacia atrás y al menos durante un minuto: ¡de qué manera, al bajar los ojos de nuevo, se le presentaba luego el suelo del bosque, nítido hasta el último detalle y hasta la forma más insospechada, gracias a la luz de lo alto del cielo! ¡Los contornos de las cosas que antes parecían todas revueltas casi se veían electrizados por el reflejo! Y más de una vez le sucedía que, justo después de una de esas miradas profundas hacia arriba, se percataba, a sus pies, de lo que llevaba buscando horas, tal vez incluso semanas o meses; o descubría algo sustancialmente distinto, algo que ni siquiera se había puesto a buscar, que no había visto nunca ni en la naturaleza ni en alguna representación, algo que le era nuevo; o, a continuación de una de aquellas miradas, no descubría en el suelo del bosque ni la seta que buscaba ni otra de otro tipo ni tampoco una tercera, desconocida, no descubría absolutamente nada nuevo sino que, sin más, percibía, después de la esfera de lo alto, sobre su cabeza, la esfera de las puntas de sus zapatos o sus botas: sí, ¡también eran esferas para él!

De estas recomendaciones que mi amigo se hacía a sí mismo, pasaba a hablar, en las notas para el libro de setas que planeaba escribir, de las órdenes expresas que se daba. Así, por ejemplo, cuando, paso de búsqueda más o menos y miradas al cielo más o menos, había pasado mucho tiempo sin dar con nada, pero con nada de nada de lo deseado –en una nota habla incluso de «lo anhelado»–, se imponía buscar otra cosa, pero no solo setas de otros tipos, otras setas que no tuvieran valor para él, sino también bayas, incluso bayas secas, o castañas, incluso castañas podridas, enmohecidas, calcinadas: «¡Recoge! ¡Gira hacia algún lado! ¡Agáchate! ¡Rebusca! ¡Vuélvete! ¡Revuelve la tierra!». Al parecer, este tipo de órdenes y otras iguales con respecto a la recolección de otras cosas sin importancia –aunque también es cierto que de esa manera se hacía con el suelo hasta tal punto que así se encaminaba de nuevo para la búsqueda inicial– también servirían para guiar a los futuros lectores de su libro de setas.

Durante un tiempo, disfrazó las órdenes de recomendaciones cautelosas. Así aconsejaba, «apoyado en la experiencia de muchos años» (y eso que en realidad no hacía tanto), o bien buscar cerca de los caminos y senderos o claramente lejos de ellos: los grandes espacios intermedios entre el borde del camino y el interior del bosque, de difícil acceso, por lo general no son suelo fértil para «las nuestras» –así se refería a aquellas setas preciosas que al principio aún llamaba «las mías»–; la mayoría, por no decir casi todos sus «tesoros» los había encontrado siempre cerca del borde del camino; lejos de la linde del bosque, prácticamente no había encontrado nada durante mucho, mucho tiempo; y, en cambio, en el más profundo interior del bosque, que primero había que descubrir propiamente, allí entre los arbustos enredados, entre el barro, entre la ceniza, al sombrío pie de un árbol moribundo, el suelo sembrado de balas –otra de sus reglas–, estaba aquel tesoro único, el individual, el que los superaba a todos: «¡Hola! ¡Rey!». Una vez incluso se le había escapado un: «¡Salve, emperador! ¡Ave, César!».

Con una intención similar me contó cómo había convertido en norma buscar también en aquellos sitios donde hubieran estado buscando otros, incluso cuando acabaran de marcharse de allí y viéndose claramente que habían

cumplido con su tarea a conciencia, es más: justo entonces, pues todas las veces «de verdad» que había dado con algo que sus predecesores pasaron por alto y que «merecía todos los honores».

De igual modo recomendaba, en relación con determinados tipos de setas, justo no buscar en el mismo sitio donde hubieran proliferado especialmente en la temporada anterior; otra de esas reglas era que tales proliferaciones de setas continuaban a lo largo del año, en invierno y primavera, pero bajo tierra, buscando el agua, esquivando el viento, y se abrían a la luz y al aire a una distancia asombrosa; a gran distancia, pero tampoco tanta, pues se podía adivinar conociendo el lugar de origen y fijándose en la climatología; el buscador, como había hecho él un año tras otro, solo tenía que estar pendiente del tiempo. También desaconsejaba buscar en zonas del bosque donde hubiera huellas de perros, mientras que recomendaba aquellas otras donde las hubiera de caballos, además de su estiércol. Y con más énfasis todavía recomendaba el loco de las setas los lugares donde hubiera habido niños jugando o incluso donde estuvieran jugando en el momento, ante los ojos del buscador, chillando como locos y correteando de un lado para otro. Muy prometedores y casi garantizados estaban los hallazgos, según sus notas —«¡increíble pero cierto!»—, en sitios con columpios infantiles cerca, también fuera de los bosques, en parques, en praderas, en jardines.

Su proyecto de libro dedicaría un capítulo entero a los bosques con cráteres de bombas. De ese tipo había muchos en los alrededores de su casa, cerca del Tribunal Internacional; los cráteres de bombas se remontaban al final de la Segunda Guerra Mundial, y las bombas habían sido bombas americanas, lanzadas para expulsar del país a la ocupación alemana. Hacía mucho que los cráteres estaban vacíos, sin huella de las bombas que explotaran allí; los bosques, todos ellos cercanos al aeropuerto militar que en tiempos utilizaran los ocupantes, casi desvelaban un patrón rítmico de cráteres, tan pegados unos a otros que en no pocos lugares se superponían. Eran de distintos tamaños, no siempre redondos, los bordes de algunos estaban como desgarrados, y, sobre todo, tenían distinta profundidad, y también se diferenciaban por la pendiente más o menos pronunciada de sus paredes,

aparte de que estas inclinaciones podían variar dentro de un mismo cráter. En la parte del fondo, el suelo del cráter, bajo capas y capas de hojas, depositadas a lo largo de varias décadas, había encontrado auténticas minas de setas, y no era raro que ni siquiera le hiciera falta revolver ni retirar las hojas: la seta, las setas salían solas, al menos los sombreros, que, por haber emergido del cráter, eran más grandes que los sombreros habituales, y también reproducían la forma del cráter, con la particularidad de que, en lugar de ser del marrón rojizo habitual, casi parecían no tener color o eran blancuzcas o incluso de un blanco puro como solo tienen las más mortíferas de las setas venenosas, o «bueno, no, blancas, no, más bien desvaídas», y, bajo el sombrero, también el pie era desvaído, con la particularidad de que, por haber tenido que abrirse camino desde las profundidades del cráter, parecía largo, largo, por lo general, era más del doble de largo que el de la misma especie fuera de los cráteres («su olor y sabor, por otro lado, igual de deliciosos»).

Pero no solo por eso quería dedicar el loco de las setas un capítulo entero a hablar de los bosques con cráteres de bombas: también tenía la segunda intención de recomendar a sus lectores que sencillamente fueran a aquellos bosques, quería contagiarlos de su propio gusto por moverse dentro de ellos, arriba y abajo, abajo y arriba por el paisaje de cráteres de bombas, ahora mullidos por espesas capas de hojas. Siempre que había pasado horas y horas recorriéndolos, incluso cuando no había encontrado nada, al salir se sentía regalado, aunque solo fuera porque entonces volvía a respirar con más libertad, porque se le había despertado el sentido de los horizontes. «¿De subir y bajar por los cráteres de las bombas?» «Sí, exactamente.»

Su libro de setas, hacia el final, iría desplazando el peso desde la acción de buscar setas hacia la acción de caminar. Aunque él quería seguir contando – para llegar «al fin y a la postre», por así decirlo– lo que significaba para él «ir por setas», también quería contar como, con los años, su pasión se había hecho menor; no, no es que se hubiera hecho menor, sino «de doble sentido». Pues sucedía cada vez más que, como tuviera que elegir entre varios caminos para ir por setas, se decantaba por el que le parecía más bonito o le ofreciera

más aventura, aunque a la vez prometiera hallazgos más escasos o de menos valor. Con el tiempo, el camino y el andar habían cobrado al menos tanta importancia como el buscar y hallar. En la región de nuestra infancia, los que menos «iban por setas» eran los habitantes de los pueblos de las zonas más altas de la montaña, y, desde luego, no se ponían en camino para buscarlas a propósito: vivían tan cerca de los bosques y el verano los llenaba tanto de setas, al menos de las amarillas, las setas de San Juan, que según salían por la puerta ya tenían el cesto o el cuenco lleno hasta los topes; en lugar de «buscar», utilizaban la palabra «coger», «donde nosotros vivimos no se buscan, ¡se cogen sin más!».

Con todo, a los ojos del loco de las setas, esto no valía. Había que buscar. Había que andar. Por norma –y esto era lo tercero que se añadía–, había que elegir un camino bonito, más bonito, el más bonito. Y una cosa más: tampoco valía salir a buscar con otras personas, si cabe, en grupo. Únicamente valía «ir solo», ni siquiera valía ir dos, con una única excepción: ir con un niño. Prohibía en especial aquel proyecto de guía ir a buscar setas con ayuda de un perro (en opinión de mi amigo, ahí la única ayuda animal tolerable era el cerdo). ¿Cómo llegar o ser conducido, entonces, hasta el hongo más deseado, la trufa, en las profundidades de la tierra? A colación de esto me esbozó la historia de cómo él mismo, él solo, un verano se había topado sin querer con una trufa auténtica al pie de un columpio infantil: un bulto negro que asomaba de la tierra a pleno sol del mediodía, qué caca de perro más rara, pero si su olor sube hasta casi dos metros de altura, huele como una trufa... ¡es que es una trufa!, y, al instante, allí mismo, había desenterrado el bulto con las manos, la bola –¿cómo habrá salido a la superficie?, ¡ah!, la tormenta de la noche pasada, que se llevó por delante la tierra–, la trufa, la había sacado a la luz sin perro ni cerdo, ¡lo que pesa en la mano, cómo huele y huele esa bola negra arrugada!, y olió hasta entrada la siguiente noche de amor y más allá, ¡pero si no estaba al pie de ningún roble de cuyas raíces pudiera haber salido el tubérculo, ni de ningún otro árbol grande como mandan los libros de setas!, que no era más que una falsa acacia esmirriada, apenas mayor que un simple arbusto, uno de esos arbolillos como los que bordean las vías del ferrocarril, y por allí tampoco había un bosque ni por

asomo, menos aún bosques en plural; la trufa había aparecido entre dos suburbios más bien yermos, en un margen, no: justo en medio de un parque infantil, eso sí.

En lo sucesivo, todos los veranos, después de cada gran tormenta nocturna, mi amigo se ponía en camino hasta la mencionada falsa acacia del parque infantil, pero nunca hubo una segunda trufa, nunca jamás (y todo se quedó en aquella única noche de amor sobre la que su libro de setas, naturalmente, guardaría silencio). Por otra parte: buscar trufas era, a sus ojos, otra de esas cosas que no valían, cuando se iba por setas. En general, en las últimas notas sobre sus intenciones no es tan determinante el que narre como el que establezca reglas, tan estrictas que parecen importarle más que unas simples reglas del juego, y lo que tuviera en mente se traduce en un catálogo de leyes, preceptos, proclamaciones, ideas.

De esta manera, un día, de nuevo en un bosque, viendo –y no por primera vez– a unos niños que jugaban a buscar un tesoro, de un lado para otro entre los árboles, montaña arriba y montaña abajo, le vino «la idea» de que quienes deberían mandar «por setas» a esos jóvenes son sus profesores o educadores. Mientras que ahora, en su frenesí por buscar un pedazo de papel, escondido por los adultos en el tocón de un árbol, en un arbusto, a la entrada de una zorrera abandonada, iban ciegos a todo lo demás y no solo a las setas y sin querer rompían, pisoteaban, despachurraban y, por todo el bosque, se gritaban o montaban un griterío general, por no decir que berreaban –y con voces que ya no eran tan infantiles–, con la lengua fuera y la cabeza colorada –cabeza que ya no era tan infantil–, sin resuello, con los ojos fijos y desorbitados, si en lugar de eso fueran a buscar setas, aprenderían a andar paso a paso, prestando atención no solo a lo que estaban buscando intencionadamente, y se quedarían sin aliento una y otra vez, pero eso es muy distinto de estar sin resuello, y los ojos, en lugar de salirse de las órbitas, se les harían grandes, y los ocasionales gritos que dieran aquí y allá serían gritos de niño como no los hay iguales, incluso cuando provinieran de quienes ya estaban cambiando la voz.

Con su propio hijo, al que llevaba desde el principio a sus expediciones, el

loco de las setas había vivido la experiencia de cómo estar así en camino para algo resultaba «educativo» de una manera natural, sin necesidad de un educador de fondo, y de cómo, al margen de la educación, para el niño «y no solo para el mío» era una actividad perfecta como ninguna otra forma de estar en camino, a lo cual se sumaba, además, que «mi sucesor» tenía mejor vista para las cosas que había a sus pies, «y no solo porque le quedaban más cerca». Bueno, tal vez sí: esta idea podía darse por buena y estaba bien que lo fuera. «De nuevo y por fin, tras la bancarrota de las últimas ideas sobre la sociedad que ha dado nuestro amado siglo –cito sus propias anotaciones para el libro de setas–, cabe albergar la idea, o tal vez mera intuición –¿por qué “mera”, después de todo?–, de que una sociedad sigue teniendo futuro. Algún día será. Todo saldrá bien.»

Todo apunta, a juzgar por las últimas anotaciones, a que el libro de setas de mi amigo habría desembocado en la idea de contemplar a los buscadores de setas no solo como modelo de una posible nueva sociedad, sino, más allá de eso, a presentar –paradoja o no– a cada uno de ellos en tanto individuo como los últimos aventureros de la humanidad, cuando no incluso como los últimos hombres. El buscador de setas solitario, en su condición de aventurero, último y primer hombre al mismo tiempo.

¿Las setas como «la última aventura»? Para el loco de las setas estaba más claro que el agua, pues en lo sucesivo utiliza la expresión «last frontier», la «última frontera» hacia lo salvaje, la frontera tras la cual por lo menos aún quedaba una pequeña punta de vida salvaje por descubrir. Esta frontera hace mucho que ya no existe, ni en Alaska ni en ninguna parte, y menos aún en el Himalaya. La última aventura, sin embargo, sí existía, aún existía, quién sabe por cuánto tiempo, aunque tan solo se alcanzase a rozar de ella la punta de la punta.

¿Las setas como «last wilderness», como «lo último de lo salvaje»? De acuerdo con mi loco de las setas, de nuevo «está más claro que el agua», dado que, entretanto, las setas eran lo único que crece en la tierra sin que haya modo de cultivarlo, sin que haya modo de civilizarlo, menos aún de domesticarlo; lo único que crece silvestre, salvaje, impermeable a la

influencia de cualquier intervención humana.

Pero los champiñones, las setas chinas, las setas *nameko* y todas esas *takes* japonesas se pueden cultivar y plantar, ¿o no? Incluso las trufas, aunque no directamente, sino plantando determinados árboles. ¿Acaso eso no son setas? «Está más claro que el agua por tercera vez»: que se puedan cultivar no era la aventura a la que se refería mi amigo; solo valían las setas silvestres; las cultivadas como el champiñón de prado, el champiñón ostra, las setas chinas, las setas de aguja, la auricularia o el hongo de miel eran una pura ilusión óptica, clones, y se vendían con el nombre de otras especies, cuando no solo eran completamente diferentes en cuanto a su olor y su sabor, sino que, a diferencia de las que les prestaban su nombre, no valían nada de nada, eran «setas de pura pacotilla tanto en la mano como después en la boca». Además: la mayoría de las setas, incluyendo las que son deliciosas a su manera: la *russula*, el parasol, las senderuelas (alias *faux mousserons*, alias *nymphes des bois*), las setas de los caballeros, las amanitas caesareas, las setas de San Jorge, las setas de San Juan, las cabezas de fraile, las trompetas de los muertos o de la muerte, las orejas de Judas o también orejas de lana, el hifoloma de láminas grises, el erizo escamoso, la seta coliflor, el políporo... son incultivables, así que, mientras estas últimas especies del mundo siguieran resistiéndose a la domesticación, «mi o nuestro “ir por setas” seguirá formando parte de esta resistencia y aventura de la resistencia».

El tiempo de ponerse en camino, buscar, hallar y seguir buscando: «una forma de eternidad». Y, referido a sí mismo, lo que veía escrito en el libro de la vida no eran todas las absoluciones que había conseguido para sus acusados en los tribunales, sino únicamente sus expediciones a través de los bosques.

Las maneras de cocinarlas se dejarían de lado en el libro del loco de las setas. En primer lugar, eso no tenía nada que ver con su propósito, pero, por otro lado, él albergaba la expectativa secreta de que los lectores, en su momento, de igual modo que él los había sorprendido de entrada, como contrapartida lo sorprenderían a él con ideas e historias de las cocinas o de allende las cocinas.

Con respecto al sabor de las setas, a las que, con el paso de los años y las décadas, les había ido cogiendo el gusto –a diferencia de muchas otras cosas comestibles por las que más bien había perdido el gusto–, ofrecía pequeñas indicaciones en su proyecto de libro, algunas relacionadas con la palabra «sorprendido»: todas y cada una de las miles y más de miles de setas comestibles podían calificarse de «buena como sorpresa», incluso aquellas que los demás libros de setas clasificaban como «comestible mediocre» o incluso «sin valor culinario». Sea como fuere, sabor «silvestre» no tenía ninguna de ellas, pues precisamente lo silvestre de su forma, color y aroma siempre se transformaba en la boca en algo suave; la regla era que, cuanto más rústico fuera su exterior, tanto más suave sería en el interior, más allá del paladar. Todo lo demás, hasta la más tierna de las carnes, el más fresco de los pescados, incluso el caviar, o precisamente el caviar, tenía un sabor vulgar, ordinario en comparación con cualquiera de aquellas especies silvestres. Tan solo algunas plantas silvestres raras estaban a la altura en cuanto al sabor, al cual, eso sí, se añadía un elemento especial, una fuerza añadida que iba más allá de la naturaleza vegetal propiamente dicha; solo había que estar abierto a percibirlo (y no convenía, no se debía viciar uno el paladar antes con otras cosas). «Estar abierto al sabor, y el saborear ralentiza el comer para convertirlo en paladear, el paladear en degustar, y saborear, paladear y degustar desembocan en animar e inspirar como ¡ay! bien pocas veces lo hacen la comida y el comer; y gracias a todo eso junto, llegando al fin y a la postre, desciende sobre ti una calma que al mismo tiempo –¡oh, Señor, raras, rarísimas veces!– es un latir y que va de la mano –¡ah, solo en los tiempos sagrados!– con el elevarse de lo cercano a la divinidad que hay en ti y en mí, querido lector: ¡del cielo estrellado de la fantasía! Dime con sinceridad: ¿En qué restaurante de uno, dos o tres tenedores te ha sucedido eso alguna vez? ¿Y no es raro que un alimento que procede de lo más profundo de la tierra alcance a elevar tu cabeza hacia los cielos de esta manera?»

¿Realmente se habría hecho rico mi loco de las setas con un libro así? Sea como fuere: no llegó a nada. En los primeros años, que se prolongaron mucho, pues siempre volvía a empezar desde el principio o descubría algo nuevo, su pasión contribuyó al éxito profesional. Cierto es, hasta entonces,

siempre se sentía extrañamente rico ante algo desconocido, pero aquí no llegó a cosechar especiales riquezas. A pesar de todo, podía permitirse un sueño como el que tenía. Y así fue que se compró un bosque muy lejos de la capital, donde el campo aún era campo, uno pequeñito que parecía una isla en medio de una inmensa zona de prados y sembrados, nada que ver con el mar. Una vez, en una de sus expediciones, se metió en la isla de bosque a través de un espeso seto natural, y por doquier lo recibieron, sacándole las lengüitas amarillas y rojas desde el suelo, las mismas setas que en nuestra infancia crecían entre los pinos, junto al prado de las vacas, comúnmente llamadas «patitas de rata». ¿Y qué pasó después? Aquel bosque que se había comprado en otro país fue presa de un hongo parásito tan bello como fatal: la armillaria, que no solo se comía todas las patitas de rata, sino, en el plazo de un año, la totalidad de los árboles.

Al margen de esta pérdida, poco a poco pasó a referirse a sus cosechas de setas, que aumentaban tanto en cantidad como en número de especies, con la palabra «negocio». «¡Anda, otro negocio!» «¡Cómo me ha florecido hoy el negocio!» Y la cosa no se quedó en aquella palabra como algo casual. La idea de que tales hallazgos, en tales cantidades, por sí solas llamaran a la venta, al comercio, al mercado, le parecía más natural que nada en este mundo, tanto como sus alegatos, y, desde luego, mucho más natural que mi actividad de escribir libros. Eso también se debía a que quien fuera mi amigo de la infancia ya no daba abasto con sus tesoros. Eran tantos que su propio consumo apenas reducía la cantidad, y no cabía plantearse que hicieran de compradores su mujer e hijo, quienes durante un tiempo mostraron buena voluntad, como tampoco algún vecino, aunque justo pensara en ellos como clientes; algo así –según su idea de un comercio de trueque– habría supuesto la existencia de una comunidad de vecinos como la que flotaba en su recuerdo de los lejanos tiempos del pueblo, pero que en realidad ya no existía en ninguna parte, y donde menos en las ciudades fronterizas. ¿Y llevar sus tesoros al mercado, a los mercados semanales y dominicales? Lo consideró seriamente, casi sintió el impulso de unirse a los vendedores que acudían de Italia, Afganistán o de los Balcanes, con un cesto pesado y rebosante en cada mano, de ponerse en camino como proveedor, como vendedor, sobre todo

teniendo en cuenta que su mercancía sin duda ofrecería un aspecto incomparablemente más fresco y apetitoso que la totalidad del resto del producto, apagado y maltrecho, rodeado de moscas, acarreado en contenedores al vacío o cualquiera sabe cómo desde provincias lejanas y desde países, por no decir continentes, todavía más lejanos.

Lo que sucedía era que muchas, la mayoría de sus exquisiteces habían sido objeto de comercio un siglo atrás, pero, hoy en día, hacía tiempo que ya no lo eran, y, de seguir siéndolo, solo se comercializaban en sus variantes cultivadas: con respecto a la forma originaria, a lo sumo cabía esperar los comentarios con los que la gente suele referirse a las setas. Con los más refinados frutos de la tierra –justo con esos– a día de hoy, en eso que llamamos «presente», ya no se puede hacer buen mercado. «Clientela degenerada», decía en su jerga de jurista, un «mercado degenerado».

Por otra parte, lo vio claro: él no había nacido para comerciante, ni siquiera para proveedor o abastecedor, guardara esto relación –o no– con que, en lo más profundo de su ser, nunca podría desvincularse de sus orígenes rurales. Él no estaba hecho para crear mercados, para abrir mercados, no era hombre de mercado.

Una única vez se atrevió, a pesar de todo, a llevar un cesto lleno de boletus a un restaurante –italiano, claro, ¿qué iba a ser?– al que fue a cenar con su mujer, con la segunda intención de que, cuando se posaran sobre aquella cosecha tan espléndida los ojos del restaurador, oriundo de los Abruzzos o de Cerdeña, se iniciara cierto proceso en el cual a él, cliente y célebre abogado estrella, le correspondería el papel de simple comerciante, de proveedor presto a ofrecer justo aquel producto, e incluso otro mejor, para el que existiese demanda, una demanda especial, en el correspondiente lugar. Y, en efecto, así había sucedido, aunque no en forma de compraventa, sino –tanto mejor, o, de nuevo, de un modo más natural– de trueque, y eso que las dos botellas de vino de los Abruzzos o de Cerdeña no eran del todo equivalentes a aquel cuerno de la abundancia de *funghi porcini*: mi amigo, además de loco de las setas, se volvió actante en el comercio en especie como quien procediera de algún tiempo muy remoto; y, cuando le dio a probar a su mujer

el vino obtenido en el trueque, ella lo miró como le habría mirado la niña del pueblo vecino, con una mirada tan abierta, como venida de tan lejos y con un efecto tan prolongado como nunca había experimentado ni habría de experimentar con ella nunca más hasta el día de hoy, día en el que ya voy escribiendo el inminente final de mi historia sobre el loco de las setas.

Mientras que, en los primeros años, su pasión por el mundo de las setas no solo había enriquecido su vida profesional y tantos y tantos otros aspectos secundarios de esta, sino también la convivencia con su mujer y su hijo («su amor, el de mi mujer, es una especie de humor», me dijo una vez), esto cambió con el tiempo, para él mismo de una manera imperceptible, pero tanto más perceptible para ella. En efecto, sin él darse cuenta, su «pasión» lo llevó a estar a punto de olvidarla. Aquella pasión dio un giro hacia la adicción, el vicio, y su mujer perdió el humor. De un día para otro abandonó la casa común y se llevó al niño consigo. Huyó, realmente, tanto del hombre como de los «regalitos» –palabra que él utilizaba a modo de apodo cariñoso– pensados en especial para ella, que se amontonaban a diario y no tardaban en enmohecer y convertirse en podredumbre en el sótano y el garaje, y después no solo allí.

A lo largo de los siglos ya se han narrado huidas comparables a la de su mujer, con las características y motivos más diversos, de modo que aquí debería de bastar con este apunte. Una cosa nada más: el loco de las setas pareció no darse cuenta de la huida de su amada esposa, como tampoco de la ausencia de su hijo, igualmente amado, aunque de otra manera. A la misma mañana siguiente, aún aprovechó la hora que tenía libre antes de tomar un vuelo para ir a visitar a su defendido, preso en un país lejano, para pasar rápidamente por los bosques; claro que después, obviamente mucho después, el camino que recorrió recibiría el nombre de «camino de la ausencia».

Ahora bien, su comportamiento, su actitud general hacia el mundo exterior, al margen de que poco a poco fuera perdiendo la noción de quienes lo rodeaban, ya había cambiado clara, completa y manifiestamente mucho antes de la huida; había dado un giro. Todo eso me lo escribió su mujer, que tenía el placer de aguantarle las peroratas que le soltaba todas las noches, y después

también todas las mañanas.

Mientras que la imagen de sí mismo que había tenido mi amigo antaño era la de un personaje marginal, y luego más adelante, fortalecido por el despertar de su pasión, la del que también tiene su papel en el teatro universal de la vida, forma parte de él en igualdad de condiciones y aun complementa a los demás, en cierto momento pasó a verse, sin lugar a dudas, como alguien que ya desde la infancia –desde que, figura marginal, se quedaba en la linde del bosque escuchando el murmullo del viento y dejando que lo envolviesen la lluvia y la nieve– hubiera portado un cetro en secreto. Pero ¿cómo era esto posible? ¿Como buscador de setas? Pues sí: como buscador, coleccionista, experto en setas.

Esto se puso de manifiesto en que todo el resto de cosas empezó a parecerle secundario, a no tener mayor importancia que un «resto», o, si cabe: las cosas dejaron de existir. No solo dejó de leer, excepto libros de setas desde las de Nueva Zelanda hasta un lujoso volumen titulado *The Mushrooms of Alaska*, pasando por las del Alto Atlas –libros en los cuales, por otra parte, las setas eran idénticas–, y no quiso ir más al cine, ni solo ni con pareja, ni volver a hacer ningún viaje, ni solo ni con su mujer y su hijo: también ejercer su profesión de abogado dejó de resultarle lo más fácil del mundo.

Él no era del todo consciente de ello y no lo hacía a propósito. Le bastaba con haber encontrado algo de buena mañana –siempre se ponía en camino hacia los bosques a primera hora de la mañana–, y ya se sentía como si hubiese cumplido con la tarea del día, innecesario ya el estudio de los expedientes y de los alegatos que antes componía palabra por palabra, frase por frase, junto con sus silencios y sus párrafos, cuidando al máximo el ritmo, para luego exponerlos ante el tribunal de justicia del mundo. ¿El mundo? Investigar las setas, eso constituía el único mundo para él. El trabajo de defender a los acusados en los tribunales al que un día se había dedicado de corazón le pasaba prácticamente desapercibido, en todos los sentidos, se olvidaba de las personas que tenía a su cargo. Un buen hallazgo en sus bosques –entretanto: sus «territorios»– le daba la sensación de que cuanto tuviera que hacer por sus acusados ya estaba hecho, la misma falsa ilusión que tal vez experimenta

la gente al oír música, o los que viven de noche con respecto al día siguiente y aún por superar. Con cada tesoro que encontraba creía que ya se había pronunciado el veredicto de inocencia, que ya estaba pregonado al mundo su alegato.

Y todavía peor fue que, de nuevo sin ser él consciente y sin hacerlo a propósito, también empezó a despreciar a los presos y acusados que ponían a su cargo. Aquellas personas que antes le parecían bellas casi todas ahora le resultaban más impresentables en cada sesión. Animales enfermos. Existencias nulas. Gente rota. Varada. Muertos en vida, sin perspectivas, sin futuro... ¡sin visión! ¡No como él, que era un hombre con visión! ¿Cómo, visión? ¿Por las setas, y eso que excluía expresamente de su horizonte justo aquellas que al parecer producían visiones? «Por culpa de sus “orejas de Judas”, sus “ninfas”, sus “setas de caballero” y sus “amanitas caesareas”», me escribió con amargura su mujer, la que era del pueblo de al lado. Mientras que antes se sentía como si justo por sus «aventuras» en el bosque fuera infiel a sus representados, acusados que procedían «de todos los países esclavos», ahora los miraba como por encima del hombro, realmente como a esclavos que, presos, no tenían sino lo que se merecían.

Y todavía peor –o tal vez no, o tal vez solo peor en un sentido distinto– fue que su desprecio por los acusados a su cargo fue contagiándose también al personal de los tribunales sin establecer diferencias, no solo a la totalidad de los jueces («los jueces no solo es que se estén volviendo cada vez más inmisericordes, sino que son tontos, tontos de remate, y cuanto más se les conoce, más tontos se vuelven»), sino también a los intérpretes, a los representantes de la acusación, así como a los representantes de la defensa. Solo de sí mismo –claro: al margen del trabajo, que ya apenas le importaba nada– tenía una opinión cada vez más alta, puesto que se veía como un elegido. Entre sus expedientes, prensadas entre las hojas a propósito, tenía más y más muestras de, al final, mil y una especies de setas, ejemplares como de sistemas solares lejanos.

Ni siquiera existía mala intención de su parte cuando, una vez, en mitad del alegato de uno de sus contrincantes que pedía cadena perpetua para un

pequeño grupo de pobres acusados, se sacó algo de la toga y se olvidó del mundo en la contemplación y el olfateo de lo que tenía en la palma de la mano –¿qué sería?–. También circuló durante un tiempo la historia de cómo un día, en un momento especialmente solemne de un proceso, pongamos, por ejemplo, al ponerse en pie toda la sala para el anuncio del veredicto, y esta vez sí, con la inequívoca intención de, cuando menos, restarle seriedad al juicio, también el loco de las setas se levantó de su asiento en la defensa, pero, cuando en la ceremonia del pronunciamiento de la pena el triunvirato internacional –es más: intercontinental– de jueces de la larga mesa presidencial se puso el birrete con un movimiento sincronizado, «como un solo hombre», él también se puso en la cabeza –y, al igual que ellos: con las dos manos– una dignidad bastante parecida, pero que en realidad era un enorme parasol, una *coulemelle*, una *culumella iganta*, una *macrolepiota*.

Los invitados a su casa –en aquella época todavía iban y no eran pocos en absoluto– tenían que contar con que, desde el inicio del crepúsculo hasta la medianoche, serían agasajados con panegíricos, rapsodias, sinfonías, poemas, fábulas y cantatas en torno a las setas, y esto no se refería tanto a los platos que cenaran como al desvarío que se fue adueñando de mi amigo año tras año. Al final, más allá de las medianoches, para él no existía más tema que las setas. Y tampoco lo consentía. Las setas, como ya se comentó antes, eran la última aventura, y él era su profeta. Estaban en el último horizonte, no: en el único horizonte. A su alrededor giraba el mundo, incluido el tiempo, que ahora se reducía a «tiempo de setas» y «no tiempo de setas». Su primer pensamiento por la mañana era: «Al bosque. A los bosques». ¿Primer pensamiento? Con el paso del tiempo y de las estaciones, en invierno y en verano, ¿acaso su único pensamiento? ¿Pensamiento? Sea como fuere: se pasaba los días y las noches hablando, al final para un público que se reducía a mí, del correspondiente sitio donde había encontrado algo, como si eso fuera algo importantísimo, pero no gastaba una palabra en las catástrofes históricas que se acumulaban día tras día; y no había modo de ponerle fin a sus panegíricos y sus peroratas.

Su desprecio se extendía e iba dirigido a todos aquellos que no eran como él,

«excepto de nosotros, sus seres queridos, mi amado esposo quiso olvidarse por completo de todo el mundo...». Como buscador de setas, se veía al mismo tiempo como protector, y ambas cosas lo convertían en amo de los bosques, o, como él mismo se describe en su proyecto de libro de setas, como «hijo del sendero», expresión que era una traducción del árabe y al parecer se refiere a un guerrero, un guerrero de la guerra santa. Sí, al principio en secreto y después abiertamente, aunque solo de palabra, libraba una guerra contra cuantos no eran sus iguales en aquel sendero, más allá del bosque, y, sobre todo, en el bosque. Ni siquiera se apiadaba de los niños que jugaban –concretamente, jugaban a matarse unos a otros con pistolas de juguete–, y eso que una vez había llegado a imaginar de ellos que, educándolos de la manera adecuada, aún podrían ser futuros compañeros de lucha: «¡Indeseables! ¡Dejad los bosques en paz!». (Esto al final no solo lo decía por lo bajo.)

Ojalá cayera la vergüenza sobre los falsos buscadores de tesoros que de año en año campaban por los bosques de un modo cada vez más salvaje, no solo con palas y picos, sino incluso con contadores de Geiger cada vez más precisos, y después cavando zanjas cada vez más grandes en torno a las raíces de los árboles. Ojalá cayera la vergüenza sobre los ciclistas que atravesaban los bosques y remodelaban hasta los caminos excavados más escondidos para emplear la propia tierra excavada del bosque en sus trampolines, pistas y montículos de slalom, como si hasta el terreno salvaje más salvaje fuera propiedad suya. «¡Esto me lo pagaréis, perros impíos, como hijo del sendero que soy!»

Por otro lado, su mujer me contó cómo se sentía desarmado cada vez –las contadas veces– que alguno de aquellos niños que hacían el bruto por el bosque o alguno de los corredores lo saludaba automáticamente (de los buscadores de metal no lo saludaba nadie), y cómo, por otro lado, un día había vuelto a casa fascinado por la piel luminosa y los ojos brillantes de un hombre que hacía deporte, mientras que él tenía una mirada apagada, incluso ante los hallazgos más increíbles –¿o especialmente entonces?–, y las mejillas como inflamadas por culpa de las telas de araña del bosque, la frente cada vez más llena de rasguños de los picos de las ramas contra las que se daba,

porque corría a ciegas en su ansia –él decía «anhelo»– de búsqueda, y si no se había quedado tuerto hacía tiempo, como le sucediera a uno de sus antepasados, por cierto, al clavarse una afiladísima astilla de madera muerta del tronco de un roble, ayer en la comisura del ojo derecho, hoy del izquierdo, tan solo se debía –según ella– a la intervención de su ángel de la guarda, que en la región de la que ambos eran oriundos también era ángel de la advertencia: «¡Ten cuidado, amigo, que la próxima vez no contarás con mi protección!».

Él seguía yendo al bosque, me contó su mujer finalmente, con sus trajes elegantes, incluso con la corbata de seda bien anudada. ¿Y volvía sucio? Eso sí que no, jamás, no traía ni una sola mancha ni en el paño del traje ni en ninguna parte. Lo que sí traía, en cambio, eran desgarrones, sobre todo en el forro, justo en el traje recién comprado y justo en la primera ida al bosque, o a lo sumo en la segunda, y con el tiempo los desgarrones eran cada vez más y, en la última época que pasamos juntos, todo él era un puro jirón.

No mucho después de que se marcharan de casa la mujer y el niño –que ya casi no lo era–, el loco de las setas dejó su trabajo de abogado y se puso a escribir su particular libro de setas. Sin embargo, «como ya se dijo...», «como ya se apuntó...». Y así, según me transmitió poco antes de desaparecer, comenzó «la etapa más espantosa de mi vida». Como ya se ha hablado de ello a menudo a lo largo de los siglos, aunque bajo otros signos y en relación con otros temas, aunque este proceso se prolongase de año en año, yo en mi narración, que además debe ser puro relato –de otro modo no es asunto mío–, no tengo más remedio que ser breve. Hasta ahora he seguido la «fuente homérica» que una vez evocara Antonio Machado como pauta para marcar el ritmo y el tono. Para lo que sigue, ¿cómo lo diría?, esto ya no es el caso; o ya no ha lugar.

¿Espantosa? Sí. Y, al mismo tiempo, casi a diario experimentaba su momento de éxtasis durante la búsqueda; lo uno era condición para lo otro. El éxtasis se producía incluso cuando ni siquiera encontraba nada, aunque eso era cada vez más infrecuente: y el éxtasis le demostraba, en su opinión, que era un hombre libre, «el más libre de todos, y vosotros, los demás, sois mis esclavos, los

esclavos de mis iguales». ¿De sus iguales? Sí. Ahora, sin su profesión, era completamente libre, también para ir en busca de sus iguales, de otros elegidos: buscadores, exploradores, investigadores, de aquellos que en su imaginación eran últimos hombres como él.

Episódicamente, esto parecía constatarse y todo; obviamente, no con tanta frecuencia en la propia búsqueda, como se daba antes de tarde en tarde, en los bosques u otros lugares investigados –tales lugares, también fuera de los bosques, iban en aumento de un modo más que preocupante–, y con menos frecuencia aún en los encuentros planificados y congresos anuales de –como ellos mismos se llamaban– especialistas o «amigos» de las setas del mundo entero, en los que incluso tomó parte el primer año. Donde se encontraba entre sus iguales, suponiendo que por azar se dieran a conocer como tales, era, por regla general, por no decir casi todas las veces, entre desconocidos en la barra de algún bar. Ahí no necesitaban ellos ningún televisor emitiendo fútbol para entablar conversación. Un pequeño comentario sobre setas de parte de alguno de aquellos desconocidos, o sobre alguna determinada seta de esas que suelen pasar desapercibidas, daba pie a que se desplegara un relato a varias voces, con un entusiasmo poco ruidoso pero incluso extensivo a los detalles sobre lugares, estaciones del año, en especial a los matices de formas y texturas, y como jamás lo inspirarían ni el partido de fútbol más trepidante ni ningún otro tema de este mundo.

Solo que, luego, aquello nunca iba más lejos. Y fijándose en las formas de vida de aquellos supuestos iguales, más bien encarnaban lo contrario de los hombres libres que mi amigo buscaba. En su realidad cotidiana, solían resultar ser obedientes súbditos de sus mujeres o de quien fuera, subordinados con los que ya no había nada más que hablar, criaturas serviles en la forma más arrastrada, como si sus salidas para buscar setas no fueran más que una afición o un pasatiempo, uno de los miles de pasatiempos posibles, cosa que, por otra parte, por lo que volvía a oír y ver cada vez en las barras de los bares, parecía imposible. Menos aún coincidía con sus iguales, si cabe, en las jornadas micológicas y, desde luego, no lo hizo en absoluto en el congreso mundial de micólogos. Allí no había ni un hálito apenas de

aquellos hombres libres que su fantasía había construido por anticipado: con lenguas de fuego, encendidos de pasión por el aire del universo en sus cuerpos de investigadores. Hombres muy peculiares sí había, como también micólogos de aspecto enfermizo y enfermos, más bien imaginarios. Con la cabeza alta en gesto de libertad no iba ninguno, lo cual, por otra parte, en aquel campo de investigación tan particular, resultaba casi natural; ahora bien, nada impedía que la gente permanentemente inclinada hacia delante, con la espalda encorvada y los ojos clavados en el suelo, pudiera desprender una cierta aura de soberanía, ¿o no?, de soberanos sobre sí mismos. A alguien así tal vez le bastara con abrir la boca y, congreso aparte, su voz resonaría en la lontananza, ¿o no? Y de manera similar «prevalecería» aquello que «nos guía desde las alturas», pues así es como concebía Goethe el espíritu, ¿no?<sup>4</sup>. Sin embargo, allí no resonaba ni prevalecía ninguna voz. Todo se quedaba en las respectivas voces conciliares del congreso, un concurso de conocimientos con un Papa de las setas y muchos antipapas, incluso en los agradables ratos de convivencia que se pasaban después, mientras que él, autoproclamado Barón del Reino de las Setas, echaba de menos las felices casualidades que daban lugar a sus conversaciones en la barra del bar. Aquellos micólogos, por lo general de edad avanzada, ya tenían aspecto de cansados con haber dado apenas unos pasos por el parque del centro de congresos, e incluso cuando alguno de ellos exponía una revolucionaria teoría de las esporas, un constante carraspeo recorría las filas de asientos, donde cada cual se mantenía a una clara distancia del vecino, como queriendo evitar ser contagiado por él; «todo esto habría sido impensable durante mis alegatos en los tribunales, en su día». Y, sin embargo: al fin y a la postre –después de todo, a veces sí que se llega a un fin en la historia–, todos aquellos expertos en la ciencia de las setas eran más bien seres perdidos, como quizá no podía ser de otra manera en nuestros días, y, al mismo tiempo, cada uno en sí mismo, era un ser inspirado y de buen corazón.

Pero, a pesar de todo, no eran sus iguales. Mi amigo se dio cuenta de que sus iguales no existían, y así se lo reconoció a sí mismo hacia el final de su historia, según la conozco yo, muy suavizada ya aquella prepotencia suya, tal vez innata, que, en cierta etapa intermedia, la de la locura por las setas en su

máxima potencia, casi llegó a ser soberbia.

Aunque prepotencia y soberbia quedaran superadas, él siguió sintiéndose el único, el buscador de tesoros solitario en posesión de la verdad. Era y siguió siendo soberano, aunque ya solo en aquellos momentos de éxtasis que cada día duraban menos, que perdían su color como en un chasquear de dedos, y, lo que era peor: que ya no surtían ningún efecto. Y ser «soberano» venía a decir: dondequiera que me encuentre trazando mis círculos, mis espirales, mis elipsis, ese es mi lugar, y el lugar es mío y ahí nadie me puede molestar. Ya estás haciéndome el favor de desaparecer de mi zona de búsqueda. De mi vista. Esfúmate, alma de esclavo. Y como ahora, precisamente por estar solo, de nuevo concedía importancia al prestigio y la apariencia, esto le hacía efecto sin que necesitara verbalizar expresamente los insultos que tenía en la punta de la lengua (vestido de nuevo con sus trajes de caballero cosmopolita, sus uñas eran lo único que ya no había forma de limpiar de tierra del bosque de tan incrustada como la tenía ya).

Lo que reclamaba era que no lo molestase nadie, como si eso significara que se estaba ocupando de una tarea especialmente delicada además de indemorable en interés de la comunidad. Ponerle trabas supondría todo un desastre, un desastre eterno para ese bien común, aparte de que él estaría perdido, su persona estaría perdida. Sí, es extraño, o espantoso, como ya se dijo: en sus momentos de éxtasis, a la vez tenía miedo. Miedo como si, en su condición de escogido geómetra que con sus simples movimientos tan geométricos como esféricos campo a través tuviera y representara todo el tiempo del mundo, de golpe y por sorpresa fuera a quedarse sin tiempo; miedo de verse arrancado del tiempo, de que su tiempo se hubiera agotado. «¡Maldito seas, falso portador de luz!»

Y eso fue lo que acabó sucediendo, al final, a diario. Cada vez, su éxtasis de explorador, de investigador, de descubridor, amenazaba con convertirse en pánico. Él lo vivía como un ritual cósmico, al principio hermoso y que le calentaba el corazón y la cabeza, pero que después, imperceptiblemente, empezaba a volverse espantoso y gélido, y superaba a su persona. Lo espantoso se anunciaba de tal manera que, cuanto más tiempo pasaba

encontrando (y cada día encontraba y descubría más), de tanto aguzar la vista y tanto inspeccionar se le estrechaba el espacio y acababa encogiéndose hasta no ser más que puntos, un punto aquí, un punto allá. Mientras que, en tiempos, salir de búsqueda le creaba un entorno, ahora, hallar, y sobre todo hallar en sobreabundancia, se lo reducía. ¡Qué bellos y cuánto bien le habían hecho aquellos hallazgos puntuales de antaño! Pero ahora no había espacio para ello; y eso significaba el fin de su sentido del espacio. Durante un intermedio, lanzando la mirada hacia las copas y cimas de los árboles, más allá, en el «firmamento», tan solo jugando hacia la dirección de los horizontes más lejanos posibles, aún conseguía hacer malabarismos para imaginar el espacio, pero justo así lo descalabraba del todo, puesto que aquellos vistazos, al ser tan terriblemente cortos, no llegaban a ser mirar de verdad y, además, él mismo los interrumpía antes de que llegasen a adquirir una cierta estabilidad para volver al puro clavar los ojos en lo puntual, al cerril fijar la vista en el suelo. De amo del norte, sur, este y oeste pasó a ser el esclavo del punto. Sí, ahora el esclavo era él.

Y de la mano de aquel descalabro del espacio —¿parte de la regla cósmica?— llegó casi a diario el agobio por el tiempo, agobio que después fue angustia, después enajenación del tiempo. Qué extraño: su particular sensación de que no tenía tiempo, el «estrangulamiento» al que lo sometía el tiempo, como él lo llamaba, no se debía a que le faltase el tiempo, sino a que le sobraba; la pérdida del espacio era consecuencia de haber perdido el sentido de la proporción. Y esto también es extraño, pero de otra manera: lo que, de cuando en cuando, aún lo guardaba del pánico era el mundo exterior cuando también entraba en pánico, la naturaleza presa del pánico. Cuando, por una tormenta o un temporal, los tiempos y los espacios acababan revueltos, no en su interior, sino fuera, en el exterior, él lo vivía como un juego enteramente diferente, como un salvífico movimiento contrario a sus malabarismos y juegos mentales; en medio de los derrumbamientos de ramas, de la silbante huida de los pájaros aterrados, del fragor de los truenos, él se sentía a salvo; cierto es que seguía lanzando vistazos y luego clavando la mirada (aquí todavía lo hacía, pero ya no demasiado) en los lados y en las raíces, pero su persona formaba parte de aquello, de los espacios y tiempos hechos un

revoltijo en un mundo presa del pánico; ahí encontraba el loado descanso, y abría mucho los ojos de asombro cuando una rama lo rozaba al caer o un relámpago le daba un susto. En el segundo que seguía al estremecimiento, incluso veía con más agudeza, y lo que veía entonces estaba, igual que en otro tiempo, envuelto en un resplandor, y, en cualquier caso, no era un punto. ¡Cómo recuperaba el sentido de la orientación justo en el estado salvaje del mundo presa del pánico! ¡Cómo se convertía en descubridor justo estando perdido!

Lo que también lo protegía algunas veces de la progresiva consciencia de su enajenación del tiempo eran –resulte paradójico o no– aquellos ¡ay! brevísimos episodios en los que buscaba y buscaba y buscaba, pues ya no era capaz de otra cosa, y no encontraba nada. Durante aquellas horas de búsqueda se ponía cada vez de peor humor, pero justo aquel fastidio lo ayudaba a seguir agarrado al tiempo, o, como él mismo lo llamaba: al «aquende». Y, sobre todo, después de un día pasado en vano, salir con las manos y los bolsillos vacíos de las profundidades del bosque al aire libre, donde por fin, ¡por fin!, no quedaba nada que buscar, significaba realmente: «¡Ah, aire libre!». Solo que lo de no encontrar nada de nada de nada era una rareza enorme y cada vez más enorme. «¡Buscar y no encontrar nada!» representaba para él una especie de ideal. Ahora bien: ¿cómo llevarlo a la práctica? No era posible hacerlo realidad, al menos no lo era para un loco de las setas, y menos todavía para uno que no tenía igual.

¿Qué lo convertía en un caso especial frente a cualquier grupo de locos?, me pregunto yo. Tal vez que, variando a Shakespeare, más allá de su locura por las setas, él aún era un «loco consciente», en el sentido de «de este modo la conciencia nos convierte en locos a todos»<sup>5</sup>. Y así, lo inconsciente, el dejar pasar, el dejar suceder, podía volver a representar uno de sus ideales. Sin embargo, él, en todo momento, constantemente, constantemente hasta un extremo aterrador, siempre era consciente de lo que hacía en lugar de dejar que sucediera, así como de lo que dejaba de hacer en lugar de no hacer nada. Su locura consciente había sido la causa de su «padecer del tiempo» y de ella pareció haberlo curado en su día la locura por las setas; sin embargo, al fin y

a la postre –¡ay, ojalá aún le fuera dado llegar «al fin y a la postre»!–, la misma locura hizo que aquella angustia del tiempo volviera a desencadenarse de un modo más peligroso todavía. ¿Cuál era ahora su locura consciente más terrible? Jugaba a no buscar para, después de todo, encontrar a escondidas.

¡Maldita su propia persona, y, cada vez que se avecinaba el pánico, malditas las setas! Pues si aún le quedaban ojos para algo, era para ellas nada más. Y cada vez más y más cosas se le antojaban setas, aunque no tuvieran la clásica forma de seta. Veía setas en las pequeñas salidas de humos de los tejados de las casas vecinas, y, al contemplar una escultura milenaria de los tres Reyes Magos de Oriente llevando sus ofrendas al hijo de Dios, lo que sostenían sus manos eran setas en lugar de oro, incienso y mirra. En la profunda oscuridad de la noche, estrellas en forma de setas. Soñaba que de su propio cuerpo le salían setas, y no los hongos habituales, los crónicos que revelan problemas de salud, sino setas del bosque, de las más buscadas, deseadas y apetitosas. E incluso en los bosques y en las praderas, cuanto más se acumulaban sus hallazgos, más previsible era que confundiese con setas cuanto había por el suelo: hojas, boñigas de vaca, incluso bayas y flores; y las piedras, excrementos de perro, pañuelos de papel, cajetillas de tabaco vacías, plumas de ave, preservativos, escudillas de soldados de un siglo de antigüedad y minas desactivadas adoptaban forma de setas (que él se agachaba a recoger).

Con tantas cosas con forma de seta fuera y dentro de su cabeza, estaba a punto de perder las caras de los demás, de la gente, de aquellas personas que, en su día, habían supuesto lo máximo para él, lo «tercero visible»<sup>6</sup>. Su mujer, alejada de él hacía mucho, me contó que una vez se lo había encontrado por el bosque y que lo primero que había mirado mi amigo había sido lo que ella llevaba en las manos. ¿Y qué era? Una *amanita caesarea*, la seta del César, amarilla como una yema, más amarilla imposible, en su envoltorio blanco como la clara del huevo, un auténtico manjar de dioses. ¿Acaso se había convertido en una loca también ella? Sí, excepcionalmente, había entrado en el juego, tal vez con la intención de recuperar al loco mayor después de todo. ¿Y qué más había pasado? Él, en efecto, después había levantado la vista de la seta imperial para posarla en el rostro de ella, de su mujer. Pero no la había

reconocido, se había limitado a admirarla como a una desconocida, más por su hallazgo que por su belleza.

En el umbral del horror, mi loco de las setas comenzó a oír el amado murmullo y arrullo de los árboles que tanto necesitara de niño como un cuchicheo en su contra, como un chismorreó, como un rumor de mal agüero, un oráculo maligno. Las ramas que el viento hacía rozarse cotilleaban. Aun cuando, al mismo tiempo, encontraba las setas más hermosas y adorables, para él ya no eran más que «chismes». ¡Chismes del demonio! Además, ¡qué fríos!, ¡qué gélidos se sentían en la mano aquellos chismes! No había manera de calentarlos ni con la sangre más ardiente, todo lo contrario, su frialdad se le transmitía a él, le subía por el brazo y su hielo se le acababa infiltrando hasta lo más profundo del corazón, aunque obviamente esto no le impedía, como buen conocedor del lugar, reorientar por el camino correcto a un grupo de excursionistas perdidos –cada vez había más y más gente perdida– ni saludar él primero a los que se cruzaban con él, y no hacía falta que tuviesen cara; y tampoco le impedía, por otro lado, extrañarse de que los grandes recorredores de los bosques de los siglos pasados, Walt Whitman o Henry David Thoreau, tan grandes como lo era él ahora, no hubieran dedicado sus versos a las setas o ni siquiera las mencionaran. ¿Por qué no utilizaste los árboles más que para hacer gimnasia y recuperar el movimiento después de tu infarto, Walt? ¿Y tú, Henry, por qué no te fijaste más que en las plantas en tus bosques de Maine y Massachussetts? ¿Y qué clase de pueblos eran aquellos, los indios y los árabes, que pensaban de las setas que únicamente crecían cerca de los cagaderos y que, en su día expulsadas del Paraíso, estaban tan *ḥarām* –prohibidas– como la carne de cerdo?

¿Será que mi amigo buscaba romper el maleficio de aquel amor-odio cuando se marchó a recorrer los desiertos y paisajes de dunas del planeta? No lo sé. Lo que sí sé es que también empezó a salir a buscar setas entre los tuaregs y en el Yemen, entre la arena del desierto y de las dunas, cerca de los oasis, y a desenterrar con el bastón las que crecían –¿cómo se dice?– en «simbiosis» con la arena y el terreno, con él. Y también en los centros de nuestras ciudades europeas, a los que viajaba supuestamente huyendo de las setas, se

ponía a buscarlas –cuando menos con la mirada– al pie de las catedrales, en los estadios, incluso –aunque cueste creer esto– durante los viajes en barco por los ríos, entre los raíles de los trenes suburbanos o en los cementerios sin vegetación; o también, apartando la cabeza de todo, de golpe la volvía hacia ellas y, a veces, incluso entonces, en el hormigón más impenetrable, encontraba alguna, para su sufrimiento, después de un fugaz instante de éxtasis. En la hora que precedió a una intervención quirúrgica no poco seria, se quedó frente a la ventana de la clínica para echar un breve vistazo a la copa del árbol que tenía delante y, a continuación, ponerse a examinar tanto más ansioso y a la vez asqueado la parte de las raíces, pues ¿qué sería lo que buscaba?

Cada vez era más frecuente que se le escapara una tirada de impropiedades ante los objetos de sus investigaciones: «Bestias malogradas. Criaturas híbridas. Bastardas. Las más percederas. Madres de todas las alimañas». Y en su imaginación surgían los insultos más salvajes: «Malajes de cuento. Jaujas venenosas. Lobos con raíces disfrazados de caperucitas. ¡Enanos saltarines de mil nombres engañosos, “Rumpelstilzchen”, el más engañoso de todos! ¡Esfumaos de mi vista! ¡Piedad!».

Como no hubo lugar en todo el planeta, de Tierra de Fuego a Siberia, que le ofreciera forma de escapar de aquellos seres que antaño adoraba, lo mismo le dio entonces volver a su casa y a su jardín, en las afueras de una gran ciudad, cerca de sus bien conocidos bosques. Se entiende –o que lo entienda quien pueda– que ya no iba al bosque por voluntad propia, sino que se sentía movido, mejor dicho: arrastrado, azuzado, en contra de su voluntad. Su primer pensamiento, mejor dicho: su primera urgencia, al despertar, mucho antes de llegar el alba era: «¡Vamos, corre! ¡Corriendo por setas!».

Así transcurrieron un nuevo verano y un nuevo otoño, y llegó el invierno. Durante la noche empezó a caer la primera nevada, y siguió durante el día, más densa y más densa. No impidió que el loco de las setas saliera a buscar como hacía a diario, y, de hecho, aunque apesadumbrado por la consciencia de culpa y el desprecio de sí mismo, la vista de la capa de nieve que casi llegaba hasta las rodillas lo volvió todavía más ansioso, lo aguijoneó. En

realidad, ya no cabía hablar de «vista» de nada, así como los copos de nieve sobre la frente, antaño gran signo de la vida, más que hacerle en ella una marca, ahora le daban un toquecito de: ahí no hay nada, ya no hay nada.

Después, en el bosque, hundido en la nieve, por mucho que cavara, rebuscara y removiera la tierra, con un montón de bastones y picas a la vez, con las manos desnudas, con los pies, con el izquierdo, con el derecho, como un futbolista: lo único que asomaba bajo aquella capa de un color blanco purísimo eran las hojas muertas de múltiples colores empapados de agua y que apenas le importaban. Sin embargo, sus muchos años de experiencia le habían enseñado que, en invierno, en diciembre y hasta bien entrado enero, sus queridos seres –pues seguían siéndolo a pesar de todo– crecían incluso debajo de la nieve, que los protegía de las heladas. Sobre todo, después de la temporada de «trompetas de los muertos» –otro de esos nombres engañosos, puesto que en realidad son setas de un brillo negro grisáceo muy vivo–, podía contar con encontrar a sus primas, que también tienen forma de trompetitas minúsculas, pero son de color amarillo, de claro a intenso, y que él, en su condición de amo todopoderoso, variando su nombre común había rebautizado como «mariposillas de tierra» y, en la época en la que todavía tenía ganas de inventarles apodos cariñosos, como «polillitas de tierra». Por cierto, el farmacéutico de Taxham, que a diferencia de muchos de los farmacéuticos de hoy en día era un conocedor de las setas de los que ya casi no hay, le había comentado que aquellos «rebozuelos atrompetados» incluso ganaban en sabor después de la primera helada.

En cualquier caso, aquello fue el día antes de su desaparición, de que desapareciera de la faz de la tierra. Pasó horas y horas revolviendo la nieve en vano, y una tercera persona habría pensado al ver las zonas del bosque que mi amigo iba recorriendo en zigzag que las habían violentado los otros buscadores de tesoros, esos que iban automatizados y mecanizados, o habría creído aquel destrozo obra de una manada entera de jabalíes. Para suerte o desgracia de mi amigo, dejó de nevar, y, al sol oblicuo de diciembre, en una tumba cavada en la nieve –una más–, asomaron las alitas amarillo grisáceo de una polilla de tierra, de una sola que, en aquel feliz instante del

descubrimiento, aún oyó que la llamaban por su apodo cariñoso. Y luego, aquel amarillo de su piececito al sol, ¿en qué parte del mundo entero existía un brillo más bienvenido?

De nuevo por su experiencia de muchos años, el loco de las setas sabía que, del mismo modo en que, a menudo tras medio día de búsqueda –por lo general–, cuando por fin se veía «aletear», aunque sin moverse del sitio, a la primera y, como aquella de entonces: única polilla aislada, se podía dar por seguro que a su alrededor, y no aisladas, sino más bien en ramos, ramilletes y racimos, habría cientos y cientos de aquellas polillitas de tierra de sabor delicioso e incomparable –como la mayoría de las setas–, toda una recua que, como formando un patrón geométrico de surcos y grietas en la tierra, se extendería un largo trecho por entre los árboles tras permanecer escondida, tan opulenta que, al cogerlas o sacarlas de la tierra de un pellizco (acción que él percibía como música «que se diría compuesta al unísono por John Cage y Domenico Scarlatti») y cosecharlas, le sugerirían la idea de un bancal secreto en las profundidades del bosque, una plantación secreta escondida y reservada expresamente a su persona.

Así es como sucedió también aquel día, solo que, una vez destapados de la nieve, los bancales de polillitas no dejaban de extenderse cada vez más bosque a través; la plantación se extendía como si no tuviera fin. La cosecha era más abundante a cada hora, también pesaba más allí donde la guardara, en los bolsillos, en la mochila, le exigía un constante agacharse y extraer de la tierra. De cuando en cuando, la recua amarilla que se extendía a sus pies clareaba, en algún punto parecía interrumpirse durante uno, dos pasos... pero ya al siguiente volvía a titilar y a aletear otra vez. Mi amigo tenía la esperanza de poder erguirse de una vez para volver a casa, cumplida su tarea. ¡Qué ganas de salir del bosque! Pero no era capaz. La recua de setitas amarillas lo arrastraba más lejos y más lejos. No solo no era capaz de marcharse, es que no le dejaban aquellas bestias, aquella chusma, aquella canalla, no se lo toleraban. Los ramilletes de setas, los bancales de setas, los campos de setas, las recuas de setas, los meandros de setas serpenteaban, se revolvían, pululaban nerviosamente con rabos de rata, azotaban con colas de dragón, le

echaban el lazo, sin tregua, sin piedad.

Se hizo de noche; sin caer la tarde, llegó la noche de diciembre, y él seguía recorriendo el bosque, maldiciendo, suplicando, incluso gañendo y rompiendo a llorar, convertido en «jornalero forzado» (lenguaje formulario de sus tiempos de abogado), el suelo patas arriba por completo, al principio, todavía lo alumbraba la claridad de la propia nieve, luego la linterna frontal que, desde que su pasión se convirtiera en adicción, llevaba consigo siempre que iba al bosque. «Yo, ¿perseguidor? ¡Sí, hombre! ¡Un perseguido por las setas es lo que soy!» (otra de sus fórmulas).

¿Y qué pasó entonces? ¿Fue presa del estallido definitivo de su terror y, dando voces o sin decir palabra, acabó estrellándose de cabeza contra un árbol al borde del cráter de bomba más profundo? ¿Otra «Gran Caída»?<sup>2</sup>. ¿O se fue enterrando en la nieve, entretanto convertida en hielo, metiéndose todo él bajo la manta de hojas del fondo de un cráter, tarareando y cantando como si no pasara nada? Nada de eso. Igual que en la historia de Habacuc, supuesto profeta del Antiguo Testamento, lo agarraron de los pelos –¿te lo puedes creer?– y lo transportaron por los aires a otro lugar completamente distinto. ¿Quién lo transportó? Ni idea. Que cada cual imagine lo que quiera. ¿Lo haría él mismo? Tal vez.

---

1. Es una cita de uno de los más famosos poemas de Goethe, «Wanderers Nachtlied»: *Über allen Gipfeln / Ist Ruh, / In allen Wipfeln / Spürest du / Kaum einem Hauch; / Die Vöglein schweigen im Walde. / Warte nur, balde/ Ruhest du auch. //* «Canción nocturna del caminante»: En todas las cumbres / reina la paz, / En las copas de los árboles / sientes / un hálito apenas; / callan los pajaritos del bosque. / Tú espera, pronto / también descansarás en paz.» (N. de la T.)

2. Hace referencia a la novela de 1994: *El año que pasé en la bahía de nadie* (*Mein Jahr in der Niemandsbucht*). Traducción de Eustaquio Barjau, Madrid, Alianza, 1999. (N. de la T.)

3. Se refiere a San Huberto de Lieja, patrón de los cazadores. Según la leyenda, cuando fue a cazar un venado, al animal se le iluminó la cornamenta y apareció un crucifijo. El cazador se arrodilló y, cumpliendo las palabras del animal, desde entonces dedicó su vida a los necesitados. (N. de la T.)

4. Es una referencia al prefacio del *Diván de Oriente y Occidente*. (N. de la T.)

5. Es una cita libre del Tercer Acto de *Hamlet*, pues en el original dice «cobardes» en lugar de «locos»

(«Conscience makes cowards of us all»). (N. de la T.)

6. En el original, hay un juego de palabras con el título de la película de Hitchcock que en Alemania fue traducida como *El tercero invisible* (*Der unsichtbare Dritte*, *North by Northwest* o *Con la muerte en los talones*). Por el argumento y el contexto en que aparece aquí, se puede interpretar como aquello por lo que el protagonista habría sido capaz de dar la vida. (N. de la T.)

7. *La Gran Caída* (*Der große Fall*) es una novela de Handke de 2011. Traducción española de Carmen Gauger, Madrid, Alianza, 2014. (N. de la T.)

¿Por quién tengo noticia de todo esto, de los últimos años antes de su desaparición, del último año, del último día? Por él mismo, mi amigo de la infancia y después loco –por no llamarlo poseso– de las setas, en persona.

Mi presentimiento de que estaba en camino para verme se cumplió: desde hace unos días, me hace compañía, o nos hacemos compañía mutua después de haber permanecido alejados un año entero. Y con su aparición, sano y salvo, ha entrado revoloteando en esta mi historia que también es la suya – espero– un cierto grano de serena alegría sin el cual mi narración no lograría llegar al punto que anhela y que le corresponde y que otro que no fui yo proclamó como «lo abierto»<sup>8</sup>.

Volvíamos a estar a primeros de diciembre, aunque no había nieve, y, una tarde en que estaba yo enfrascado en su historia en mi casa –bastante alejada de la civilización y antaño simple cobertizo para pernoctar y cambiar los caballos de los carruajes o lo que fuera, en mitad de ese paisaje, hoy como ayer bastante deshabitado, que media entre París y Beauvais–, apareció mi viejo amigo, acercándose por la carreterilla por donde solo circula algún vehículo por las mañanas o a última hora. Lo reconocí por sus pasos, quizá porque «en cierto modo» lo esperaba, quizá también porque ya tenía el oído entrenado gracias a mi concentración en la escritura. ¿Viejo, con esos andares suyos de muchacho, casi de niño, muy similares a esos pasitos como brincados de los más pequeños que, los oiga donde los oiga, siempre me han parecido la música más encantadora?

Me levanté de esta mesa en la que ahora estoy escribiendo el final de su historia y, antes de que tocara o me llamara de viva voz, le abrí la puerta del murete del jardín, donde yo mismo había hecho el número de la casa –en aquella zona no iba más allá del tres o del cuatro– con conchas prehistóricas

traídas de las estepas cercanas, y él, sin la menor sorpresa ante tal recibimiento, entró en mi «pobre jardín», desde siempre versión libre, creo, cómo si no, de las *Églogas* de Virgilio. ¡Solo faltó que hubieras puesto una vela en la ventana por si llegaba de noche! Cierto es que lo hice en las noches anteriores. ¡Y que lo recibieras con la sal de la hospitalidad! Pues así es como fue.

En el umbral de la casa, ese cobertizo de piedra conservado a lo largo de los siglos, vaciló mucho más allá del margen de cortesía antes de cruzar, y así tuve la oportunidad de dejar que ejerciera su influencia sobre mí. También yo tengo buen ojo para los detalles, aunque son distintos de los que despiertan su atención, y así me di cuenta de que ya no tenía las uñas negras, sino tan bien cuidadas como corresponde a la gente como él, a los que trabajan frente a un público. Su frente y sus mejillas se veían lisas, libres de las raspaduras sanguinolentas que se hacía a diario en sus tiempos de locura por las setas, y, ayudado por la elegancia de su traje, visiblemente recién comprado, mantenía una postura bien erguida –a diferencia de la última vez–, y la mirada tan categórica como ostensiblemente (palabras rimbombantes como las que gustaba de utilizar en sus alegatos) a la altura de los ojos, y no clavando los ojos en el suelo o desviándolos hacia un lado para eludir ser mirado; en cualquier caso, ya no parecía tenerle miedo a eso. Y al mismo tiempo, en la comisura de sus ojos, conservaba el brillo del hijo pródigo de siempre.

De su locura por las setas solo hablamos la primera noche. (Él insistió en pernoctar en el diminuto anexo, en tiempos un simple cuarto para las herramientas, demasiado pequeño para un caballo, hasta para herrarlo, aunque para herrarlo el caballo suele estar medio al aire libre, ¿no?) Como queriendo tranquilizarlo le conté que, durante los casi tres años que llevaba yo morando allí, no había descubierto ni una sola seta, o al menos ninguna comestible o digna de ser buscada, pues el subsuelo era de caliza y yeso – nada apto para nobles frutos de la tierra–, y que el suelo de las raquíticas islas de bosque salpicadas por la yerma estepa no estaba compuesto más que de escombros, arena y carbonilla; tú fíjate sin más en las contadas toperas que hay: no tienen ni un solo granito de la tierra negra y como grasa típica del

bosque, es todo pura grava muerta caída de la montaña, a lo sumo con alguna veta acartonada de arcilla sin oxígeno y de un color amarillo pus. A lo sumo habría alguna seta de las que llaman «cuescos de lobo», aunque ahora, a principios del invierno –«como si hiciera falta que te lo contara yo»–, no tienen dentro más que polvo marrón negruzco.

Mi amigo no pareció necesitar en absoluto mis tranquilizadoras explicaciones; no me prestó la más mínima atención. Tampoco le revelé que justo estaba (y andaba) con su historia; por lo demás, comprendió que por mi trabajo (y mi juego) tenía que reinar el silencio. «A mí me basta con saber que estás sentado en tu mesa y verte ahí, cerca de la ventana, desde lejos, desde el fondo del jardín», decía. «Sienta bien» (no decía: «me»). Parece que atribuyó a mi propia necesidad de distraerme de mi asunto el hecho de que, el día de su llegada, le hiciera preguntas sobre él y sobre las setas; además, no creía que ni las setas ni él fueran merecedores de ninguna historia, y menos todavía de un libro «de mi pluma»; y una vez vi –y esto en realidad no pinta nada aquí– cómo al pasar le daba la vuelta al único libro sobre setas que hay en la casa para que no se viera la cubierta. En mi fantasía, luego arrojaba el libro al fuego de la chimenea. Si cabe, con las hojas arrancadas de una en una, a jirones, después hechos una bola para encender el fuego.

Otra noche, frente al fuego, soltó que tenía en mente escribir un libro antisetas; más aún: un libro antibosque. Buscar setas, buscar como acto en sí, reducía el horizonte de la mirada, el radio de la mirada, a un simple punto. ¿Mirada? ¡Mirada impedida! ¡Con lo que pesaba la cabeza de ir con los ojos clavados en el suelo, y con lo que se nublaba la vista: si es que las cataratas eran una de esas enfermedades de los buscadores! ¡Pasar de ser, sobre la faz de la tierra, un huésped de mirada limpia a uno que ve borroso! Los bosques, como en general el aire del bosque, resultaban perjudiciales a la larga, en verdad nefastos para la salud, oprimían los pulmones y demás, emanaban vapores nocivos y, en suma, toda suerte de males. Los movimientos bruscos de los recolectores, como perdieran «el compás», afectaban al corazón causándole arritmias. Y ya hablando de los recolectores: una vez se ponían en marcha, se volvían cada vez más rapaces, por pura ansia, ¡y ansiar es

sinónimo de rapiñar! ¡Ay, todos esos recolectores impíos que se creen autosuficientes! Ahí, mi amigo aún rompió una lanza por los cazadores, quienes, al menos en los tiempos sagrados, se postraban de hinojos en temor de Dios, recuérdese aquí a su santo patrón. ¡Ay, esos bosques de mierda, cómo murmuran y murmuran y murmuran!

Mientras yo, durante el día, escribía su historia, él se ponía a trajinar en el jardín trasero, sin hacer casi ningún ruido, y quitaba las hojas muertas con el rastrillo o recogía las ramitas que caían de los añosos manzanos para después, durante la velada, encender el fuego de la chimenea, y jamás se ensuciaba nada, ni siquiera los puños de la camisa. Yo le había enseñado también en qué puntos de la estepa y, sobre todo, en qué partes de los sembrados, por los cuales había pasado una y otra vez el arado ahora que ya se anunciaba el invierno, se encontraban caracolas y conchas arrastradas hasta las playas que millones de años atrás llegaban hasta allí, y ¡lo que pesaba en la mano hasta el más diminuto caracolillo!; y él volvía cada vez con ejemplares en más cantidad y notablemente más espectaculares que cuantos había tenido yo la suerte de encontrar en todos aquellos años. Además, traía los bolsillos llenos de escaramujos con los que preparaba esa mermelada de un rojo sin parangón –rojo escaramujo, claro–; y otro día los traía llenos de avellanas que luego él mismo, cocinero espontáneo, nos servía en la cena, junto con las patatitas de casi igual tamaño traídas de la isla de Noirmoutier, en el Atlántico; en ensalada, la acedera y los brotes (= aligustre) recogidos en el riachuelo del lugar, el Troësne, que corría por la llanura, al pie de la meseta en cuyo extremo, como ya se dijo, se encuentra lo que antaño fuera simple cobertizo para los caballos y que ahora es mi casa. Todas estas cosas, y también algunas pocas castañas, se las iba sacando de los bolsillos, de las mangas y hasta de las vueltas del pantalón, cuando regresaba a casa, casi como si fuera un mago. Lo de hacer magia y querer hacer encantamientos no se le había pasado, pues. Eso sí, en lugar de buscar mirando al suelo, ahora apuntaba en especial a las cosas que quedaban a la altura de los ojos: en primer término, esas formas abombadas como barrocos enrejados de plata transparente que surgen en los bosquecillos invernales, como si, después de todo, se le hubiera quedado cierta debilidad por los arabescos, los tirabuzones, lo ensortijado, los

caracoles de líneas y colores... ¡Lo esférico por doquier! Sea como fuere: además de eso, todas las mañanas encontraba que mi amigo me había limpiado y sacado brillo a los zapatos, lavado las botas de agua, y, cada tres días, le daba una mano de aceite de oliva al suelo de sílex de la casa; de nuevo: un brillo diferente.

Después de mi trabajo, antes del tempranísimo crepúsculo de diciembre, todos los días nos poníamos en camino los dos juntos para luego ir cada cual en una dirección distinta de los alrededores, y no solíamos volver a casa hasta que era bien de noche. Yo tenía la sensación de que Orión recorría el cielo del invierno del este hacia el sur y luego hacia el oeste más deprisa que en ninguno de los años anteriores. ¿Sería cosa de la edad? Por el canal del Troësne pasaban, como bultos negros flotantes, unas ratas gigantescas que en realidad son un tipo especial de castores que, cualquiera sabe por qué, aquí llaman «chilenos» y con los cuales, según nos contó el cazador apostado junto a nosotros en el puente del canal, sale un ragú excelente. Frente a la silueta de dos caballos robustos y de patas cortas que vimos en un prado nocturno, nos imaginamos cabalgando, sin silla ni nada, sin importar hacia dónde, como hiciéramos en tiempos en el pueblo, a lomos de dos caballos de labor de cuerpo robusto y patas cortas, de una punta a otra del lugar. En otro prado vimos un toro imponente, puro músculo desde las pezuñas hasta el nacimiento de los cuernos, el pelo de un blanco que no perdía su luminosidad ni siquiera a oscuras, los testículos como dos calabazas en el bajo vientre. Una vez vimos una estrella fugaz rasgar el firmamento, como una cerilla prendida contra un muro (o quién sabe) por un héroe de película del oeste (o quién sabe), y las nubes, claramente divididas en dos hileras, recordaban a las huellas de las ruedas de un tractor. Algunas liebres silvestres cruzaban la estepa por la hierba de principios del invierno, brincando de madriguera en madriguera.

Una tarde también fuimos caminando hasta el alejado pueblo y nos quedamos en la barra del bar con los otros dos o tres hombres del lugar, los mismos desde hace años, y mi amigo, con su especial ojo para la ropa, comentó «lo marcada que suelen llevar la raya del pantalón los hombres abandonados».

Ahí me callé yo que, en aquellos días, por momentos, él mismo también parecía un hombre abandonado. ¿En qué se manifestaba eso? En que, aun siendo (por poco) el que mejor coordinación tenía de los dos, de golpe se volvía muy torpe, era literalmente presa de la torpeza, no acertaba a hacer nada con las manos y se le caía al suelo todo lo que tuviera en ellas. ¿Y cómo más? Sin reloj, siempre sabía qué hora exacta era, incluso tras haber estado durmiendo, al minuto; allá donde hubiera números: en el termostato de la casa o en el cuentakilómetros del coche, los leía como si fueran un reloj, como si fueran la hora exacta y real de ese momento. Una vez, mucho antes de entonces, me había comentado que su único orgullo era tener tiempo, precisamente porque sabía muy bien lo que era no tenerlo, lo que era el dragón del corazón, lo que era tener por corazón un dragón. Por lo tanto, hasta hoy no se había recuperado de aquella falta de tiempo, del terrible mal que es el tedio.

Llegó el cumpleaños de mi amigo, y para celebrarlo con él, me tomé el día libre, y salimos a recorrer carreteras, pueblos, senderos, matorrales. «¡Por ahí no se puede atravesar» (yo); «¡Pues claro que se puede atravesar!» (él); y, de nuevo, pueblos y carreteras para llegar a cenar a la hospedería que hay al otro lado de la colina de la meseta, de nombre –palabras exactas– *L’Auberge du Saint Graal*, «El albergue del Santo Grial». (Con un cambio en medio, el sitio volvió a llamarse así y sigue teniendo el mismo nombre.)

Nos pusimos en camino mucho antes de salir el sol, que, como bien sabía mi amigo, el día de su cumpleaños lo haría a las ocho y treinta y tres. Las nubes del extremo oriental, ya casi meridional de la meseta parecían llevar un marco dorado, y el añoso cumpleañosero añadió ahí la exclamación: «¡Gloria!». Un viento casi cálido salió a nuestro encuentro al adentrarnos campo a través, y mi amigo dijo que soplaba desde el Yemen, desde el paraíso. Al final de un sendero bordeado de árboles se veía lo que parecía un carromato azul: el azul del cielo. Más que nunca me recordaba a Richard Widmark aquel hombre que habría de caminar a mi lado durante aquel día. ¿Recordaría yo a su compañero en *Dos cabalgan juntos*? No estaría nada mal... ¡No habría estado nada mal! En cualquier caso, yo tomaba en serio a mi compañero, tan en

serio como solo James Stewart es capaz de tomar a sus compañeros y/o antagonistas. ¿Compañero de qué? ¿En qué causa? En la suya. La nuestra. La aventura de ambos. ¿Y qué fue lo que oí decir entonces al que caminaba a mi lado?: «Qué raro, la misma luz que en tiempos, cuando el entierro de la retrasada».

No caminábamos con paso de excursionistas, menos aún como marchan los soldados. Íbamos pateando el suelo. «¡Por fin vuelvo a patear el suelo!», dijo él. Y el sonido rítmico de nuestro pateo, sobre todo por encima de las hojas, evocaba en mis oídos el lento traqueteo de un tren, incluso de uno muy lento, que no terminara de tomar su plena velocidad... ¡Pues tan a gusto! Y recordé la frase que alguien había dicho de mis *Ensayos*: «como un lento tren lechero a primerísima hora de la mañana». Y así fuimos pateando el suelo. Pateando, pateando, pateando. Música de pies que patean el suelo, otro tipo de música de caravana<sup>9</sup>.

Cuando el camino se hacía demasiado estrecho para los dos, suponiendo que fuéramos por un camino propiamente dicho, mi amigo se adelantaba y yo veía su espalda, llena de bolitas de bardana, de la que también yo llevaría pellas y racimos enganchados a la ropa. De vez en cuando, se volvía y me contaba, como cosas superadas hacía mucho tiempo, fragmentos de su historia que hasta entonces yo desconocía: del mismo modo en que, en la Segunda Guerra Mundial, los partisanos se hacían pasar por buscadores de setas, él una vez se había disfrazado de partisano para ir al bosque a buscar lo que tanto ansiaba, y otra vez había dibujado un mapa con los «puntos clave del tesoro» a modo de legado o de testamento para su hijo. Luego también exclamó por encima del hombro, más para el vacío que para mí: «¡Cuánta suerte he tenido toda la vida! Y cómo me he engañado una y otra vez, una para mal, luego para bien. ¡Engañarse para bien!». Y, como colofón, pisó un cuesco de lobo ya viejo y poroso en el borde de la hierba, y de la seta salió un chorro de humo marrón negruzco, creando como un umbral móvil a la entrada del invierno.

Hacia el mediodía, el cielo se encapotó, bajó la temperatura y cambió el viento, ahora soplaba del norte. Tras pasar junto a la tumba de arbustos de un

tal «Arthur Tetu», subiendo por la colina, la más alta que hay en esa dirección entre París y la costa de Dieppe, comenzó una lluvia que no tardó en tornarse granizo y picotearnos la cara, aunque a nosotros nos importó poco. «¡Granizo a nosotros» –exclamó mi amigo de la infancia, dándose la vuelta–, «que somos hijos de las montañas!». Antes, eso sí, habíamos cruzado un pueblo de la anchurosa llanura que se llama Chavençon, y allí nos subimos los dos a la viejísima báscula puente que hay al borde del camino y que ya nadie utiliza –ya no hay ferias de ganado– y nos dedicamos a balancearnos y balancearnos, y a menearnos y menearnos durante un buen rato, sin ningún deseo de seguir caminando.

Después, a primera hora de la tarde, volvió a salir el sol y dejó de hacer viento, y el azul se puso a azulear más, las nubes inmóviles empezaron a formar rebañitos, el verde lánguido quiso verdear lleno de frescura; y, para cuando, a media altura de la colina, sin llegar aún al gran bosque, el último de la región, cruzamos un prado de vacas, fui yo quien sin querer se puso a mirar si había senderuelas, alias: setas de carrerilla, alias: culubrujas, alias: *ninfas de los bosques*, pues sabía que crecen todos los años, formando corros de brujas, hasta bien entrado diciembre. ¡Ay, sí!, debo reconocerlo: durante un tiempo, mi amigo me contagió su locura y sus locuras por las setas, y, de hecho, ya desde lejos empecé a atisbar aquellas ninfas, redondeándose como el lazo de los vaqueros, y de inmediato agarré al compañero para apartarlo hacia un lado e hice como si por error hubiera tomado el camino que no era. Él: «¿Seguimos yendo bien de tiempo?». Yo: «Vamos perfectos de tiempo. ¡Por fin!». Y en aquel preciso momento encontramos en el prado los dos caballos de labor ya mencionados y a lomos de los cuales cabalgamos, como antaño en el pueblo de nuestra infancia, durante un trecho pequeño nada más, pero que bastó para convertir aquellos jamelgos en caballos de silla que se cimbreaban, relinchaban, olfateaban el aire, ¿cómo iban a ser si no? Y, por un instante, uno de los animales se convirtió en burro para recorrer el campo con sonoro cacharreo, y a sus ayes respondería con un resoplido el compañero.

Después, atravesando el gran bosque en su despejada amplitud: robles, castaños y hayas en lugar de los arbustos habituales en la zona. En fin, ¿acaso

estaba pensado así? Sí, así es como estaba pensado. ¿Y por quién? Por mí. Pensado. Soñado estando despierto. Previsto. Una premonición así, ¡claro que era posible!

Al llegar a la linde del bosque, el cielo volvió a encapotarse y empezó a nevar, por primera vez aquel año, tan silenciosa e intensamente como nieva siempre la primera vez del año. «¿No es la última?» (comentario de él). Al instante, el viejo mundo fue nuevo y blanco, y, aunque pudimos seguir un camino ancho por la parte opuesta de la colina hasta llegar a nuestro albergue, ahora era el cumpleaños quien iba detrás de mí, literalmente poniendo los pies sobre mis huellas; y el ruido de nuestros pasos ya no era el traqueteo de una locomotora, sino más bien un chirrido ronco, bastante parecido a las llamadas y contrallamadas entre dos cuervos, y, al llegar al límite del bosque, se quedó en el graznido ronco de un cuervo solo, pues el segundo, el de detrás, se había sumido en el silencio ante los árboles atravesados por el viento de nieve, y yo solo le oía farfullar para sus adentros: «Estar dentro del murmullo, de lo que se acontece. Y, en lo alto, en las copas de los árboles, el gran movimiento que era como tejer, tejer y tejido a un mismo tiempo. Ay, ¿por qué no me quedaría en la linde de los bosques?!». Frigor, entonces, en la linde del bosque, y traqueteo de las ramas desnudas que parecen formar un baldaquino. A nuestros pies, una paloma mensajera muerta, como si acabara de estrellarse contra la nieve recién caída, formando un cráter en ella, con su mensaje enrollado en la pata. No quisimos leerlo.

Montaña arriba, nos internamos en los bosques, donde sucedió lo que tenía que suceder y –si os parece– tal y como y estaba pensado. ¿Pensado por quién? Véase arriba. Precisamente por la espesa nieve, un manto uniforme por todos los demás sitios a izquierda y derecha del camino –la predicción meteorológica se cumplía–, se destacaba tanto más clara una forma, una cosa que, de estar pegada al suelo, podía parecer una mina antitanque. Ahora bien, la cosa que tenía aquella forma no estaba pegada al suelo sino elevada, sobresalía. ¿Se lanzó a por ella –«¡Pero, oye!»– el loco de las setas –«¡Oye, tú!»–, tal y como estaba pensado? (Por mi condición de ocasional compañero de locura, yo conocía aquel sitio y sabía que incluso a principios del invierno

crece allí algún boletus.) Pues no, a diferencia de lo que tenía pensado, primero dio unos cuantos pasos atrás. Luego, en cambio, tras exclamar: «¡Justo lo que buscaba!», se dirigió o más bien avanzó con parsimonia hacia la forma redonda, despacio, trazando círculos, espirales, elipsis.

Lo cierto es que la historia no llegó al fin y a la postre como tendría que haber llegado, sino más bien como estaba pensado/soñado/previsto o escrito que se llegaría, y, como manda la inspiración: en el último momento, antes de que el loco se agachara o –¡cielo santo!– se postrara de hinojos, cayera de rodillas sobre la nieve, apareció alguien en escena y se le adelantó. ¿Alguien? Una figura alta. Una mujer. *La* mujer. La única: invocada por mí, o por quien fuera, con motivo del cumpleaños. Y allí estaba, en efecto, delante de él, como en un horizonte de despejada amplitud, ella misma horizonte; y esta vez no se quedó él mirando lo que llevaba en las manos, sino que la miró a la cara, y esta vez la reconoció. En tiempos se había creído su salvador. O quizá el que habría de hacer de ella un ser completo. Ahora era justo al revés. ¿Caminó hacia ella? No. Aunque no les separaban más que dos, tres, a lo sumo cuatro pasos, corrió, se lanzó a la carrera de golpe, según estaba parado. Solo he visto echarse a correr de golpe así a niños: una vez hacia el padre, otra hacia la madre, hacia quien fuera. Al parecer, en verano, aquella cadena de montañas se veía toda festoneada de arbustos de arándanos. ¿Y ahora? *The time stood still/ on Blueberry Hill*.

Y feliz y contento cenó nuestro trío en el *Auberge du Saint Graal*, en el pueblo de Grisy-le-Plâtre, en la ladera opuesta de la cadena de montañas; y *plâtre* significa «yeso». Dirección del albergue: *Place du Soleil Levant*, Plaza del Sol Saliente. De primer plato: adivina, adivinanza. Y en mitad de la cena se unió a la mesa, más o menos azarosamente, un cuarto compañero. Oh, juventud. Oh, mundo rejuvenecido.

¿No tiene demasiado de cuento este final? Puede ser: en un cuento, el loco se habría curado. En la realidad, en cambio... Dice al respecto la inspiración del momento –o lo que sea o quien sea que lo diga– que lo más maravilloso, en el peor de los casos, es lo más real de todo, lo necesario. Aire, agua, tierra y fuego por cuanto que son los cuatro elementos, más el momento «cuento»,

que es el quinto: el elemento añadido. Para una historia sobre el mundo de las setas –al menos para esta–, con tanto veneno como corre a diario en forma de rumor, con los días de lluvia tóxica de verano y de invierno, con las llamadas de atención, año sí, año también, a las centrales tóxicas internacionales, y con tanto veneno como se cuece todo el tiempo en todas partes, al fin y a la postre, lo maravilloso –como dijimos– tiene su espacio.

Muy avanzada la noche, en el *Auberge du Saint Graal* quisimos adivinar la hora. Nos equivocamos los cuatro. Eso sí, quien más se equivocó de todos y quien menos acertado estuvo fue él.

*(Marquemont/Vexin – Chaville – Marquemont  
noviembre-diciembre de 2012)*

---

8. Puede referirse a la novela *Ins Offene* de Karl-Heinz Ott, de 1998. (*N. de la T.*)

9. Término inventado por el autor, asociado a la música de J. S. Bach y que aparece en más obras. Agradezco esta información a Eustaquio Barjau, que la recibió del propio Peter Handke en una carta. (*N. de la T.*)

Título original: *Versuch über den Pilznarren. Eine Geschichte für sich*

Edición en formato digital: 2019

© Suhrkamp Verlag Berlin 2013.

Todos los derechos reservados y controlados por Suhrkamp Verlag Berlin

© de la traducción: Isabel García Adánez, 2019

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9181-530-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)